BIBLIOTECA GALLEGA

MANUEL MURGUÍA

LOS PRECURSORES

Latorre y Martínez.—Editores

1886
IMPRENTA DE LA VOZ DE GALICIA
La Coruña

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

PB 5050
CB 1102S642
Titn. 598151

LOS PRECURSORES

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

A. 1355

1ª edición

BIBLIOTECA GALLEGA

MANUEL MURGUÍA

LOS PRECURSORES

FARALDO.—AURELIO AGUIRRE.—SANCHEZ DEUS.
MORENO ASTRAY.—PONDAL.—CENDON.—ROSALÍA CÁSTRO.
SERAFIN AVENDAÑO.—VICCETTO.—IGNOTUS

—Que faites vous?
—Je ne fais rien, je fais les autres.
Th. Barrière.

Latorre
Y
Martinez
EDITORES

1885
Imprenta de „La Voz de Galicia"
CORUÑA

XUNTA DE GALICIA · CONSELLERÍA DE CULTURA, COMUNICACIÓN SOCIAL E TURISMO · DIRECCIÓN XERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL · C.S.B.G.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Es propiedad de los Editores.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

PRÓLOGO.

Comme il avait ouverte la main á bien des verités il s'etait fait brusquement un nombre considerable d'ennemis.

(*Un Vieux Parissien*)

Es, el presente, aquel libro en el cual deseaba dejar consignado algo de lo que tuve tantos años oculto y callado dentro de mi corazón: es tambien el que debía llevar al frente algunas líneas destinadas á ser como defensa y antemural á cuantas injusticias puedan herirme todavía. Las malas voluntades que en la hora propicia me hicieron blanco de su interminable rencor, no podían quedar sin castigo. Era preciso que una vez siquiera, hablase para siempre. Creyéndolo así, escribí, *ex abundantia cordis*, las páginas que hoy condeno á perpétuo silencio, puesto que, cuando evoqué los antiguos recuerdos, volvieron á abrirse las mal cerradas llagas y á desatarse las tempestades de otros tiempos: dándome sus durezas convirtieron mi defensa en una inútil represalia. Tanto más lejos estaban los agravios, cuanto más vivamente se me representaban; tanto

Biblioteca de Galicia

más injustos habian sido conmigo, cuanto hacían doblemente imposible, no ya la piedad, sino la misma templanza. Había descendido hasta lo más pequeño y á su contacto me había á mi vez empequeñecido. No necesité mucho para comprenderlo. Bien pronto ví que las palabras eran demasiado vivas y sobrado altivos los juicios, para que pudiesen ir sin peligro, al frente de unas páginas escritas en honor de esta pátria siempre amada: páginas de paz y reconciliación que no debe manchar recriminación alguna.

Todas las aguas del mar, dice Lady Macbet, no bastan á lavar la sangre que mancha mis manos: tengo la seguridad que todas las razones del mundo no harán que se dé al olvido la leyenda de aspereza y orgullo que me formaron todos, incluso aquellos que tuve por amigos y serví como si fueran hermanos. No solo las apariencias, los hechos se han vuelto contra mi. ¿Cómo combatir tan tristes fatalidades? Por carácter, por dignidad, por otras virtudes de que no me creo exento y que me permiten asegurar que ninguna de mis acciones fué inspirada por un sentimiento de que deba avergonzarme, callé entonces y callo ahora. Me basta mi conciencia por juez y defensor. Desde mis primeros pasos me dije como Balzac.— No temas crearte enemigos; desgraciado del que no los tiene! Y los tengo numerosos, pero ni me asustan ni me importan; sé que es ley de todo combate el tenerlos. Si algo siento es que las flechas con que se quiso herirme, perdiendo su verdadera dirección, han ido más de una vez á clavarse en el corazón que más amo.

Biblioteca de Galicia

¿Cesarán de dispararse cuando cese de combatir? Si así fuera, nada me importaría el silencio; el apartamiento me sería grato y el olvido que cayese sobre mí tan solo, sería el más dulce, el más amable de los olvidos. No lo creerán, pero es lo cierto: nadie como yo más seguro de la nada de las cosas humanas. Un rincón bajo el cielo de Galicia, una medianía incapaz de molestar la más suspicaz envidia, un poco de aire y espacio para pasar olvidado y desconocido los pocos dias que me restan, hé aquí lo que, para castigo de todo género de ambiciones—en verdad bien desinteresadas—basta al alma más soberbia y más humilde á la vez que se ha criado en esta tierra. Hace mucho tiempo que sé que la vida no es otra cosa que una inútil miseria, y que de todos los vanos ruidos que nos cercan, ninguno más breve y fugitivo que el de la gloria. Si llega hasta el sepulcro, allí concluye y se desvanece: si traspasa la región de las sombras ¿qué le importa al que se hizo digno de vivir en la posteridad?

∴

Queda dicho el por qué callo; justo es que añada ahora, para qué hablo de los demás y por qué el pensamiento que preside mi libro vuelve á cada momento á presentarse, revelarse y hacerse carne. Con razón ó sin ella, locura ó posibilidad, desde que aliento, vive en mí un sentimiento y una aspiración que, sin dejar de ser los mismos, han ido trasformando los años, la experiencia y los sucesos. A este sentimiento, á esta aspiración de toda mi vida no he faltado jamás.

Biblioteca de Galicia

Le soy fiel, como en los primeros días de las esperanzas juveniles. Mi madre, que era de aquellatie rra en que ni se teme ni se miente, me dió con su sangre el eterno amor al país natal (1). Duden los que quieran de las influencias maternales; yo las confieso y reconozco y proclamo como una verdad innegable. En mis horas de desaliento y tribulación aprendí á conocer que del corazón de mi madre venía aquel enérgico movimiento que me arrastraba sin vacilación ni temor á los combates y al peligro. ¡Qué no en vano me dió por primera pátria, aquellas vivas entrañas nacidas y criadas en tierra libre y entre hombres que jamás fueron esclavos!.....

.....

Es imposible que lo olvide, pues influyó de una manera decisiva en la dirección que dí á mis estudios, y en las esperanzas que abrigué desde los primeros años. Cuando abrí mis ojos á la luz de la inteligencia, no solamente llevaba Galicia, sangrientas y á la vista, las heridas que un inícuo desprecio habia abierto en su costado, sinó que en tristísima tarde presenció la derrota de los que se decían sus defensores. No se habían hecho aun los últimos disparos, cuando ya sentí que en mi alma de niño se levantaba el sombrío despecho de los vencidos, y algo parecido al vago

(1) Bien sabido es el gran amor que los vascongados profesan á su país, distinguiéndose entre todos, los guipuzcoanos, por la exaltación de este noble afecto y especial cualidad. Asentados en los límites de España, vienen á ser como el centro y el corazón de la antigua familia eauscara, de la cual tienen las virtudes. Sobretodo una viva y completa preferencia por su país, por sus hombres y por sus cosas.

Biblioteca de Galicia

deseo de la rehabilitación y de la victoria. Al calor de los años crecieron las ansias de conseguirla. Fueron aquellos unos hermosos días, que tal vez no amanecerán de nuevo para ninguna de las almas enamoradas de Galicia: tantas eran las esperanzas concebidas, tanta la seguridad de que habían de realizarse.

No era yo sólo, eran otros también los que alimentaban los mismos sueños. Por eso les amaba. Así como el bretón espera todavía la vuelta del Rey Arthur, esperábamos nosotros lo que ya no se sabe si será posible jamás. El arte, la poesía, la misma ciencia, nos parecían sin misión ni finalidad cuando se separaban del camino que les habíamos trazado. La importancia de nuestros hombres la medíamos por lo hecho en favor y por la gloria de la pequeña pátria.

Fué esta una nobilísima tendencia, que si no dió los frutos apetecidos, nunca podrá decirse que fué una cosa estéril. Cuanto era de Galicia, cuanto se refería á su pasado, cuanto tenía relación directa con su porvenir, todo era objeto de nuestro estudio y observación; pues queriendo levantar un pueblo, preciso era que se conociese bien y pronto. A esto se dirigieron todos los esfuerzos. Mas ni la obra de regeneración era fácil, ni estaba encomendada tan solo á los que la habían iniciado. Pronto surgieron las encontradas opiniones, se aflojaron los lazos que unian á los más entusiastas, y la discordia separó para siempre á los que había hecho hermanos el común deseo de la rehabilitación del país natal. Otros vientos soplaron para todos y nos dispersaron, y

Biblioteca de Galicia

de aquel gran movimiento no restan al presente, más que los recuerdos de los que anduvimos mezclados en él y las sombras que lo envuelven.

En ellas quedaría todo para siempre, dejando al porvenir que, si lo comprendía, lo revelase, si una circunstancia especialísima no viniera á imponerme, por el hecho de la supervivencia, la obligación de levantar la punta del velo que cubre tantas esperanzas perdidas, tantos sueños sin realización posible. Olvidados estaban los muertos y los vivos, y el silencio que les envolvía, no por penoso, era de los que justificaban las medio revelaciones. De pronto surgió la queja, tomó fuerza el desdén, y se vió con harta claridad que los nuevos, creyéndose los únicos ungidos, desconocian y negaban la obra de los que les habían precedido, allanándoles el camino y dado un pueblo de antemano ganado á las aspiraciones que abrigaban.

* * *

Aseguróse á su hora que un joven, y ya ilustre poeta, habia escrito en un prólogo, famoso aún sin haber visto la luz, que en Galicia no había escritores, ó cuando menos, que los que pasaban por tales estaban bien lejos de merecer ese título Se añadía que, para él, solo eran dignos de contarse los jóvenes y los nuevos. Este prólogo no llegó á darse á las cajas, porque entre nosotros parece como que las palabras, no los hechos, son las que nos asustan, pero aseguran que se escribió. Ignoro si la cosa se decía así tan en crudo, in menos si entonces fué aquel autor víctima de

Biblioteca de Galicia

los que se asustan de todo y ponen su inutilidad al abrigo del honor de la pátria. Para mí basta que así se haya dicho. No es que eche en cara á su autor la durísima afirmación, pues entiendo que hizo bien en afirmarlo, si así lo creía. Galicia necesita mucho de estos espíritus levantados, que no teman á decir la verdad ni la oculten por no herir susceptibilidades. Estaba el que así piensa, en el perfecto derecho de manifestarlo sin temor ni atenuaciones. Locura insigne sería quejarse de ello! Lo único que debemos pedir los viejos soldados á los que se adelantan y vienen á llenar la mermada legión, es que antes de hablar así, ganen los bisoños algunas más señaladas victorias de las alcanzadas hasta ahora; y que, si es posible, no se olviden de que, modestas ó no, los que se ausentan ganaron también algunas.

Creo, sin embargo, que en el prólogo á que hago referencia, el áspero juicio que merecen á la actual juventud los que van dejando libre el campo, vendría en todo caso explicado y hecho menos con las razones necesarias para que resultase justo: tomo, sí, las palabras del poeta como un síntoma y una advertencia, y me pregunto si la posteridad no dirá lo mismo que él, confirmando sus palabras, cuando ya no sean posibles las aclaraciones. Porque ¡ay! ni el autor del prólogo ni la posteridad dispondrán de los datos necesarios para apreciar debidamente los esfuerzos hechos por aquella fuerte y fecunda generación que vino á la vida pública en 1854. Por qué? porque se ignora y desconoce lo hecho entonces y después; porque sus obras andan perdidas, por-

Biblioteca de Galicia

que no se sabrá nunca, á menos que nosotros lo digamos, el gran silencio que nos precedió, la Galicia que hemos encontrado y la que dejamos. De *El Miño*, aquel periódico que tanto influjo ejerció en las cuatro provincias, *no queda ni una sola colección!* (1). Mañana (este mañana empezó ya para casi todos nosotros) se podrá afirmar lo que se quiera, sin que sea dado á nadie reconstruir aquel noble periodo, tan lleno de promesas, y también tan fecundo en obras de buena voluntad.

Hé aquí por qué he escrito este libro. Si en él no se descorren todos los velos, algo se deja traslucir, que basta para librar del olvido á los que ya tienen puesto su pié en él. No temo ni rechazo la frase cruel que puso la pluma en mis manos; antes la acepto en su desnudez y crudeza, pues no soy de los que se asustan de semejantes cosas. Tal vez confirme la posteridad aquel duro juicio, y lo confirme con razón: mi deseo es que, si tal hace, juzgue al menos con algunos datos más de los que hoy dispone. No es por mí, ciertamente, que no doy á ciertas palabras más importancia y alcance de la que naturalmente tienen; es por mis antiguos camaradas por los que escribo las presentes líneas. Si hablo algunas veces de mí,

(1) La única colección que quedaba, se vendió al peso. Con ella se fué todo un pasado, perdiéndose, entre otros trabajos dignos de ser conservados, los primeros capítulos de la novela titulada *Risas y lágrimas*, de Aurelio Aguirre, trabajo en el cual aquel gran poeta se presentaba como un excelente prosista.

La Oliva y El Miño, que no fueron más que un solo periódico, llevaba de vida, cuando cesó en su publicación, cerca de veinte años, los más llenos y los más trabajosos de nuestra rehabilitación.

Biblioteca de Galicia

es porque con ellos anduve, participé de sus esperanzas, y acepto hoy gustoso el juicio que á todos nos hiere por igual. Si á través de sus páginas se trasluce algo de las antiguas afecciones, no os quejeis: querer que el hombre se despoje, en un momento dado, de todo cuanto constituye su vida, es querer lo imposible.

∴

Estamos poco acostumbrados á estas exhumaciones, y sin embargo, ya se ha visto que hoy, como nunca, son necesarias. Aquí donde los más egregios vivieron en la soledad y se sepultaron en el silencio eterno, sin que nadie se apercibiera de ello, semejantes recuerdos no son inútiles. En el presente libro, el más personal de cuantos he escrito, se da comienzo á la necesaria obra de regeneración, que, como tantas otras, tengo la estéril gloria de iniciar. Sin duda alguna no le aguardan herederos, pero por si los tiene, y para que les sirva de ejemplo, confieso que en el presente trabajo he procurado ser justo con los muertos y mucho más con los vivos. Benévolo con los que son ó fueron mis amigos y hermanos, pero muy en especial con aquellos de quienes me separaron los más hondos resentimientos. Fácil cosa en verdad, porque este no es un libro de crítica, y sí de recuerdos: fácil también porque el placer de levantarse sobre las naturales miserias de nuestro corazón, es una dulce felicidad de que no siempre quiere uno privarse.

Con un amargo placer he ido evocando las sombras y levantando en mi corazón los más an-

Biblioteca de Galicia

tíguos recuerdos. Si ello sirviera para devolver á los muertos el nombre y vida anterior que tuvieron entre los suyos, y dando de nuevo relieve y color á los ideales que persiguieron, les hiciésemos más amados de su pueblo; si la actual juventud hallase en estas páginas algo que la animase á reemplazar á los que ya partieron ¡cuán grande no sería mi satisfacción!—He aquí, me diría, que empiezan á realizarse los sueños; que lo que antes era cenáculo es iglesia, que la comunión de una idea hizo hermanos por la fé á los que tan solo lo eran por la naturaleza!

El íntimo gozo de ver cómo las esperanzas que hemos alimentado durante la vida no se extinguen ni pierden, antes adquieren por su persistencia los indubitables caractéres de la duración, es superior al mismo hecho de las glorias humanas. Nadie renuncia gustoso á la santa posteridad de las ideas que ha cuidado y visto florecer en su pueblo. Su supervivencia es el signo infalible de la virtud y fuerza que encerraban: por eso, cuando resisten y prosperan, se las ama con doble amor. Pues aunque en el mundo de la inteligencia, entre los que se ausentan y los que llegan hay en lo fundamental una especie de solidaridad que nada es capaz de romper ni de atenuar, siempre queda un algo de inmediata resolución, que no debe dejarse vagar en lo infinito. Es entónces cuando deben hablar los que han puesto su mano en la obra común.

No temo el naufragio de las ideas que sustentó toda mi vida, pero entiendo que es hora de sacarlas del estrecho círculo en que fructificaron has-

Biblioteca de Galicia

ta ahora. Necesitan más aire y más amor. Entre los pensamientos que hoy agitan á la juventud y los que movían la de mi tiempo, hay, en la apariencia, completa disparidad. Sin negar las pasadas inocencias, ni hacer menores los actuales desencantos, veo con sobrada claridad que entre lo de ayer, y es ya un pasado, y lo que es hoy, y parece todavía porvenir, flota una dulce sombra que une y enlaza las impetuosidades de antes con las tibiezas y recelos del presente. Lo hecho, hecho está: locura ó posibilidad la obra intentada, es la que hoy se lega á la inmediata posteridad para que la realice, si tiene fuerzas para ello. Debe, pues, prepararse. Permanecer en la quietud, dejar que todo perezca, como herido por los destinos contrarios; pensar que, solo á título de documento, debe escribirse la historia de los esfuerzos hechos por dos generaciones en favor de la pequeña pátria, es una torpeza, más diré, una especie de impiedad que castigan los cielos. Ni la campaña ha terminado, ni perecieron todos los combatientes, ni la victoria ha coronado tantos esfuerzos. Se hizo mucho, pero mucho falta también. El problema está en pié; como la antigua esfinge, guarda todavía sus secretos.

Siendo la perseverancia la verdadera virtud de los pueblos, y la lucha el signo de su vitalidad, yo os lo digo, vale más en verdad, pelear, aunque sea como mujeres, contra sombras y sin esperanzas de triunfo, que permanecer mudos ó inactivos como cadáver que busca tierra. Pero si creeis que nos hemos engañado, que hemos tomado por realidad los sueños de nuestra alma, y que cuan-

Biblioteca de Galicia

to pasó, pasó inútilmente, que nada os dejamos, ni nada tenéis que hacer en todo esto, entónces cerrad mi libro; no se escribió para vosotros. Somos ciudadanos de una pátria distinta, servimos otros altares, no queremos por hijos á los que desertan de las banderas á cuya sombra combatieron sus padres.

Biblioteca de Galicia

ANTOLIN FARALDO

Dios arrojó dos razas eminentemente guerreras sobre nuestro país, el cual, separado por el Océano y las altas montañas que le limitan, del resto del continente, y por lo mismo de todo género de combates, tornó inútil el valor de sus dueños y pobladores, inútiles también sus ansias y condiciones naturales para la lucha. Las hizo así sufrir un castigo igual al de Prometeo. Aparte de la guerra civil, no se verá otra en el suelo de Galicia; cuando sus hijos quieran oir el estampido del cañón y verter su sangre en el campo de batalla, tendrán que buscar las grandes luchas fuera de la pátria. Aquí son estériles, sin ejemplo y sin provecho. En vano el soldado gallego es todavía el de otros tiempos, valeroso, indomable, resignado, fiel á la disciplina militar; todas estas grandes cualidades tienen que manifestarse bajo otros cielos. Puede así nuestra historia provincial

Biblioteca de Galicia

registrar contadas campañas y más que escasas batallas; pero no será menos cierto que los hijos del país hicieron brillar en todos tiempos, con luz inapagable, el buen nombre de Galicia. Todavía lo hemos visto en nuestros dias y lo veremos siempre; porque las virtudes guerreras son como espontáneas en las grandes razas, y las únicas que ni se pierden ni se borran nunca. Perseveran á través del tiempo y de las desgracias. El historiósofo que no lo hubiese visto así desde el primer momento, y hablando del país gallego no contase con la contradicción de un pueblo militar en perpétua paz, carecería del sentimiento, casi diríamos, del instinto natural para ver y juzgar y penetrar en los secretos de unas gentes que no se nos presentan ni revelan bajo sus más características condiciones.

Semejantes á los antíguos celtas, duros como el hacha de bronce de que se servían, iguales al fiero germano con quien mezclaron su sangre, los que aquí, en este fertilísimo y más que hermoso país se asentaron hace cerca de quince siglos, gozan todavía de las cualidades propias de los pueblos de quienes vienen. Son prudentes, valerosos, de grandes dotes intelectuales; tardos sí, pero seguros; indecisos, pero fecundos el dia que se arriesgan. Fácilmente se vé que es una nación que todavía no se ha revelado á sí misma.

Esta tierra de granito cubierta de robles, según la feliz expresión del poeta celta, da los hombres semejantes á ella. El arte, la filosofía, el derecho, la religión las cultivan lo mismo que si fuese la guerra; esto es, con amor y con tenaci-

Biblioteca de Galicia

dad. Son siempre los hombres perseverantes y serenos, que todo miden y sondean, y de nada se sorprenden. Si aparecen violentos en la acción y en la especulación tímidos, no les culpeis por ello. Contenidos y frios, miden todo peligro, y sondean todo abismo antes de arriesgarse en lo inexplorado; pero cuando ponen el pié en lo que creen terreno firme, sus atrevimientos son de aquellos que vencen y destruyen los obstáculos. Resultado de la fria razón y no del cálculo entusiasta—si es que estas dos palabras pueden ir juntas alguna vez—su éxito es seguro. Así, cuando todo enmudecía y nos rodeaban las mayores tinieblas y nadie se sentía con valor para disiparlas, un monje gallego osó lo imposible y logró el deseado triunfo. En nuestros dias se han visto hombres de escasas facultades alcanzar los primeros puestos y gozar las anheladas victorias, no por la superioridad del entendimiento, sino por las del carácter.

Falta por desgracia á nuestro pueblo, teatro adecuado á sus grandes facultades; no le queda otro campo en que demostrar su superioridad que el de las guerras lejanas, tan conformes con su espíritu independiente, y aun pudiera decirse con sus tendencias igualitarias. Y esto circunscribe y empequeñece en gran manera la vida pública en Galicia, y la cierra y detiene en breve espacio. No basta apellidarla «espada del mundo» como lo hace Faraldo, cuando su acción no pasa de las montañas que la limitan. Y así se explica cómo aquello mismo que debía ser germen de grandeza y superioridad para nosotros, se hace

Biblioteca de Galicia

mezquino y verdaderamente provincial, misera la acción, miserables los actores. Sus horizontes no se extienden más allá de las colinas que los cortan y destacan todavía en el cielo de la pátria. Todo aparece reducido, los hombres y las cosas. Nuestros ojos no ven nada más allá de los campos paternos.

***

Y á la verdad, si hay pueblo digno de ser contado en los dominios del arte y de la pura especulación, es éste. En buen hora que permanezcan inactivas sus grandes inteligencias, y que los libros que se abren para hablar no sean los más elocuentes: que los verdaderos poetas callen y los artistas permanezcan inactivos: hay aquí siempre una cosa superior al artista, y al filósofo, y a hombre de acción, y es su pueblo. Bajo este punto de vista, Galicia es mejor que sus hijos.

No es esta una paradoja, fruto natural de la necesidad de disculpar en algun modo esterilidades y silencios, que no lo son más que en apariencia; es, sí, la realidad viviente, completa, innegable.

El escritor de que voy á ocuparme lo prueba, ¿Quién repite su nombre fuera del país? Y aquí mismo ¿hay muchos que conozcan su obra y tengan la conciencia de su finalidad? Siendo limitada nuestra vida literaria, hallándose, por esta razón, cerrado en la provincia gallega el campo de las luchas intelectuales, claro es que las almas han de perder aquí algo de su fuerza, de su actividad, de su vivo resplandor, de la facultad crea-

Biblioteca de Galicia

dora que Dios puso en ellas: la espada que no se usa, no brillará nunca como aquella que se ha desnudado en cien combates.

Fué Antolin Faraldo uno de esos hombres que, ni á su hora encontraron empleo para sus facultados nativas, ni la gente preparada para su predicación. Vino al mundo antes de tiempo, y vivió por lo mismo fuera de su centro: él, que merecía por tantos títulos vivir en ocasión propicia, y tener sus discípulos.

Había nacido en Betanzos, y como la mayoría de los grandes escritores gallegos, pertenecía á esa fecunda tribu brigantina, en la cual parece haberse concentrado en el presente siglo todas las virtudes, todas las fuerzas y esperanzas de la familia celto-gallega. Aquella pequeña ciudad, en la cual el hombre lacustre levantó, en una remota antigüedad, su vivienda sobre las ondas amargas y movedizas, se hermosea cada temprana primavera con las flores de los climas meridionales y con los encendidos cielos de los países montañosos. De un lado arrojan las alturas sobre la población sus frios y durezas; del otro la ribera fecunda sus templanzas y suavidades. Así como las aguas del rio y las del Océano se mezclan y confunden bajo los arcos de su puente, así los vientos de la mar y los de la alta meseta central de Galicia se unen bajo su cielo, y marchan juntos á donde la voluntad de Dios los dirige.

De igual modo sus hijos tienen algo de la blandura de aquellos campos fertilísimos, algo de la firmeza de las montañas que cortan su horizonte, algo también de la profundidad de las

Biblioteca de Galicia

aguas inmóviles en que se reflejan las viejas murallas que ciñen la ciudad bien amada. Entre todos ellos, Faraldo fué por esencia dueño de tan nobles cualidades.

.·.

Pertenecia á una familia de escribanos listos y activos, fáciles y avezados á las travesuras del oficio. La curia de Betanzos merecía, bajo este punto de vista, como la de Noya, la fama de que gozó en todo tiempo. Esto, no obstante, el padre de nuestro escritor no logró mayor fortuna. Necesitó cambiar de pátria y de horizontes, para buscarla. Por el tiempo en que esto pasaba, Santiago ofrecía á su actividad, á sus ideas y hasta á sus preocupaciones de casta—puesto que pertenecía á la pequeña nobleza—campo adecuado á las necesidades que sentía y á las aspiraciones que brotaban en su alma. Por limitadas que estas fuesen, Betanzos era pequeño mundo para realizarlas. Veía sus hijos y temía por ellos los cambios que su anhelo paternal adivinaba. Respirándose aire de mudanzas, él lo aborrecia. Hombre de lo antiguo, era todo suyo. No fué el único que, unido por todo género de simpatías á lo que perecía y se aniquilaba, criaba bajo su techo al que debía ser apóstol de lo nuevo, y propagador incansable de las aborrecidas doctrinas. No tuvo que vivir mucho para verlo.

Esta doble influencia, la de la familia y la de la escuela, avivaba su ingenio y le preparaba para las luchas, demasiado breves, por desgracia, que debian templar su espíritu y formar su inte-

Biblioteca de Galicia

ligencia. Vése desde luego que, á pesar del cuidado que desde un principio puso por aparecer alejado del movimiento vertiginoso que la fecunda renovación de su tiempo imprimió por aquel entónces á los espíritus, no por eso se vió libre de las corrientes que á todos arrastraban y desligado de los vínculos que la fraternidad juvenil engendra y sustenta en las escuelas. A pesar de esto, Faraldo no figura en la pléyade literaria de Santiago durante el animado período de 1840 á 43, sinó en un lugar muy inferior á sus méritos ó importancia. Debióse esto, sin duda, á la índole de sus conocimientos y á lo especial de sus facultades. No era lo que se dice un espíritu literario por completo, sinó un hombre entregado á estudios trascendentales. No era un poeta, sinó un hombre político, y aun bajo este punto de vista, hay que advertir que ni se formó de golpe y sin vacilaciones, ni menos dejó de errar á la ventura y durante largo tiempo por los campos, siempre esquivos, de la pura especulación, siendo solicitado por las dos tendencias, que entonces, como hoy y siempre, se disputaban el dominio intelectual. Tardó en hacerse y en encontrar su centro; pero el dia en que se poseyó á sí mismo y en que creyó haber hallado lo que entendía la verdad, ni dudó ni se detuvo. Fué derechamente á su objeto, y á cada paso que daba, más cerca se ponía del fin á que le llevaban como por la mano las propias opiniones y tendencias.

Estas eran extremas. Tanto había dudado en abrazarlas, como las amaba después; tanto quiso en un principio alejarse de ellas, como luego las

Biblioteca de Galicia

siguió ciegamente. Tal vez conservó, por más tiempo del que solemos, los sentimientos religiosos con que una madre piadosa hermoseó sus dias juveniles; tal vez, en presencia de los fáciles descreimientos y de las burlas volterianas, sintió como pocos el gran vacío que la falta de creencias deja en las almas verdaderamente inclinanadas al bien, y sintiendo las tristezas sin límites de la duda, trataba de escapar á ellas creyendo en Cristo y en su obra de redención. Tal vez, como hombre dedicado á los estudios sociales, sentía la deficiencia del remedio ensayado y lo buscaba en aquel cristianismo, que, según él, haría de la tierra un verdadero paraiso «ól dia que fuese comprendido de lleno.» «Se adelantaba diez años al *Reino social del cristianismo*. (1) ¿Quién será capaz de decir ni explicar, á lo que se debe, en todos los artículos por él publicados en 1841, ya en *El Idólatra de Galicia*, ya después en el *Recreo Compostelano*, la mezcla de sentimientos religiosos y de involuntarias aspiraciones revolucionarias, ni bien acusadas, ni á lo que puede sospecharse, bien comprendidas? Habia habido conflicto entre sus creencias y sus convicciones,

(1) Laveleye, en su curioso libro *El socialismo contemporáneo*, pone el libro de Huet, entre los más notables producidos por los socialistas católicos. «Es, sin duda, dice, el mejor libro que ha aparecido sobre esta cuestión.» Vió la luz en 1852, doce años antes que el famoso, publicado por el obispo de Mayence Mr. Ketteler bajo el título de *La cuestión obrera y el cristianismo*. Aunque Faraldo, en sus diversos artículos, no desciende á tratar las cuestiones que hoy agitan al proletariado, bien se deja ver cuánto esperaba de la acción del cristianismo liberal que preconizaba Así escribe que la «fraternidad cristiana, base de la sociedad futura, penetró en todos los corazones como un principio eminentemente social y civilizador.»

Biblioteca de Galicia

entre lo que le decía su corazón y lo que era fruto del íntimo convencimiento. La verdad es que de repente nuestro escritor enmudece y se aleja del periodismo y del movimiento intelectual de su tiempo. Como si deseara reconcentrarse y meditar con sosiego, buscando en la soledad un más completo conocimiento de las causas, se aparta de toda lucha, de todo catequismo, de toda actividad, y, como Cristo, se retira á su Thabor para salir de allí transfigurado.

* * *

En lo que no había conocido nunca la duda; de lo que, desde luego, había estado seguro y no se permitía la menor vacilación, era de todo aquello que se referia á su país, ó se relacionaba con su pasado y su porvenir; porque en semejante asunto vió siempre claro y por completo. Había por aquel tiempo escritores que ensalzaban la hermosura de nuestras cuatro provincias, que las defendían con calor de los agravios de que eran víctimas, que interrogaban su pasado, que trataban de infundir un nuevo espíritu en este pueblo, á la sazón más que muerto; lo que no se encuentra entre tantos publicistas, animados todos ellos de un mismo deseo ó idénticos propósitos, es uno solo que tuviese tan clara noción de la cosa y la persiguiese con más acierto y mayor perseverancia. Conocía el por qué debía intentarse la obra de la rehabilitación del pais gallego, que iniciaba, y el cómo podía realizarse. No surgía un incidente ni se presentaba cuestión alguna que él no viese y juzgase bajo el punto de vista

Biblioteca de Galicia

de ulteriores propósitos. Nada pasaba que no tratase de concordar con el fin que perseguía. Les vencía, teniendo su programa completo y ordenado y conociendo la finalidad de la obra en que se hallaba empeñado. En este punto, Faraldo es el verdadero iniciador del movimiento provincial que hoy nos parece tan lógico y tan fácil, y que hace cuarenta años apenas si se sospechaba su importancia ni comprendía su necesidad.

¡Comprender su necesidad!,.. Todo lo contrario. Podía aquel gran político adelantarse á su tiempo y á los sucesos; lo cierto es que su pueblo, sus contemporáneos, los mismos que le ayudaban en el terreno literario á levantar al país gallego de inmerecida postración, no sólo dudaban, no sólo temían á la realización de su pensamiento, sinó que le eran completamente hostiles. Todavía la centralización no había dado sus frutos de muerte, todavía se esperaban de ella los milagros que prometió en un momento dado, á los que, sintiendo los exclusivismos de las clases, hasta entonces dominadoras, anhelaban destruir su predominio y arrancar de sus cansadas é inhábiles manos los cargos públicos. Y para esto se necesitaba una acción mayor que aquella de que disponía la provincia; una autoridad que solo un gobierno omnipotente podía dar á los desconocidos de la víspera, ungiéndolos con el óleo de su respetabilidad, é invistiéndoles resueltamente para ejercerlo del poder y del prestigio que jamás darán los pueblos por propio movimiento, á los que ayer vieron pobres y humildes, aun cuando la ciudad se ilustre y sepa hacerse dueña de sus

Biblioteca de Galicia

destinos. Esa acción era la que se buscaba como una salvadora imparcialidad y como un signo de justicia. Se había sentido el daño de las facciones, y se trataba de esquivarle. No se quería que la Universidad siguiese por juro de heredad entregada á los ineptos, que las catedrales diesen las canonjías á sus favoritos, que la ciudad siguiese gobernada por sus regidores perpétuos. Se anhelaba que la justicia, la milicia y el gobierno saliesen al fin de la larga y tristísima tutela en que durante tanto tiempo la habían conservado las clases nobiliarias, y esto solo era posible merced á la acción y voluntad extraña, agena á las pequeñeces de vecindad, capaz de conocer el mérito, de premiarlo, de hacerlo casi sagrado á los ojos de los indoctos y á los de las muchedumbres por siempre envidiosas y malévolas. No se temían, puesto que todavía no pudieran formarse, esas nuevas aristocracias administrativas, que lo mismo que las derrocadas, amenazan cada día más apoderarse del Estado, y contra las cuales no hay otro remedio que la descentralización, la vida provincial; único dique que podrá oponer la libertad á la nueva tiranía que se nos entra por las puertas bajo la forma de la inamovilidad de los cargos y del derecho de la prioridad. ¿Cómo temer los males de la centralización? ¿Cómo soñar con las ventajas que una vida propia y activa podía traer á la provincia? ¿Cómo, en fin, pensar en una Galicia, cuando acabábamos de poseerla en toda la plenitud de sus desventuras?

∴

El mismo Faraldo no hacía más que vislum-

Biblioteca de Galicia

brar el resultado posible de sus tentativas y esfuerzos. Tenía, es cierto, así como un vago sentimiento de la finalidad de su obra; pero estaba bien lejos de comprenderla y plantearla como hoy se explica y desea. Pudo un dia proclamar la completa autonomía, en una palabra, la independencia de Galicia—que tanto vale asegurar que nuestro país «convertido en una verdadera colonia de la córte» tenía que hacer algo por sí mismo para mejorar su suerte—más esto solo como un grito de guerra y para allegar fuerzas á un partido político, que sabía perfectamente que perseguía una sombra. Así y todo, este grito supremo no se escapó de sus lábios, sinó más tarde, en plena rebelión, y sin que el país dejase de acoger sus palabras con una sonrisa de incredulidad. Aparece velado, mejor dicho, inarticulado, en la famosa proclama que, debida á su pluma, publicó la *Junta Superior provincial de Galicia*, el 15 de Abril de 1846. El la firma como secretario, y ¡ay! esto mismo era una prueba tristísima, manifiesta, de que las provincias jamás serán dueñas de sí mismas, si no son ilustradas. Quiénes eran los hombres que autorizaban aquel notable documento? Tres notables de su tiempo, perfectamente inútiles para el país, desconocidos siempre, hoy olvidados, incapaces de conócer siquiera el alcance de las palabras que aceptaban como propias,

¡Como propias! oh burla de la suerte! Conocí aquellos tres hombres y les hablé más de una vez: mi tristeza no tuvo límites, cuando después pude convencerme de que el éxito de una revolu-

Biblioteca de Galicia

ción y el porvenir de un país estuvo en semejantes manos. El único con quien no tropecó en este mundo fué con él; era alma y vida y pensamiento y acción y energía y voluntad del famoso inverosímil triunvirato que asumió en hora solemne la responsabilidad del movimiento iniciado, pero que ni acertó á dirigirlo, ni supo aprovechar los elementos que la suerte había puesto en sus manos. Míseras y miserandas gentes, y pobre país que esperaba algo de ellas!

Mucho se ha hablado de esta tentativa y desgraciados sucesos, que selló dolorosamente la sangrienta hecatombe de San Esteban de Paleo; mucho de la ineptitud militar de uno de sus caudillos, y hasta de la conducta del que era su compañero de armas; pero yo aseguro, pues aunque niño presencié las tristes escenas y no he podido olvidar los juicios que merecían á los indiferentes, que toda la falta estuvo de parte de los hombres civiles colocados al frente de la revolución, y á los cuales el cielo había negado de antemano y á perpetuidad las más vulgares dotes de previsión y de gobierno. La tierra que los cubre les libra hoy de toda responsabilidad. Dios habrá ya perdonado sus faltas de entonces; pero la historia, si ha de seguir siendo la maestra de los hombres, no puede ser tan piadosa. Los que en momentos dados asumen el poder y decretan, llevan sobre sí tremendas responsabilidades. Si en vida escapan á ellas, la posteridad los juzga al fin con su eterna frialdad y desapasionamiento... pero, ¿sabían ellos lo que era pos-

Biblioteca de Galicia

teridad, y por acaso conocían la trascendencia de los actos que llevaban á cabo?

* * *

Todo se había perdido en la funesta tarde del 23 de Abril de 1846, cuyo ocaso se iluminó con los más vivos resplandores. Un solo combate fué suficiente para poner entre los sueños de la víspera y la realidad del siguiente día, todo un mundo de dificultades y de olvidos.

La grande obra, como llamó siempre Faraldo á sus tentativas de reconstrucción de la pátria gallega, se había sumergido en las aguas de lo imposible: su mismo apóstol pareció renegar de ella. Preconizador de la escuela histórica, se olvidaba de que en los pueblos jamás se producen ni aceptan ciertas ideas, ni se alimentan ciertas esperanzas, sin que tengan profundas raíces en su suelo, sin que se alimenten de nuestra propia sangre, y sin que permanezcan adheridas á nuestra carne y á nuestros huesos.

Si hubiera recordado entonces sus antiguos pensamientos y vuelto los ojos á las páginas vivas, ardientes, pobladas de esperanzas que él mismo había escrito, bien pronto se convencería de que había depositado en ellas los gérmenes de una idea superior á las derrotas y hasta á las medio-victorias alcanzadas ya. Notaría de pronto que, como los antiguos druidas, había sido un previdente y leído en el porvenir, cuando solo pensaba leer en lo pasado. Comprendería de una vez cómo su obra no era hija efímera del entusiasmo del momento y de las fugaces impresiones

Biblioteca de Galicia

juveniles; muy al contrario, que derivaba, lógica fatalmente de la propia reflexión y sentimiento, del estudio de su pueblo y del profundo conocimiento que de él tenía; y que, aunque imperfecta, llevaba como todo génesis, la vida y fecundidad en su seno.

Su obra!... bien claramente la había definido. Su programa de entonces es todavía el de los que la prosiguen y pretenden realizarla: no han necesitado borrar una sola línea. Siguen su sistema, y buscan hoy, como él lo hacía en su tiempo, en los elementos propios de este pueblo la regla y la razón de sus aspiraciones. «Las ideas y los sentimientos de nuestros compatriotas *forman la base moral* de la GRANDE OBRA» decía; y proclamando que *nada esencial debia ser olvidado*, volvía los ojos, como á un elemento importantísimo, á aquel cristianismo depurado con que él soñaba «el cristianismo del siglo XIX, de Bonald y de Lacordaire,» y afirmaba que cultivar «el *sentimiento religioso*, engrandecerlo, ilustrarlo y conducirlo por el camino del progreso, es afianzar con solidez uno de los elementos de granito que han de formar la organización de Galicia.» Fiel á este pensamiento, aconsejaba que se escribiese, antes que otra alguna, la historia de la religión y de la iglesia cristiana en el país gallego.

En lo que toca á los intereses materiales, Faraldo veía más justo aún, hacía ver la necesidad de crear una ciudad populosa, que fuese digna capital de la nueva Galicia que veía surgir en sus sueños. Y proclamando la necesaria armonía entre *los elementos sociales-políticos, literarios, co-*

Biblioteca de Galicia

merciales, industriales é instintivos, aconsejaba se diese el necesario impulso «general y en todas direcciones al iniciado movimiento provincial» que veía agitarse tímidamente en el caos y él quería dejar planteado y aun realizado antes de abandonar para siempre la tierra amada y los gratos pensamientos de sus hijos.

* * *

Pero tales son los deseos y las esperanzas del hombre; un soplo las trae y otro las lleva. Después de haber anunciado la buena nueva, Faraldo abandonó su tierra y sus antíguos amores: desde Mayo de 1846 no pertenece ya á Galicia. Abandonó las banderas de la pequeña pátria, y dejó el reducido ejército sin Jefe, y eso cuando más lo necesitaba para animarse y confortarse para las luchas que por propia mano había iniciado. Verificóse en su modo de ser un cambio radical. Puesto por entero al servicio de las ideas liberales, deserta de los altares en que quemaba su incienso y se olvida de servirlos. En la emigración y bajo el cielo amigo de Portugal, entre cuyas gentes halló, por depronto, los mismos hombres, la misma lengua, las mismas instituciones, en una palabra, *la imagen viva de la patria soñada*, hubo sin duda de perder algo de las ilusiones juveniles, mucho de sus sueños de patriota.

La derrota que acababa de presenciar le afirmaba en la nueva dirección que daba á su actividad é inteligencia. En la expatriación hubo de completar su carácter, y así, viendo tal vez que el ideal que perseguía no era tan pronto reali-

Biblioteca de Galicia

zable, le abandonó fácilmente por aquel otro más humano, que le arrastraba á declararse campeón de una pátria más dilatada y de pueblos más numerosos. De *El Porvenir*, que publicaba en el estrecho recinto de Compostela, pasó á la dirección de *La Europa*, que siendo el eco y representante de las ideas democráticas, á la sazón en sus albores, solo vivió quince dias, los suficientes para morir á mano airada bajo el poder de Bravo Murillo y poner de manifiesto el talento de quien se presentaba de golpe en el estadio de la prensa como el Paul Louis Courrier español. Viése entónces que, si no había olvidado sus antíguos sueños, al menos los aplazara.

Quizás dejaba su realización á aquel otro ó á aquellos otros que, según él mismo había escrito, debían proseguir su obra, hacerla posible, y por último realizarla.

Desde este momento Faraldo no nos pertenece. Su poderosa inteligencia, su pluma, que adquiriera al fin toda la fluidez, toda la pureza, toda la galanura posible, se puso al servicio de otras gentes y de otros pensamientos. Gustoso había cambiado de cielos. Nuevas esperanzas, tal vez más humanas y por lo tanto más prontamente posibles, llenaban su alma. Ya no era aquel *spleen* horrible dentro de la pequeña ciudad y á través de los campos gallegos: los accidentes de la vida le habían hecho amarla, y entregado en brazos del azar, visitaba las ciudades de Levante, sentábase hoy á orillas del Mediterráneo, respiraba mañana los acres aromas de los jardines que iluminaba el sol de Africa, y bajo las bóvedas de la catedral de

Biblioteca de Galicia

Córdoba olvidaba para siempre las magestuosas y severas arcadas, las sombras poderosas, los misteriosos deambulatorios de la basílica compostelana.

Parecía que todo él había renacido al soplo de las auras andaluzas, que las nuevas emociones le hacían olvidar su pasado; en una palabra, que no había vivido ni sido hombre hasta el momento en que Dios y las tempestades le habían llevado de las playas españolas á las africanas, de las aguas de Cádiz á las de Málaga, de las tristezas del destierro á las afortunadas aventuras de una juventud que acelera los goces porque toca ya en sus últimos límites. Como se vé, pocos como él dieron en la práctica de la vida un más perfecto mentís á las teorías que sustentaba como publicista, ni de una manera más tangible parecieron renegar de sus ideales. La verdad es, sin embargo, que esto solo pasaba en apariencia. Hubiera vivido un poco más, y tornaría con doble entusiasmo á sus antiguos amores. No en vano se arraigan en nuestro corazón aquellas convicciones, destinadas á salvarse de todos los naufragios y resistir á las más tristes decepciones.

La verdad es que contribuyó como nada á hacerle gustosa su nueva existencia, ya no solo la que parece natural inclinación en los hombres del Norte, que les lleva en el primer momento á preferir ensalzar las tierras inundadas de sol y sus gentes, sinó también el contraste de la vida que se desplegaba á su alrededor. A la aristocrática y parsimoniosa cultura de su pueblo, sucedía la expansiva y llena de ruido de las ciudades del Me-

Biblioteca de Galicia

diodia: á unas mujeres que no habia conocido bien, las que la falta de tiempo y la rapidez del viaje no le habían permitido apreciar más que bajo la lisonjera impresión de conquistas demasiado fáciles ¡ay! para que pueda envanecerse de ellas el que una vez las logra.

Porque nuestro Faraldo—¿quién no ha pecado como él?—gustaba de conseguir y recordar sus triunfos y hasta hablar de ellos á doscientas leguas de distancia. En su tiempo eran más que sobrados para convertir la escabrosa confidencia en relato inofensivo, y hacer del *the gentlement Aben-Humeya* que así firmaba sus cartas—un viejo narrador que contase á desconocidos los lances y episodios de las abuelas de sus abuelos. No, sus indiscreciones no eran por lo tanto muy peligrosas.

Estas aventuras, tan fáciles como pasajeras, pero que dejan en los corazones impresionables un algo eterno que nada es capaz de borrar en ellos, ejercieron sobre nuestro escritor una influencia decisiva. Y apartándole del amor y de las cosas de su tierra, la cual, como sus mujeres es modesta y pudorosa, le echó decididamente en brazos de la que había escogido como última y eterna querida.

Cambió, cambió Faraldo por las fugaces rosas, siquiera espléndidas, que abren sus corolas al rayo del sol andaluz, aquellas blancas camelias que aman las blanduras del cielo gallego y alegran con sus colores nuestros apacibles inviernos. Cambió por aquellas voluptuosas sirenas, que, según su expresión, «le hicieron creer

Biblioteca de Galicia

que realizaba las maravillas de Monte Cristo,» el amor de las que habían crecido á su lado y que, con voz suave y cariñosa palabra, le decían á veces «que si para amar tenía que soñar que amaban» en cambio era eterno su amor y puras y desinteresadas sus afecciones, hijas de la reflexión, y no resultado del deseo francamente sentido y expresado más francamente. En una palabra, que tratándose de mujeres, y no de hembras, les sentaba mejor en la hora del fallecimiento los rubores de la vírgen que los trasportes y embriagueces de la bacante.

Mas, ¿tuvo él acaso tiempo para apercibirse del cambio que en sus idas, en sus pensamientos, en sus mismas afecciones se había verificado?

Llegó empero, el dia triste en que, huyendo de Madrid y buscando bajo el cielo de Córdoba el nido de amor que allí había dejado, vió lucir en el horizonte la última hora de su vida. ¡Cuán breve y cuán fecunda!

Nadie sabrá decir si en aquellos momentos volvió la vista y la memoria á los lugares para él sagrados, en que su inteligencia y su corazón se abrieron á todas las esperanzas; solo sabemos que al cerrar sus ojos para siempre en una edad en que todavía le eran permitidos los sueños y disculpables las más locas ilusiones, pensó tal vez un momento en que, cayendo su cuerpo sobre una tierra tan de golpe y tan grandemente amada de su alma, se le hacía más dulce la muerte, más amables las tinieblas, ménos sombrío el sepulcro, más soportable la ausencia eterna que le sepa-

Biblioteca de Galicia

raba para siempre del bosque sagrado, en el cual, como la nueva encina, habiendo arraigado poderosa, el viento de los infortunios la tronchara antes de tiempo.

Así cayó el primero y el mejor, lejos de su país, en la indiferencia y el olvido de los suyos. Nuevo Moisés, no logró ver la tierra de promisión.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

AURELIO AGUIRRE.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

AURELIO AGUIRRE

Por derecho de nacimiento y por derecho de conquista, único que no prescribe en la república de las letras, Aguirre merecía ser el primero en un libro, en el cual se habla de algunos vivos y se recuerda más de un muerto y olvidado. Si alguna vez en esta tierra que hemos convenido en llamar del buen sentido, fué amado un hijo de Apolo, Aguirre fué ese mortal afortunado; si alguna vez los versos de un poeta fueron escuchados con amor bajo el cielo que se ha convenido también en decir que es poco amigo de las musas, los suyos fueron los primeros..... y los últimos!

No se crea, sin embargo, que tan dulces predilecciones las debía á causas exteriores y agenas por completo á su mérito literario; que una noble figura y un corazón inflamado al contacto de

Biblioteca de Galicia

la llama amorosa fueran causa de su triunfo; que su corona prematura la tejieron manos blancas. No era el público de entonces que, aunque reducido, y tal vez por esto mismo más entusiasta, formaba con el autor una especie de familia unida por todos los lazos de una generosa confraternidad; era la juventud que después de ocho años de esterilidad y de silencio, en que no se oía una voz, ni se columbraba una esperanza, saludaba como á redentores á cuantos venían á disipar aquellas tinieblas, dejaban oír su canción, anunciaban un renacimiento literario, y traían la vida á un país muerto. Animados de un mismo pensamiento, tendiendo á idénticos fines, Aguirre renovaba la antígua tradición, y venía á representar en su tiempo algo de lo que se había perdido en Galicia desde 1846; esto es: poetas y escritores al servicio de la causa pública, únicas gentes,—no temo decirlo—con verdadero mandato, para tratar de las cosas y de los intereses de la pátria.

Era Aguirre hombre de más que corta estatura, ojos azules, mirada triste, lábio desdeñoso, frente despejada, palabra fácil y elocuente, corazón impresionable, alma de inspirado; era, en fin, uno de esos vasos de elección dentro de los cuales arde—siempre por poco tiempo—la llama sagrada. Por su desgracia pertenecía á aquel grupo de génios descontentadizos y huraños que en sus veinte primaveras, y sin haber visto más campos que los que rodean la ciudad natal, creen conocer el mundo, haber sufrido grandes desengaños y gustado todas las hieles de la vida. Es-

Biblioteca de Galicia

tas exageraciones, que los buenos burgueses de provincias tienen como signo infalible de una cabeza no muy arreglada, son siempre hijas de un exceso de sensibilidad, de una imaginación viva y de una santa y desinteresada compasión por las desgracias que ven, más aún que por las que experimentan. En una palabra, son cosas de los buenos corazones y á un tiempo de los buenos poetas, cuando no de las privaciones y desgracias que asaltan á muchos hombres, como quien dice, en la misma cuna.

En este punto todos somos de Atenas, podía decir Aguirre á los pobres y desheredados. Era uno de ellos.

Su padre, honrado comerciante, hubo de experimentar tales contratiempos, pena tan profunda, que se vió obligado á presentarse en quiebra, (1) causándole esto tal disgusto, que falleció al poco tiempo.

Un dia, el pobre Aurelio, que era el Benjamin de la familia, por ser el último que había nacido, se encontró sin padre. *Los hombres negros* se lo habían llevado, cuando el pobre niño no sabia darse cuenta de lo que significaba para él tan gran desgracia.

* * *

Esas nobles provincias vascongadas han dado un tiempo tantos soldados á las ideas libera-

(1) Vivía en la casa número 4 de la Rua del Villar, en donde nació el poeta el 23 de Abril de 1833. Se bautizó en la parroquia de San Fructuoso, pocos días después que su vecino y siempre para él cariñosísimo amigo, el conocido escritor D. Ramon Segade.

Biblioteca de Galicia

les, que no se concibe como el país de las libres montañas pudo nunca sostener tres guerras—verdaderas epopeyas de valor—en defensa del absolutismo. Eran los primeros años de este siglo, cuando Bilbao se hallaba tan unido á la Coruña por el gran lazo de la comunidad de intereses y principios, que parecían ambas una sola ciudad y una misma familia. En 1823 bilbainos y coruñeses hicieron juntos sus últimos disparos sobre las tropas de Angulema, desde los muros de la antigua Brigancia. No era extraño; hacía medio siglo que la capital de Galicia parecía una colonia del país vasco.

Amaban sus hijos estas campiñas siempre verdes, estos mares que besan á un tiempo ambas costas, estos pueblos sensibles y buenos que les recordaban tanto su tierra y eran tan suyos que ya miraban Galicia como la misma pátria que habían dejado. Aquí, allí, en las ciudades, en el campo, los *provincianos* hallaban siempre el cariño de sus nuevos amigos, la protección de sus paisanos.

Las fábricas de curtidos les pertenecían por completo. El comercio estaba casi en su poder, pues aún no había sufrido Galicia esa bárbara irrupción de cameranos, ávidos, inútiles, *terre á terre*, y sin más Dios que el dinero, que por nuestra desgracia vinieron á sustituir á los vascongados, quienes desde la primera guerra civil parece como que olvidaron el camino de nuestro país.

El padre de Aguirre, que era de los que habían venido antes, pertenecía al partido liberal. No se

Biblioteca de Galicia

puede dudar de ello. De su estrecha amistad con ciertos hombres, da fé la partida de bautismo del poeta. Su padrino fué uno que en Santiago conocían con el significativo apodo *Dios-no* (1). No podía, pues, haberle tenido en las pilas bautismales quien, al parecer, estuviese más en regla enemistado con el cielo. Aguirre, que se llamaba y tenía por libre pensador, no llegó á tanto á pesar de sus brindis y de sus arranques volterianos. Creía. Sus versos lo dicen, y él no era hombre que ocultase su pensamiento.

Puede por lo tanto afirmarse que con la sangre y el bautismo, había recibido el amor á la libertad, mejor dicho á la causa del pueblo, por el cual sentía grandes predilecciones. La educación que debió á un hombre que ejerció señalado influjo en su alma, terminó ó hizo firme la obra de la naturaleza.

La madre de Aurelio, que había contraido segundas nupcias, le había dado un nuevo padre y por fortuna tal cual lo merecía. Era un ilustre jurisconsulto, un liberal probado, un gran amigo de los buenos libros y de la poesía, una persona entregada por completo á sus aficiones literarias y al servicio de la causa pública. El fué el que guió los primeros pasos del poeta, quien infiltró las generosas ideas que debían llenar su vida, le hizo un lugar entre sus correligionarios, y le formó para aquella popularidad de que tan pronto gozó y de la cual no parecía muy orgulloso.

(1) Se llamaba D. Agustín Dios, y fué uno de los que compusieron la junta revolucionaria de Santiago en 1846.

Biblioteca de Galicia

Balzac le había hecho desconfiar de los triunfos en provincias, y él conocía bien á sus admiradores y entusiastas para no juzgarlos con acierto. Conforme crecía su gloria y el respeto que le rodeaban, así eran mayores las ansias que sentía de abandonar el rincón de la triste ciudad y la compañía de unas gentes que le abrumaban con sus elogios. Creyéndolos sinceros y gozando de ellos, harto sabía qué labios los pronunciaban, para que llenaran su corazón. Cuando aquella alma sincera y un tanto infantil dejaba hablar sus sentimientos, cuando aquello de que tenía llena el alma desbordaba, solían escapársele quejas amargas y recriminaciones que aún hoy asombrarían á los que saben cuán amado y celebrado era por todos, si no constase de antiguo que el corazón del hombre es insaciable, y que los poetas no son los que más pronto y mejor se contentan y satisfacen.

Rosas y laureles, aplausos y cariños eran poco para él. Todo lo daba por un dia de libertad, por un dia de ausencia de una ciudad que sobre él pesaba como losa sepulcral; por vivir bajo otro cielo desconocido y otras gentes que no fuesen las que le rodeaban. «En sesenta dias que estuve fuera de este destierro me creí regenerado», me escribía en los mismos dias de su apogeo.» ¡Quién es capaz de saber lo que el hombre oculta de triste dentro de su corazón, cuando más feliz se le supone!

* * *

Pocas personas, entre las que le han tratado y

Biblioteca de Galicia

querido, habrán estado en circunstancias de conocerle más pronto que yo. Nacidos en un mismo año, y á pocos dias de distancia, hijos ambos de vascongadas, que ya se sabe cuánto se estiman y buscan cuando se hallan lejos del país, criados en una misma población, frecuentando las mismas aulas, nada, dados nuestros gustos y predilecciones, debía habernos estorbado el conocernos pronto y unirnos por ese lazo fácil y estrecho de la mútua confianza y aprecio, que en breve echa raíces en la juventud y tanto tarda en romperse.

Sin embargo, nada en mis recuerdos de aquel tiempo me habla de él: nuestra amistad tuvo orígen en la conformidad de sentimientos y aspiraciones, cuando ya uno y otro nos habíamos dado á conocer por los primeros trabajos literarios. Mi hermano, que le amaba entrañablemente, nos hizo amigos. Después el tiempo y la lealtad de Aurelio hizo el resto. Y digo lealtad, porque si era algo desigual en su trato—y de ello se quejaban algunos—más nacian sus brusquedades de tristezas y movimientos involuntarios, que de falta de cariño. Eran fuerzas interiores las que le apartaban por el momento ó le obligaban á volver después con doble amor y estimación á los que pudieran haberse creido ofendidos por su apartamiento. No dudaba entonces en confesar el error cometido y en pedir su perdón, haciéndolo siempre con una sencillez y al mismo tiempo una vehemencia tal, que tornaba amable la falta é innecesario el olvido de ella.

A la verdad, no son estas cualidades las que

Biblioteca de Galicia

permiten prosperar en el mundo: agradan más los que se equivocan y perseveran en sus errores, que no los que se despojan de ellos y los confiesan; pero en cambio son lo más á propósito para cultivar la amistad de las clases populares, acostumbradas á soportar los desvíos, pero no á que se les expliquen y disculpen. Cuanto más cercano está el hombre á la naturaleza, más se deja arrastrar por movimientos espontáneos y más agradece toda prueba de afecto por parte de aquel á quien distingue con sus simpatías. La desconfianza suele á veces privar de la flor de su castidad á las nobles predilecciones que el pueblo guarda en su corazón porque, temeroso de equivocarse, duda siempre y tarda en desprenderse de sus recelos. Pero una vez hecho esto, la inocencia de los niños es poca para comparar con aquella de que dan muestra gentes fuertes y sencillas á la vez, que no saben poner freno ni á sus odios ni á sus entusiasmos.

Así pudo verlo Aguirre, en especial durante los dos años de la revolución del 54. Iba de taller en taller, de reunión en reunión, de casa en casa, y era recibido como uno de los mejores: hablaba y se le escuchaba como á un oráculo; mandaba y se le obedecía. De aquellos leales obreros, hubiera hecho mártires de una causa, despues de contarlos como soldados bajo sus banderas.

Por fortuna no era hombre de teorías ni de partido; de lo contrario conmoviera su pueblo y su gente, como tal vez hubiera convenido para el porvenir de un país sin ideales ni esperanzas. Nadie fué su dueño como nuestro Aurelio, y es que

Biblioteca de Galicia

con ese instinto y perspicacia que en las clases populares suple á tantas otras cualidades, habían éstas comprendido que en lo que decia aquel niño podia haber exageracion y hasta error, pero no ansias de medro, no vanidad y empeño de ser el primero, sino entusiasmo por las ideas que predicaba y amor y benevolencia para todo lo humilde y que vive oprimido, víctima de las preocupaciones de la sociedad á cuyas conveniencias llamaba insoportable tiranía. Es más; habiendo, gracias á estas circunstancias, granjeádose cierta reputación entre los jefes del partido liberal, se vió de pronto rodeado de un prestigio y una fuerza de que él mismo no se daba cuenta ni podia apreciar entonces, pero que contribuía á aumentar su crédito y popularidad entre la clase obrera de Santiago,

Y sin embargo, él no era lo que se dice un hombre político, sino un alma generosa y entusiasta, desprendida de todas las ambiciones de la tierra; un poeta que tenía su lira á disposición de una causa. A haber vivido, le hubiéramos visto tal vez, no cambiar de ideas, pero sí de partido, porque dentro de las agrupaciones en que se divide la familia liberal, caben siempre los nobles principios á que rendia culto. Muchos le creían republicano por sus versos á Ruiz Pons, y otros lo tomaban por ateo, gracias al brindis de Conjo: él rechazó indignado en su composición *A mis calumniadores*, ambos extremos, en versos enérgicos, rotundos, llenos de vigor, y en los cuales se trasparentan los graves disgustos que le afligieron por aquel tiempo. De lo que no rene-

Biblioteca de Galicia

gó nunca fué de su amor al pueblo, á la libertad, á todos los grandes intereses de la sociedad moderna. Como inteligencia superior, se atenía á lo esencial y dejaba lo secundario al monopolio de los pequeños, que en provincias, como en la córte, se creen notables porque hacen que se oigan mucho los cascabeles con que se adornan. El no podia avenirse con las estrecheces intelectuales de los que no saben ni pueden ser más que hombres de partido.

¡Pobre Aurelio, á haber vivido, qué de desencantos hubieras experimentado! ¡Ah! más te vale dormir medio olvidado en tu sepulcro, que no ver lo que hemos visto otros ménos afortunados, puesto que vivimos y sabemos por experiencia hasta dónde alcanza el agradecimiento de los pueblos! ¿Qué hubieras hecho en el mundo, tú que no conocias más palabras que aquellas que dicen francamente lo que con toda franqueza pensamos en lo interior de nuestra alma?

* * *

Su influencia política no se limitaba tan solamente á la clase obrera de Santiago; pasaba más allá y se dejaba sentir con igual intensidad entre los jóvenes que poblaban los claustros universitarios. Gracias á su cualidad de estudiante, y sobre todo á su condición de poeta, gozaba sobre sus compañeros y amigos de un cierto influjo y preponderancia que no le sentaban mal y honraban sobre manera á una juventud que así se rendia á la superioridad de la inteligencia. Por eso le fué tan fácil unir en un solo sentimiento y en un solo

Biblioteca de Galicia

amor lo que era objeto de sus más graves preocupaciones, organizando aquel famoso banquete de Conjo, que tan gran notoriedad le atrajo y tanta importancia le dió á su hora, sin que él se percibiera de ello, por más que también le haya concitado las iras de sus émulos. En cambio sus amigos vieron entonces que si el poeta no carecía de ideales, andaba más que ignorante de lo que son partidos, lo que piden de un adepto y de lo que á ellos debe pedirse á su vez. Como en aquellas leyendas en que el hombre que da el alma al diablo se vá obligado á firmar el pacto con su propia sangre, así el hombre de partido. Quien á ellos se vende, renueva el pacto infernal y lo escribe, pudiera decirse, con lo que hay de más puro en su corazón, quedando desde aquel momento entregado al demonio de las ambiciones y al castigo del propio empequeñecimiento.

En la política hay que entrar con vida y alma: es como el amor, no consiente dos dueños, y nuestro Aguirre no hizo en la memorable tarde del 2 de Marzo acto de hombre de partido, que todo lo mide por la utilidad real y positiva que reporta á la causa que defiende. Los que ordenaron que en aquella ocasion los soldados cubriesen las avenidas del bosque y del convento; los que temieron que se hiciese allí algo más que comer, leer versos y entonar canciones patrióticas, estaban bien poco acostumbrados á semejantes manifestaciones y hacían demasiado honor á los que iniciaron la cosa y la llevaron á cabo. No acertaron á ver—tan ciegos son siempre los intereses amenazados—que el pensamiento

Biblioteca de Galicia

que guiaba á aquellas gentes era, como hijo del corazón de poetas, más fraternal que otra cosa. Que en la mesa y al lado de cada estudiante se sentara un artesano, y que en un momento dado se abrazasen en prueba de hermandad, nada significaba. Que al desfilar lo hiciesen cogidos del brazo un artesano y un estudiante, tampoco. Cierto que los versos de Pondal y los de Aguirre decian lo necesario, y aun algo más; pero ¡ay! las musas no sirvieron nunca para hacer programas políticos. La obra de aquel dia tuvo, es cierto, su resonancia y fué como un destello, pero su influencia en la vida del país hubo de ser tan escasa, que más se le recuerda por lo que de él se dice, que por lo que de él queda. Por sus procedimientos revelaba la infancia de los partidos liberales: por sus consecuencias también.

En cambio sus efectos inmediatos fueron de turbación para mi amigo, pues habiendo en su brindis llamado á Jesús, «hijo de un modesto carpintero», no se necesitó más para que el cielo cayese sobre él. La herejía era manifiesta y brotaba sangre: en una ciudad episcopal debía hacer ruido y andar su camino. Se comentó el verso, se le hizo objeto de violentas discusiones y hasta se recordó con tal motivo el famoso folleto del obispo de Autun. Las gentes se apasionaron; por una parte y por otra se enardecieron los ánimos, y lo que no lograron estudiantes y artesanos, lo consiguió un pobre verso, más bien hijo de la necesidad de la rima y de la rapidez de la improvisación, que de las creencias del poeta. El conflicto era evidente, los buenos compostelanos casi se conmo-

Biblioteca de Galicia

vieron, y el prelado comprendió la necesidad de poner término á la cuestión, llamando al poeta, advirtiéndole del error en que había caido y arrancándole una ratractación que dejase las cosas tal como se hallaban antes del 2 de Marzo. A no ser así, qué se diría? Aurelio acudió á la cita; mas al entrar en el Palacio tropezó con el secretario, tambien de piel de Obispo y á las primeras palabras que cambiaron la cuestión tomó un giro tan desagradable, que á poco compromete la obra de conciliación intentada. En presencia de aquel joven, que por lo desmedrado y enfermizo parecía más niño de lo que era en realidad, creyó el buen dominico que los argumentos estaban de más y que los gritos no estorbaban. Encerróse con él en un aposento y estuvo muy á punto de tratarle como dómine irritado. El *a fustibus et arguendis* de las escuelas le parecía más del caso, que no discutir con un muchacho que á leguas se veía que en cuestiones teológicas era imperito. ¿Qué efecto, habían de hacer en su ánimo argumentos sacados de los libros del *Angel de las escuelas?* Para Aguirre el mejor teólogo del mundo era Lamenais; *Las palabras de un creyente* el más profundo de los libros religiosos. Famosa controversia la que él podía sostener con un discípulo de Santo Tomás!

La oportuna intervención del prelado puso fin á la escena. Era el obispo aquel, ya que no un grande hombre, al ménos un buen corazón. Comprendió de golpe lo que había de infantil en el fondo del asunto, y ganado de la simpatía, trató sériamente de atraerse al poeta, de convertirle y

Biblioteca de Galicia

arrancarle una profesión de fé (1). Bien fácil era por cierto, si en cuenta se tiene que Aurelio se hallaba á la sazón escribiendo un poema sobre el *Via Crucis*, y aun no habia sentido la necesidad de desprenderse de sus creencias religiosas! Veinte dias después del banquete, publicaba su poesía *A mis calumniadores*, y en ella se hacían hartas concesiones á las ideas que combatía y se borraba más de una afirmación que era forzoso mantuviese. En cambio se cerraron los ojos ante aquellos versos:

Pura la religión guardo en mi pecho
Del hombre justo que murió en la cruz,

y todo volvió á su habitual silencio en la ciudad que, segun él «no es, ni será nunca más que un monótono cementerio de vivos».

* * *

Por aquel viejo camino de San Lorenzo, mal empedrado, solitario y lleno de plantas silvestres, una mañana del mes de julio, bajábamos Aurelio y yo hablando de los sueños y esperanzas que alimentábamos, de las penas prematuras que nos afligian, y de los vagos delirios que llenaban la ardiente imaginación del poeta.

El sol se ocultaba bajo pesadas nubes, el viento traía en sus alas los perfumes y los rumores de la campiña, y el ruido de la corriente que alimentaba los molinos aumentaba la monotonía y

(1) Aguirre hizo más de lo que se le pedía: recogió su «brindis» y le negó los honores de la publicacion. El de Pondal apareció en «La Oliva» del 26 de Marzo de 1856. en cuyo periódico solo dió á luz aquél su poesía «A mis calumniadores.»

Biblioteca de Galicia

tristeza del paisaje, sobre el cual arrojaban una sombra más las altas torres compostelanas. Por aquellos tiempos no se abria aun paso por entre los sembrados la blanca línea de la carretera, ni rompia y costeaba, como al presente, las pequeñas colinas que se oponen á su paso. Un álamo blanco, alto y delgado, levantándose en la hondonada, semejante á la aguda flecha de una catedral gótica, servia de guía á los que nos aventurábamos por aquellos agrestes senderos.

—Hé aquí,—me dijo cuando llegamos al pié del árbol—el lugar más grato á mi corazón y más propicio á mi musa. Ya sé, añadió, que á tí te agrada más el pinar de San Lorenzo,—poco tardó en desaparecer como todo lo que yo he amado!—porque su olor áspero y su largo gemido te recuerda el mar; pero yo te confieso, que sin saber por qué, prefiero este triste rincón y este árbol solitario, oculto trás de ese ribazo, y que parece ageno á cuanto sucede á dos pasos de él. A su sombra he escrito los pocos versos de que me siento orgulloso; aquí he derramado algunas lágrimas, aquí, en fin, tuvo principio la triste historia de que tanto has oido hablar, como generalmente se habla de lo que no importa ó no se comprende.

Y fué entonces cuando, abriendo su corazón á un verdadero amigo, me habló de sus pesares domésticos, de la mujer que le inspiró las bellas y ardientes estrofas *A una huérfana*, tal vez las más sentidas y hermosas que brotaron de su pluma; de su pasado, de su porvenir; de la poesía de Galicia hácia la cual empezaba á volver la vista, de la libertad, de todo, en fin, porque aquella alma

Biblioteca de Galicia

apasionada tenia hambre y sed de hacer á otro como él, partícipe de sus inagotables ilusiones.

En aquella mañana y gracias á sus grandes confidencias, pude comprender los misterios de una vida tan corta y tan llena ya: conocer su obra poética y penetrar los secretos de su producción. No hablo de las poesías que fueron escritas en medio del bullicio y para satisfacer los deseos de un compañero ó de un amigo; no de aquellas otras que en su calidad de poeta oficial, digámoslo así, le arrancaban á todas horas las exigencias del momento, sino de todas cuantas, hijas de la emoción interior, y respondiendo á un estado de su alma, produjo el poeta más fácil, más espontáneo, más abundante que conoció Galicia en el presente siglo.

¿Será acaso necesario señalar aquí las bellezas de que están llenas y los defectos que las manchan? ¿Para qué? Los que las amaban las han olvidado ya. Fiaos, pues, en el aplauso de los contemporáneos! Y sin embargo, él fué el poeta de su tiempo y de su ciudad; nadie en ella, despues del cura de Friume, ha gozado de mayor popularidad, ni superior influencia, ni más larga y curiosa leyenda. El *aguirrismo* es todavía una escuela, para los que, imitándole en lo que él tenia de convencional y exagerado, carecen de las alas con que el maestro se levantaba, y del soplo ardiente con que animaba sus versos.

Corrian estos de boca en boca, y apenas seca la tinta con que se habian escrito, se daban á la prensa, sin mediar entre la apresurada producción y su publicación el tiempo necesario para corre-

Biblioteca de Galicia

gir las pruebas. El reposo, el reconcentramiento y la forzosa quietud y soledad que demanda la musa á sus elegidos le fueron negados siempre, sin que él lo sintiera ni se apesadumbrara por tanto. En realidad, cuando apenas se ha tocado en los veinticinco años y se tiene ante la vista todo un mundo de esperanzas, bien pueden desperdiciarse por un cierto tiempo los dones que el cielo concede á muy pocos hombres, y dar á la popularidad lo que se roba á la gloria. Mas si él hubiera sabido que sus dias estaban contados, que tenia que apresurarse y recogerse en si mismo y producir algo parecido á lo que de él teníamos derecho á esperar, es más que posible que, dejando hablar á su alma toda entera, y revelando muchos de los íntimos dolores que guardaba en su corazón, y como quien dice, bajo los siete sellos apocalípticos, se vería entonces que no era indigno del nombre de gran poeta con que le saludaban los suyos; y tambien que no se consideraba tan feliz como se presumía, ni estaba tan satisfecho de su fama como pudieran creer algunos.

La posteridad no puede juzgarle como su tiempo; de él no queda ya, ni todo, ni lo mejor. Solo los que recuerdan los hondos silencios y las grandes soledades que le precedieron, podrán, leyendo sus versos, decir cuánto valía, cuanto se levantaba sobre sus contemporáneos, y que grande, qué legítima esperanza era para la patria gallega el que apenas tuvo tiempo para otra cosa que hacer irreparable su pérdida.

Biblioteca de Galicia

* * *

Y no se diga que alcanzó esta fama y logró este amor porque, sintiendo los males que afligian á su país, habia evocado los antíguos recuerdos, despertado sus cóleras, encendido su entusiasmo y hecho renacer en el herido corazón de Galicia las muertas esperanzas y los inmortales deseos que sin saberlo la devoraban. No; apenas si nuestro Aguirre sospechó que estas provincias demandaban un poeta. Otros vientos le llevaban, otras ánsias le poseían. Si hubiera vivido más, estoy seguro que se le habria contado en el número de los que todo lo posponían ante su país, puesto que hubo un momento en que demostró deseos de ser el primero en la pequeña legión que entonces se formaba. No se lo permitió la muerte, y antes, en especial durante los dos años de su más fecunda producción, no obedeció más que á las vivas solicitaciones del amor y de la libertad. Todavía no era Galicia, para él la eterna esclava que lloraba su soledad al pié de las olas, menos amargas que su suerte.

Se comprende; Aguirre no fué nunca un poeta descriptivo, y es por el sentimiento de la belleza exterior por donde,—contemplando la hermosura de estos campos y riberas,—la mayor parte de nuestros escritores llegaron á sentir por su país una pasión tal y tan exaltada, que sorprende y pasma á los extraños, pero que comprendemos perfectamente los que aspiramos las auras de este jardín sin término y vivimos bajo su cielo, despues de haber errado por otros campos estéri-

Biblioteca de Galicia

les, y sentarnos al pié del seco cauce, que apenas alegran las solitarias adelfas.

Su vida se había deslizado bajo el cielo sombrío de la vieja Compostela, que representaba para él todo lo aborrecible, esto es, el pasado con cuanto tiene de opuesto á las ideas y aspiraciones modernas, el presente con sus forzosas resistencias á todo lo nuevo. Así se comprende la alegría que se apoderó de su alma, cuando entre las músicas y los aplausos con que le recibieron sus amigos de Vigo, entró en la ciudad sin torres y sin campanas, en la cual debía, como en nuevo Jordán, regenerarse su musa y su corazón. Todo era allí para él, incluso aquel pueblo sin historia, que apénas tenía la edad del poeta. Todo le hería y deslumbraba; la mar, los barcos, la novedad de la vida comercial, los poéticos alrededores que circundan la población, las nuevas amistades, el arte mismo, que al fin veía y tocaba en los lienzos de nuestro inolvidable Serafín Avendaño. De aquellos dias datan la mayor parte de sus mejores poesías. Tal vez fué entonces cuando hubo de persuadirse de que por muchos que fueran sus deseos de dedicarse á la pintura, el cielo no la había hecho para ceñirse sus laureles; en aquella ciudad, en fin, conoció el único, el verdadero amor que llenó su alma, y fué para él como una iniciación.

Felizmente coincidia con la madurez de juicio y con una mayor comprensión de la vida y de la producción literaria y cuanto con ella se relaciona. Era ya llegada para el poeta la hora de ocuparse de sí mismo, de ser hombre, de sentir y

Biblioteca de Galicia

expresar los propios sentimientos. Las vírgenes aspiraciones de su alma que había sabido conservar pura á través de los amores y trato diario de las Marión de su pueblo, brotaban potentes y vivificadoras en el interior de su pecho.

Y én verdad que era hermosa la vírgen de sus sueños y que el poeta merecía ser amado y comprendido por aquella mujer jóven, solitaria! Yo la conocí por aquellos tiempos, yo ví en su tallo la rosa antes de ser cortada, y puedo decir que muy pocas estaban como ella más dichosamente conformadas para ejercer sobre Aguirre una más directa y fructífera influencia. Era una niña á quien agitaban las vagas y misteriosas aspiraciones que la soledad engendra y una ardiente imaginación colora y anima. A su vista sintió Aurelio que toda su sangre se renovaba, que su alma se bañaba por primera vez en los puros rayos de una pasión como convenía á su nueva existencia. Que nueva era en efecto, y desconocida, la vida que empezaba para él y de la cual la muerte solo le permitió sorprender los santos y venturosos comienzos.

Fué entonces cuando á la luz de este amor que todo lo llenaba, se fijó su vocación, y ya no pensó en ser otra cosa que lo que era, esto es, un poeta. Entróse en sí mismo, abandonó las cuestiones políticas, rompió los pinceles, dijo adios á las tablas que había frecuentado (1) y se dedicó á co-

(1) Aguirre formó en cierta ocasión, en unión de algunos amigos suyos, una compañía de declamación que dió varias funciones en Padrón, Villagarcía, Cambados etc., recogiendo grande cosecha de aplausos. Por cierto que habiéndose embarcado en Villagarcía, en un pailebot cargado de sal, estuvieron á punto de naufragar á la

Biblioteca de Galicia

rregir y ordenar sus poesías. Eran estas infinitas, Aurelio las había ido esparciendo, como la primavera las rosas; pero con el buen instinto que le era peculiar, comprendió que no todas merecían haber vivido más allá del momento que las había visto nacer. El mismo, como padre severo, se negaba á darles un lugar en el libro que preparaba, aunque aplazando su publicación, para cuando, á su juicio, hubiese producido algo digno de ser recordado.

En esto estaba, cuando sus amigos y compañeros de último año de jurisprudencia anunciaron en grandes carteles la publicación de los versos del poeta bien amado. Fué aquel un dia de entusiasmo y de gloria para la Universidad compostelana. Dia no renovado despues! Las listas de suscrición se llenaron y Aguirre, rindiéndose á tan grande prueba de cariño, no tuvo tiempo sinó para recoger las dispersas hojas, llenarlas y darlas á la imprenta, bajo el modesto título de *Ensayos poéticos*. Las primeras páginas las había dejado en blanco para que escribiese el prólogo, quien hoy cuenta su vida á breves rasgos. Así son las cosas y los pensamientos de los hombres; nada de lo que se proponen se realiza por completo ni á su hora.

⁂

Los primeros pliegos salieron á luz en los

entrada de Cambados. El patrón era ciego, el viento fuerte, la mar mucha. Solo la serenidad é instinto de uno de sus amigos que por casualidad les acompañaba, pudo librarles del peligro. Eran otros los mares en que debía perecer.

Biblioteca de Galicia

últimos dias de Abril de 1857, y en el mismo mes en que Aguirre cumplia sus veinticinco años; pero estaba escrito que la publicación debía interrumpirse del mismo modo inesperado y trágico que la vida del poeta.

Aun no habian pasado dos meses, cuando partió apresuradamente para la Coruña á donde habia ido á pasar el verano aquella de quien dijo:

Tengo de vuestro encanto el alma llena,

y á su lado vió pasar las últimas horas felices de su vida. Una mañana fué á verla á la cercana quinta en que vivia; cuando volvió á la ciudad, el sol brillaba en toda su fuerza y la extensa línea del océano se desarrollaba inmóvil á lo largo del horizonte, como convidándole á dormir en su seno. Aurelio entró en la población, buscó á sus amigos, y á los pocos momentos se encaminaron á la playa de San Amaro, para tomar el baño. Una hora despues, el poeta ya no era de este mundo. El mar, aquel mar que tanto amaba, le recibió en su seno y no devolvió más que un cadáver.

Los que en vida le habian tejido su leyenda, no creyeron en aquella muerte inesperada, y quisieron mejor pensar en un suicidio.... ¡Suicidio! ¿por qué? ¿no era en aquellos dias tan dichoso como nunca lo había sido en su vida?

.....

De antiguo se miró la muerte por los hombres como un dulce descanso. Aguirre, á quien las felicidades del triunfo sorprendieron en un principio, fué bien dichoso muriendo cuando aun los vientos de la fama no traian hasta él más que el rumor de los primeros aplausos. ¿Para qué

Biblioteca de Galicia

esperar la hora amarga de las tribulaciones y los desencantos, si todo lo que queda de nosotros es lo que con nosotros se entierra, y no hay cosa más vaga que la posteridad?

Parecido á aquellos niños venturosos que mueren sin conocer otra cosa que las ternezas maternales, así Aguirre. El, sin duda alguna, merecía pasar sin llevar á sus labios el cáliz de la vida.

¡Aquellos á quienes los dioses aman, dice el proverbio griego, mueren pronto!

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

LEONARDO SANCHEZ DEUS.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

LEONARDO SANCHEZ DEUS.

La especial costumbre del *compagnonnage*, parece propia de cuantos pueblos derivan de la noble raza ariana. Por no se sabe qué interna devoción y especial movimiento, se encuentran hombres que se unen y confunden tanto con los que escogen por amigos, compañeros ó jefes, que vienen á ser otros como ellos. Les siguen como la sombra al cuerpo, y al viento los rumores. A esta fidelidad de perro, á esta obediencia de sectario, no se llega, en verdad, sino por medio de una diaria y creciente exaltación que, como el amor, peor todavía, porque es más ciego é irreflexivo y menos interesado, quita toda voluntad y borra todo carácter personal; exaltación que viene del propio convencimiento y deseo, que se alimenta del pensamiento, de la sangre, de la vida misma del que, voluntario y de por sí, gusta

Biblioteca de Galicia

de anonadarse y confundirse con aquel á quien toma por superior y cabeza, recibiendo de él á su vez una cierta vida y luz que á sus ojos le engrandece y hace superior.

Así sucede con el soldado, respecto del general que le conduce á la victoria, despues de haberse sentado al fuego del vivac la víspera de la batalla. ¿Habeis visto el famoso cuadro de Meissonier, *La carga de caballería*? Todos confiesan que el génio del artista llegó á donde pocos, pues sintió la realidad y la presentó en toda su terrible y enórgica poesía. Allá van los bravos coraceros, ciegos con sus caballos á todo galope; hombres y bestias, ébrios con el sonido de los clarines y el vértigo del escape, pero sobre todo, llenos con la presencia del emperador, ante el cual desfilan.

El contraste aflige, pero al mismo tiempo encierra una gran lección. Se ve en el animado rostro del soldado, que toda su misión es la de vencer ó morir, mientras en la aparente frialdad del emperador se descubre un mundo de temores. Justo es que mientras los demás pelean y mueren, piense él en algo más terrible que la muerte; en el éxito que decide y en la posteridad que juzga.

Si se le preguntase, es posible que dijera que tenía en aquel momento por más feliz al coronel que al frente de un escuadron se afirma en los estribos y saluda con la espada, y un ¡Viva el emperador!, y no al que le ve pasar con ojo frio y triste, pensando tal vez en tantos hombres como van á morir á un gesto suyo y por una justícia dudosa.

¡Es posible!..... mas, ¿qué les importaba á

Biblioteca de Galicia

ellos el peligro y la muerte, si peleaban por la Francia, y lo que es más, por aquel nuevo héroe que renovando las antíguas hazañas, cubría de gloria sus banderas y hacía invencibles sus soldados? Ellos le amaban; ellos, que le habían levantado al sumo poder en la punta de sus bayonetas vencedoras, y ungido con su sangre derramada en el campo de batalla! El emperador era su obra; en la aureola que ceñía su frente, cada uno creía haber puesto un rayo. ¿Qué mucho que aquel amor sobreviviese al mismo que lo había inspirado? Las legendarias campañas del imperio no eran para ménos. Pues bien, esos milagros de verdadera idolatría y confraternidad del soldado con su jefe, nadie despues de él los realizó tan por entero como aquel otro italiano, nacido, como el corso, para captarse el ciego amor del soldado, que engendra y sostiene las verdaderas virtudes militares. Los que le seguían llegaron á confundir de tal modo al caudillo y las ideas por que combatía, que casi hicieron de él un símbolo. Era para ellos un general y un apóstol. Su historia es ya una leyenda. Vivía aún, y ya no era posible separar lo que había en su vida de real, de lo que era fruto de la imaginación popular. No fué lo que se dice un general; y sin embargo, se le adornaba con sus cualidades más sobresalientes; no era un grande hombre, y se le tenía por un sumo patriota; era un ser excepcional, y simbolizó una causa. Era, sí puede decirse así, una idea hecha carne, una noble aspiración, un problema que debía resolverse: La patria italiana para los unos; para los demás la libertad.

Biblioteca de Galicia

Así como entre los santos ama el pueblo aquellos que por una dulce simplicidad y bondad de corazón están más cerca de él, así pasa tambien con los hombres verdaderamente populares. Crecen y se agrandan al soplo de fuego de las muchedumbres que les admiran y siguen en espíritu. No pregunteis por qué, no sabrán decirlo; mas la razón no es otra sinó que todos amamos más lo que mejor comprendemos y sentimos, lo que más se identifica y más pronto llega hasta nosotros. Este es el secreto de los éxitos, el fundamento y razón de las grandes popularidades; la de Garibaldi, como la de todos los héroes.

Entre aquellos pocos entusiastas, que sin ser italianos, fueron á verter su sangre en los campos de batalla, en que se decidía la suerte de Italia, se cuenta más de un hijo de Galicia; pero el único que se recuerda en aquel pequeño cenáculo que la muerte vá disminuyendo, es nuestro *Leonardo Sanchez Deus*. Su memoria borrada casi en mi corazón y desvanecida por otros más íntimos y profundos sentimientos, despertó de repente en mi alma, cuando el telégrafo anunció la muerte del solitario de Caprera. ¿Por qué este súbito recuerdo? No lo sé; fué así y basta. Todo un pasado, unido al nombre del infortunado Deus, surgió de golpe como una tristeza más, en mi corazón lleno de tristezas. Le ví tal como cuando consumía sus dias juveniles bajo el cielo de la vieja Compostela; y de pronto, pensando en la hija ausente, ví tambien levantarse la dulce figura de aquella niña, que á los quince años se refugió en el sepulcro, como en puerto de paz: ¡era de los

Biblioteca de Galicia

Deus y tocada de su inmenso infortunio! Sí, pensé en ella, porque había crecido al lado de mi Alejandra, y porque no quiso que nadie, sinó su amiga, le cerrase los ojos; aquellos dulces ojos que no debian ver ya más nada sobre la tierra.

Tal es el misterioso enlace que nuestros pensamientos, nuestras ideas y sensaciones establecen entre sí, que unos despiertan los otros y los renuevan, tornando á la vida lo que parecía haber muerto en nosotros para siempre.

***

No sé si existe todavía, pero hace unos veinte años, y siempre que atravesaba el camino de Santiago á la Coruña, al llegar á una alta explanada, triste y solitaria, pero llena de agrestes aromas y de una cierta salvaje poesía, grata al hijo de las montañas, solía detener las miradas y el pensamiento sobre un viejo y un tanto espacioso edificio que á la derecha de la carretera recortaba su oscura silueta, sobre un cielo encapotado.

Sobre la puerta se leía entonces este letrero: MESON DE DEUS.

Aquellas negras paredes, más negras todavía en medio de un paisaje sin viviendas, sin árboles y sin rayo de sol, me hacían el mismo efecto que los abandonados palomares que en los llanos de Castilla parecen levantarse para acusar todavía más lo vasto de la llanura y la soledad que en ella reina.

Las ventanas cerradas y sin cristales, la puerta cerrada tambien y muda, la chimenea dicien-

Biblioteca de Galicia

do á voces que en aquel hogar abandonado no se encendía fuego hacia años, daban á entender bien claramente que las almas solas que allí habían vivido, voláran ya á los lugares misteriosos en donde todo acaba y se confunde.

Los que hemos nacido á orillas del mar ó valles que le avecinan; los que viven en las fecundas y risueñas comarcas que forman en Galicia regiones verdaderamente paradisíacas, no aciertan á comprender las bellezas propias de las altas mesetas centrales de nuestro país. Aquella, al parecer, inhóspita extensión, cubierta de la dura planta que le da su color oscuro; la vasta amplitud apenas cortada en el horizonte por la línea desigual de las pequeñas colinas, y los delgados álamos que marcan á lo lejos el cauce del rio, en cuyas frias y cristalinas aguas se reflejan todas las soledades que les rodean, tienen, sin embargo, su poesía y su grandeza. Al fondo se oscurecen las tintas y toman el eterno azul de las lejanías; el cielo es más claro, los árboles más verdes, las aguas más transparentes, el silencio más solemne; en una palabra, todo tiene la vaguedad y la grave firmeza de las alturas. ¡Verdaderamente valen bien el amor que les profesan sus hijos!

En estas llanuras, en medio de las cuales puede repetirse con el poeta: «de su prisión se escapa mi corazón de águila cuando veo su horizonte inmenso,» el hombre se torna reflexivo y ensoñador. Diríase que en ellas se templa el ánimo y el ser se endurece para todo género de fatigas. El caballo errante pasta una yerba desme-

Biblioteca de Galicia

drada; el carnero de lana áspera, despunta los citisos salvajes y las retamas en flor; los vientos son fríos, pero la canción de la campesina es más pura, porque habla solo de los afectos íntimos y resuena bajo cielos iluminados por dulces y claras lejanías.

La madre de Deus tenía el carácter de los lugares en que había nacido y pasado sus primeros años: era buena y fuerte. Su hijo heredó sobre todas, estas dos cualidades, exaltadas por una vida aventurera y de privaciones. Pensaba que su pan negro y el agua cristalina de las montañas no habían de faltarle, ni ménos aun el pedazo de tierra en que dormir su sueño de soldado, mientras no le llegaba la hora suprema de dormir el de los héroes desconocidos. ¿Qué le importaba el resto? Y sin embargo, si él hubiese contado sus sueños, si así como sentía su corazón, lo expresara su palabra, arpa muda, en cuyas cuerdas resonó más de una canción,—¡con qué extraños acentos nos hubiera conmovido!

* * *

¡Qué tristes destinos los de algunas familias! Parece que nada es capaz de arrancarlas á una irremediable perdición; y si cien otras necesitan siglos para hundirse y desaparecer, ellas van de golpe al abismo que las traga. Les falta el aire y les sobra la desgracia; expian las grandes faltas de una breve ó larga ascendencia.

No se necesita haber vivido mucho para conocer algunas de estas gentes sin fortuna, tocadas de antemano por el dedo de la fatalidad.

Biblioteca de Galicia

En nuestros tiempos, y entre la clase media sobre todo, abundan; se las vé florecer y morir en una tarde. Pasan como relámpagos. Son como cosa ligera; no logran arraigar en el suelo que les da vida; son como árbol viejo, sin fuerzas ya para alimentarse de unas raíces estériles.

La familia de Deus era una de éstas: el mesón abandonado, su última etapa.

Bastaba verle para conocer que nuestro infortunado amigo no había nacido ya bajo aquel techo ni gozado de sus abundancias. Vino al mundo en una apartada calle de Santiago, y vivió, mientras jóven, en las estrecheces propias á las gentes que cuentan con poco. En cambio no le faltó ninguna de esas fatalidades que deciden por completo de la suerte de un hombre y parece que lo marcan para siempre con su dedo fatal é inflexible. Por de pronto, y como si fuera un tristísimo augurio, conoció Deus desde su infancia los estragos de la pasión política. Mientras su padre hacía alarde de los sentimientos liberales que le animaban, un tio del niño Leonardo moría fusilado por carlista. Entonces fué cuando vió llorar á la hermana de su madre lágrimas sin consuelo, hijas del furor y de las facciones que ensangrentaban el suelo de la pátria. Aquella pobre mujer, arrojada de golpe en todas las hondas y amargas tribulaciones de una viudez sin amparo, no hacía más que adelantarse en el infortunio á la que bien pronto se vería igualada con ella por la desgracia y la viudez.

El padre de Deus murió también antes de tiempo, dejando á su familia en una orfandad tristisi-

Biblioteca de Galicia

ma. Deus la sintió en toda su terrible realidad, puesto que siendo el único varón, á él quedaba entregada aquella familia sin jefe.

Y aquí empieza el verdadero, el triste calvario de nuestro amigo.

* * *

Con el valor que le era propio y con el que prestan ciertas situaciones, Leonardo, que estudiaba primer año de jurisprudencia, se puso resueltamente á dar lecciones de latín, y ganar de este modo el diario sustento para sí y su familia sin recursos. Es remedio á que apelan tantos en las ciudades de Universidad, que viene á ser inútil. Excusado será añadir que lo que él hacia no era huír de la miseria, sino llamarla á gritos. Los mismos á quienes enseñaba ¡oh capricho de la suerte! eran los que, cambiando el azadón por la estola, seguían *la carrera breve*, y como pobres no podían recompensar, sino por el número, el trabajo del maestro. Este trabajo era rudo y sin esperanza. Yo sé bien lo que significaban semejantes *pasantías*, pues me he sentado en sus bancos. Casas tristes en arrabales apartados; aire de privación; en todas partes las señales indelebles de la penuria del que las habitaba. A veces, una ventana que daba al campo, dejaba entrar con un rayo de sol los vagos rumores de la campiña y algunas ráfagas de viento perfumado que venia de las cercanas riveras. Nota alegre en aquel cuadro de tristezas resignadas. Despues el murmullo de los que recitaban sus lecciones ó daban su traducción, hacía más fatigosa para todos la

Biblioteca de Galicia

monótona regularidad con que unos y otros llenaban su cometido.

Y esto un dia, y otro y otro; algunas veces por toda una vida. ¡Oh amarguras infinitas!

Deus no pudo soportarlas. Sufrió su yugo, y nada más; pero llegó un dia en que su carácter enérgico y aventurero se reveló tal cual le había hecho el cielo. Fué con motivo de la revolución de 1854, que tantas esperanzas hizo concebir, y que en realidad tuvo la vida de las rosas. Tempestad de verano que agitó un momento la superficie del lago, al cual el golpe de estado de 1856 devolvió la habitual tranquilidad. Lo muerto volvía á su quietud forzosa.

Con tal motivo nuestro amigo sintió en la vieja ciudad de provincias todo el horror de esas reacciones, sólo en ellas posibles, y que sin parecerlo, hacen el vacío en derredor del que señalan con su dedo implacable. En una ciudad de Obispo se había hecho notar por su espíritu anticlerical: tenía, pues, que apartarse y desaparecer para ser perdonado. El lo comprendió así, y abandonó resueltamente pátria y familia. Madrid le llamaba, y allá fué: ¿qué esperanzas le animaban? ¿cuáles eran sus proyectos? no lo dijo, pero fué entonces cuando le tratamos con mayor intimidad y pudimos leer en su rostro la desesperadora resignación de un alma que marcha hácia lo desconocido, sin esperanza de arribar á puerto alguno.

* * *

La guerra de Italia tuvo á su hora un aire de

Biblioteca de Galicia

renacimiento para Europa, apenas comprensible al presente. Ni el mismo 1848 con sus supremas convulsiones y catástrofes, se presentó más lleno de esperanzas. Pudo decirse el despertar de los pueblos dignos de la libertad.

Lo recordamos bien, porque hemos participado de los entusiasmos que engendraba aquella gran campaña, llena de los colores de las nuevas auroras. La libertad de Europa recibía su agua lustral en los campos de la *Italia serva*. No hubo dia que el telégrafo no trajese la noticia de un gran triunfo, y por eso mismo cuantas almas ponían diariamente algo suyo en la cosa pública, estaban como suspensas de los extraordinarios acontecimientos. Sobre todo los partidos liberales, se agitaban y vivían en una contínua ansiedad, pues en el buen éxito de aquella lucha cifraban sus mayores esperanzas. Amaban la Italia—eterna Niobe, condenada á llorar la muerte de sus mejores hijos,—y trataron de ayudarla, enviándole cuantos quisieron combatir por ella. Deus fué uno de los que partieron: realizaba algo de sus sueños y escapaba á la vida ociosa de miseria que á la sazón arrastraba.

No hay nada más cruel que pensar en el contingente que las provincias arrojan confiadas sobre Madrid, que nada devuelve, sin otras fuerzas ni condiciones que la juventud y las ilusiones que ésta engendra y mantiene. ¡Desgraciado de aquél á quien la suerte pone en la calle, si en sus ojos no brilla el fuego de la inteligencia, y en su corazón no tiene la sangre engendradora de las grandes acciones! ¡está condenado á la más tris-

Biblioteca de Galicia

te de las muertes! Es una ruda campaña, la que los solos y los llenos de esperanza, emprenden contra la suerte. Los que la han hecho saben perfectamente cuántos han quedado en el camino que merecían poder resistir y llegar, y cuántos estaban con justicia destinados á ver desvanecerse todos sus sueños. ¡Dichosos aquellos á quienes la muerte visita pronto, ó que como á Deus, el azar les abre camino inesperado y fácil al único empleo posible de sus fuerzas!

Porque no siendo nuestro amigo un escritor, ni una palabra elocuente, ni una gran inteligencia, ni otra cosa que una voluntad que tomaba por algo real los impulsos de una fuerza sin empleo, puede calcularse ¡qué sería de él el dia que las manos que daban se cansaran! Cierto que como á su padre, el demonio de la política le dominaba; pero Madrid, al cual había llegado con un bolsillo tan ligero como sus sueños, no podía proporcionarle otra cosa que los desengaños que prodiga hasta á los más fuertes y más dignos de una pronta recompensa. Conocía y hablaba á los jefes de la democracia, bajo cuyas banderas se había afiliado, pero á esto se reducían sus glorias. Sin aquella buena alma, que el cielo nos llevó tan pronto, privando á la pátria gallega de una de sus más nobles inteligencias, (1) bien pronto

(1) El Sr. D. Luis Hermida, muerto en 1867, en lo mejor de su edad y de sus trabajos literarios. Era uno de los pocos jóvenes que á la sazón se dedicaban con verdadero éxito al estudio de las ciencias filosóficas, mereciendo que en su honor establecieran sus amigos el Premio Hermida, con el que pensaban perpetuar su memoria entre los que cultivan los estudios especulativos en nuestra patria.

Biblioteca de Galicia

Deus hubiera sucumbido bajo el peso de la miseria.

***

Pero él midió á tiempo la profundidad del abismo en que había caido, y con el gran ánimo y resolución de que estaba dotado, abominando la quietud á que se veía reducido, no necesitó mucho para decidirse y tomar el fusil de voluntario. La tierra sagrada de Virgilio le sonreía; el espíritu aventurero de su raza le llevaba allí donde se iban á decidir los destinos de un gran pueblo. El velo del porvenir se rasgó ante sus ojos, y comprendió bien pronto que la guerra que acababa de estallar, le ofrecía el único camino de salvación que le quedaba. ¿Qué era para él la muerte? Donde quiera que le hiriese, allí tendría su pedazo de tierra en que descansar para siempre.

Era Deus de más que baja estatura, rehecho y de miembros acerados, resuelto y vivo, enérgico y sin temor, pero de rostro y aspecto mezquino. Por eso cuando ya próximo á abandonar la corte fué á despedirse de algunos jefes demócratas que lo estimaban por las excelentes dotes de su corazón, el señor Guardiola—que al verle no pudo reprimir una sonrisa—le dijo en tono entre burlon y benévolo:

—Que vuelva usted hecho un general.

Deus, que conoció de golpe la ironía, tuvo el buen gusto de dejarla pasar, como quien dice, sin hacerle caso, y se limitó á contestar:—Se hará lo que se pueda, señor don Francisco.

Y dando á todos un apreton de manos, salió.

Biblioteca de Galicia

Dias después pisaba el suelo de Italia y era enviado á uno de los regimientos que mandaba el general Avenzana, á las órdenes, como se sabe, de Víctor Manuel, y por lo tanto destinado á tomar parte en los más sangrientos y memorables combates, en que el rey soldado añadió una hoja más á la corona que por su gran valor se ciñeron en todo tiempo los príncipes de la casa de Saboya.

Excusado es decir que el oscuro combatiente cumplió como bueno, puesto que pasó por todos los trances de aquella gloriosa campaña, en la cual las grandes masas eran echadas sobre el campo de batalla como un hecho decisivo y sin réplica. Hizo sus marchas, estuvo en Palestro, durmió sobre el duro suelo, fué uno más entre los combatientes, en una palabra, desconocido y no contado, allí donde los generales morían oscuramente, se batió como todos, venció con los que seguían las banderas de Italia, y logró ver el fin de aquella lucha no sobrepujada hasta entonces por otra alguna en el brillo y en la rapidez de los triunfos.

Un dia—no recuerdo en qué ciudad—pasó el Ministro de la Guerra revista á las tropas. La corta estatura de Deus, así como su aire militar, le hizo notable á la vista del general. Detúvose éste ante el voluntario, y le mandó dar dos pasos al frente, lo cual ejecutó mi amigo con el natural desenfado de la infantería española, y con la soltura propia del que sabía vestir algo más que ropa de soldado.

—¿De dónde eres? le preguntó el general.

—¡De España!

Biblioteca de Galicia

—Estuve allí,—replicó aquél, hablándole en castellano;—¿de qué provincia? añadió.

—De Galicia.

—¿De qué pueblo?

—De Santiago.

—Tambien estuve allí. ¿Qué eras?

—Estudiante.

Todo un mundo de recuerdos debió llenar en el momento el alma del veterano. Aquel jóven extranjero que venía á pelear por la libertad de un pueblo en el cual no había nacido, le hablaba de los dias de su juventud, en que él también había combatido por la libertad de un pueblo que tampoco era el suyo. Sus destinos, pues, eran iguales. Hubo, por lo mismo, de conmoverle aquella ánsia de gloria, aquel espíritu militar, aquella desgracia que arrojaba á un jóven bien nacido en los rangos en que apenas se hacen ver los más valerosos y afortunados.

—Concluida la revista te espero, le dijo.

Y pasó adelante.

Desde aquel dia empezó para el pobre voluntario una nueva era: ensanchóse el horizonte de sus sueños, y pudo ver allá, en la lontananza de su vida, algo como el fin de una existencia dichosa. Paso tras paso fué ascendiendo en su carrera, y en aquellos combates que harán para siempre memorable la guerra de Italia, ganó su grado de teniente. Algo habia de grande y glorioso en todo ello para el oscuro soldado y tambien para el país de que era hijo. Desde entonces, agregado al estado mayor del general Avēnzana, que le distinguía con un cariño casi paternal,

Biblioteca de Galicia

hízose notar por su bravura en los combates, así como por su lealtad y entusiasmo por la causa italiana.

Pero como concluyó la campaña sin que la suspirada unidad del pueblo itálico fuese un hecho, todas las miradas se dirigieron hácia Nápoles, y especialmente hácia Roma. Era la paz un descanso nesesario, y muy pocos los que querían gozar de él. Deus, que como todas las almas preocupadas de un ideal que aman, tal vez sin sentir su fuerza ni conocer su importancia; Deus, que recordaba sus pesadumbres de Santiago, y á su recuerdo, los odios y antipatias que dormían en lo más hondo de su corazón se levantaban potentes, sintió como ninguno el dolor de esa tregua. Tenía ánsia de que las tropas de Víctor Manuel acamparan á las puertas de Roma. A su imaginación se presentaban ya los curas compostelanos, aterrados ante el hecho de ver á Pio IX despojado de sus atributos de Rey y del poder que no le había sido dado con el anillo de San Pedro. Sentía un secreto placer en pensar que *allá abajo* pudiera decirse que él había contribuido á tanto. ¡Oh! ¡voluptuosidades de la venganza!

Como á todo aquel á quien la acción es connatural, la vida de guarnición, siquiera estuviese animada con la perspectiva de nuevas empresas, se le hizo bien pronto insoportable, y Garibaldi, que significaba para muchos el triunfo definitivo de la causa italiana y la ruina del clericalismo, apareció á los ojos de nuestro amigo como un redentor, como el único hombre ajeno á las cábalas políticas y fiel únicamente á la causa

Biblioteca de Galicia

del pueblo. Para un sectario como él, era cuanto podía desear.

* * *

Así fué que el dia en que el general llamó á los suyos, Deus no faltó á la misteriosa cita.

Era en el mes de Mayo, cuando todo en la tierra florece y vuelve á la vida y se respira el aire embriagador de los campos que se renuevan. Vagos rumores corrían entre los patriotas italianos, y la proximidad de nuevos y trascendentales acontecimientos se adivinaba fácilmente. Se decía que el héroe decidido á llevar á cabo la más grande de sus empresas aquella que, emulando las antiguas y gloriosas expediciones, coronó su frente con los más legítimos laureles de su vida —había llamado á un pequeño número de hombres resueltos, capaces como él de intentar la sublime locura de conquistar dos reinos.

Y así era la verdad. Una noche, anclados en la rada de Génova *El Piamonte* y *El Lombardo*, Garibaldi y los suyos se embarcaron como César, con su fortuna á bordo de aquellos buques, y pusieron la proa hácia las costas sicilianas. Vientos propicios les llevaron, y cuatro dias despues de haber abandonado el puerto estaban ya frente á Marsala.

Entonces fué cuando se dió principio á la maravillosa y legendaria campaña en que un puñado de valientes fué de victoria en victoria, de Palermo á Nápoles, de Nápoles á Gaeta. Deus recordaba estos dias como los más felices de su vida. Se comprende: había sido uno de los *mil*.

Biblioteca de Galicia

Cuantos le oyeron relatar los portentosos éxitos, aseguran que sus palabras eran tan elocuentes, que no parecían salir de lábios del antiguo maestro de latin. Tanto puede la exaltación y el hábito de las grandes cosas, tanto ennoblece al hombre!

Fueron aquellos sus hermosos dias de sol. Nápoles le traía á la memoria las magnificencias de la naturaleza del país natal. Bajo un cielo todo sonrisa, recordaba aquel otro poblado con sus más dulces esperanzas. La misma lengua italiana tenía para él más blandos acentos y más conformes con los de la lengua que había hablado en su infancia. Los pinos en parasol, los ardientes ocasos, las tranquilas aguas y cielos trasparentes le representaban los de la pátria lejana. Algunos años después, todavía hablaba de los cuadros y estátuas que entónces había visto, como si su alma templada al sol y á los vientos del golfo, se hubiese regenerado y tenido la visión y el sentimiento del arte.

Con aquella breve y gloriosa campaña selló Deus su eterno amor á Garibaldi, cambiendo resueltamente el uniforme de oficial piamontés por la roja camiseta. No la vistió en vano, pues con ella parecía haberse desposado para siempre con todas las ilusiones y esperanzas de su jefe. Nadie como él vió llegar con más alegría el momento de las nuevas expediciones, pero confesaba que la víspera de la batalla de Aspromonte había ya tenido los más amargos presentimientos. Pasó *su noche triste*, esperando la nueva aurora y el nuevo combate. Cuando se cambiaron los

Biblioteca de Galicia

primeros disparos, Deus se arrojó á la lucha con aquel valor desesperado que le valió sobre el campo su grado de capitán: conocíase que no quería sobrevivir á una derrota. Después... pero ¿á qué hablar de lo que él aborrecía y se negaba á recordar? Hubo un momento en que la víctoria pareció sonreirles, más ¡ay! que los breves fulgores de Monte Rotondo no sirvieron para otra cosa que para hacerle más triste y penosa la derrota de Mentanal.

* * *

Pasada la tormenta, nuestro amigo buscó el natural abrigo en Caprera, y al lado del que acababa de nombrarle su ayudante de campo. Allí, en medio de las estériles rocas que el héroe hizo para siempre memorables, viendo como las olas se quebraban en el acantilado y vagando por aquellos arenales solitarios, sintió crecer su amor y admiracion por el viejo caudillo. Y esto de un modo tal, que puede decirse sin temor, que en él concentró todas sus esperanzas, que de él le venían todos sus ódios.

Se dice que los rencores eclesiásticos son terribles y duran, pero los que los sacerdotes inspiran no son, á lo que parece, ménos inextinguibles. Esos ódios acrecidos y centuplicados desde que abandonara á España, llenaron tan por completo el corazón de nuestro amigo, que no dejaban sitio para los demás afectos. Garibaldi, vencido por causa de Roma, se había hecho sagrado á sus ojos. Deus no era ya un soldado que seguía á su jefe, sinó un sectario capaz de morir por aquel

Biblioteca de Galicia

que encarnaba las ideas á que rendía culto, y por las cuales combatía. De tal modo creció en él la exaltación, que no quiso desde entonces despojarse de la roja camisa del voluntario. La llevaba bajo el uniforme piamontés, á la manera que los obispos reclutados en las órdenes religiosas ocultaban bajo las vestiduras pontificales su hábito de frailes. Era una idolatría, un fanatismo igual al que él abominaba.

Un dia llegó, en que abandonando su retiro, partió Garibaldi para Lóndres, acompañado de sus hijos y ayudantes. Al cruzar el vapor que los llevaba por las aguas de España, sintió Deus las más vehementes ánsias de ver á su madre y de respirar los aires de Galicia. Sospechaba que los graves sucesos que se aproximaban no le dejarían lugar para tanto. Y temiendo una muerte oscura quería dar su adios á la pobre anciana pronta á dejar el mundo. Pidió, pues, su permiso al general, y éste dió órden para que le desembarcasen en un puerto de España.

Desgraciadamente le esperaban aquí las suspicacias de los agentes del gobierno, los cuales por un exceso de celo molestaban á un oficial garibaldino, creyendo molestar la revolución misma. Esto le exaltó y puso fuera de sí. Comparaba la libertad de Italia con las durezas de la pátria, y se sentía avergonzado. Las vejaciones que sufría le irritaban, obligándole á ir de ciudad en ciudad, como un león que se revuelve en su jaula de hierro.

Como si esto no bastase llegó un momento en que su bolsa de soldado, harto ligera de costum-

Biblioteca de Galicia

óre, pesaba ya tan poco que equivalía á carecer de ella. Empezó á sentir las escaseces; vióse solo y perseguido en una pátria para él más extranjera que la que acababa de dejar. Un disgusto mortal se apoderó de su ánimo, penas internas de las que no habló, ni nadie supo, acrecentaban su melancolía. Todo le decía que habían sonado para él aquellas horas supremas en que el hombre se despoja voluntario de una vida insoportable.

El lo sintió así, y en una mañana de la temprana primavera andaluza, cuando todas las rosas se abren todos los perfumes se exhalan y todos los cielos se encienden, subió á la torre de la catedral de Córdoba, á cuya ciudad acababa de llegar, y cuando se hallaba cerca de las campanas, sacó su cuchillo y lo hundió tres veces en el pecho. Iba á arrojarse desde la altura, pero le detuvo una pobre mujer, á quien el cielo dió fuerzas suficientes para impedirlo (1). Recogido en el estado que puede figurarse y cuidado con el mayor cariño, se vió sano y salvo y en disposición de emprender su viaje á Galicia.

Y acá se dirigió: pero dentro de sí llevaba ya el mal que debía devorarle. Creció su tristeza, selláronse sus lábios, su rostro tomó desde entonces la severidad inalterable de la muerte.

Por uno de esos caprichos de la suerte, cuando llegó á Santiago, las campanas de la catedral volteaban alegremente, anunciando una de las

(1) La hija del campanero que le servía de cicerone pudo impedir que Deus se arrojara desde la altura Las causas que á tan desesperada acción le llevaron se ignoran, por más que no falta quien las apunte, á nuestro modo de ver con harta verosimilitud.

Biblioteca de Galicia

animadas fiestas de la antigua Compostela. Las calles se llenaban de campesinos que acudían á la féria de la Ascensión, y todo rebosaba en la pátria ciudad, en ruidos, luz y animaciones. El cielo claro y trasparente, las áuras tibias y perfumadas, las mismas vocingleras campanas le recordaban las fiestas y ciudades de Italia con la misma melancolía que allá había sentido, pensando en las de la tierra natal.

Todo era alegría, todo bullicio y movimiento alrededor suyo; sólo él estaba triste y abatido. Triste sobre todo por la inmensa aflicción de su madre, pobre y santa anciana, que tantos años llevaba rogando á Dios por la vida y la salvación del hijo extraviado. Porque la madre del garibaldino, ¡triste y doloroso contraste de la vida! era profundamente religiosa y clerical. Amaba al Cristo y se arrastraba al pié de los altares con aquella amarga desesperación de quien pide lo imposible. Creía que la asoladora pena que devoraba á su hijo, era ya visible castigo del cielo que le hería por adelantado. Para ella su Leonardo tenía en vida un pié en los infiernos. ¡Infeliz madre, tan duramente herida por aquél á quien más amaba!

Deus pasó los breves dias que permaneció en Santiago, en la casa materna y al lado de los suyos, á quienes afligía con el espectáculo de sus tristezas y la idea de una próxima y suprema separación. Todos allí sabían que no habían de volverse á ver en la tierra. Temían también no verse en el cielo, última esperanza de los que se aman, y se dan el adios postrero. Bajo aquel techo pasa-

Biblioteca de Galicia

ron entonces la horas enmedio de un profundo silencio que nada turbaba, ni las palabras ni los gemidos. Vagas preocupaciones llenaban las almas de los que apenas se atrevían á hablarse: tanto temían á lo que pudieran decirse, y á los pensamientos y pesares que pudieran levantarse en un momento en sus corazones doloridos.

Sentado al pié de una mesa permanecía el réprobo, inmóvil y taciturno: en torno de él, la madre vagaba silenciosa y como quien no quiere turbar la paz de un muerto, ni con rezos, ni con quejas. El ruido de la calle se apagaba en aquellas mudas paredes. Entraba por la ventana un rayo del sol, pero no disipaba los duelos supremos; llegaban los rumores de la fiesta y no alegraban ninguna alma.

Los amigos del garibaldino, no muchos en verdad, corrían á verle y á hablarle de cosas siempre gratas al hombre; de los dias de la niñez, de las esperanzas de otros tiempos, de los sueños que se habían realizado, en una palabra, de un pasado de dulce recordación y de un presente al cual no se quería tocar sinó de una manera discreta. A pesar de esto, Deus no daba señales de que semejantes recuerdos le fueran gratos. Quisieron hacer que á sus lábios asomase una sonrisa. ¡Inútil empeño! sus palabras eran contadas. Su silencio afligía; estaba como herido por los dioses irritados.

Una sola cosa le sacaba de su ensimismamiento, y parecía devolverle á la vida, y era hab'arle de sus campañas y en especial de Garibaldi. A este solo nombre, la estatua se animaba y cobra-

Biblioteca de Galicia

ba vida: el corazón latía y la emoción le ganaba dando color á su rostro de mármol. En este punto el sectario se revelaba bien pronto y tal cual era. No admitía una sola objeción, ni permitía atenuaciones; había, pues, que templarse en su mismo entusiasmo y amar al héroe como él lo amaba.

.*.

Viniendo á despedirse de los suyos y decir adios á todo un pasado, ¿cómo partir sin recorrer una vez para siempre las calles de aquella triste ciudad en que había conocido los dos más crueles enemigos del hombre, la miseria y el desprecio? ¿Cómo llegar á la fuente de agua viva y apartar de ella los lábios sedientos? Esto se decía á sí mismo, pero había obstáculos que no le permitían arriesgarse. ¿Cuáles?

Todo en Deus había envejecido, alma y cuerpo: todo en su corazón se había extinguido, las ilusiones de la juventud y los fuegos de la edad madura. No quedaba ya más en aquel vaso pronto á quebrarse, que la religión del deber militar y la fe viva del patriota: leve perfume que delataba la esencia en el vaso depositada. Amaba, pues, la milicia como un sacerdocio, y miraba el uniforme como la investidura material que consagraba su condición de soldado. No quería despojarse de él por nada de este mundo, sobre todo de su camiseta roja. No, no se la quitaría, ni aún para ahorrar á la madre querida el dolor de vérsela puesta. Era la misma que llevaba en la feliz conquista de Nápoles, la misma que habían ras-

Biblioteca de Galicia

gado las balas de Mentana; ¡bien podían verla sin rubor los compostelanos!

Pero de esto era de lo que él huía: á su seriedad repugnába darse en espectáculo y que pudiera creerse que le agradaba pasear por Santiago su uniforme de oficial piamontés. Era preciso por lo tanto partir, y partir para siempre, dando á los amados y aborrecidos lugares, el adios supremo, aquél que condensa en una sola palabra una vida entera. Los pocos íntimos que le rodeaban, cortaron el nudo y pusieron fin á sus escrúpulos.—Sal de noche, le dijeron. Y así lo hizo. Y cuando todo dormia, cuando los pasos del transeunte resonaban en el empedrado de la calle como si fuera en un sepulcro, dióse aquel muerto á la tristísima tarea de recorrer una ciudad sepultada en el más callado de los silencios.

Nada más fantástico ni más curioso, que semejante paseo á la luz incierta de los reverberos, cuando palidecen las estrellas y asoman en el horizonte los primeros fulgores. Todo duerme, los hombres y las piedras; las voces de los que pasan tienen resonancias extrañas. A esa hora misteriosa, Deus, acompañado de unos cuantos amigos, se arriesgó por las revueltas encrucijadas de la población. El marchaba delante y solo; iba taciturno y como presa de aquellas terribles tristezas tan cercanas de lo infinito y de lo desconocido. Nada interrumpía su largo y preocupado silencio. Avanzaba bajo las arcadas solitarias, atravesaba las plazas en cuyo embaldosado se destacaba poderosa la sombra de los altos edificios. Deteníase en este [sitio, pasaba á toda pri

Biblioteca de Galicia

sa por tal otro; tan vivos iban presentándose á su imaginación los muertos amores y los ódios adormecidos. Todo parecía levantarse á su paso y decirle ¿te acuerdas? Y cuando la gran campana de la catedral dió los treinta y tres golpes con que anuncia el dia, y las primeras claridades inundaron los cielos, y se abrieron las primeras ventanas, y salieron á la calle los que oyen la misa del alba, entonces fué cuando se retiró á su casa y se encontró en ella con las nuevas tristezas que se habían levantado en su alma á impulsos de los recuerdos evocados.

* * *

Antes de volver á Italia, quiso todavía ver á un amigo querido, y pasó á Orense: última etapa en el camino de la patria que no debía ver más. De allí marchó á Portugal, cuyas playas abandonó bien pronto, á bordo de la nave que le condujo á Génova. ¿Qué pasó después, en aquella alma sola y desamparada? ¿Qué nuevos dolores le afligieron? ¿Qué fué lo que al poco tiempo le llevó á una triste casa de locos y de allí á la desconocida sepultura en que al fin descansa? Nadie lo sabe.

Ilusiones desvanecidas, sueños de gloria que no se realizaron, penas que hieren sordamente, todo cuanto devora al hombre en esta época de insensatas aspiraciones y de esperanzs sin límites, que no parece sino que dicen á todas las almas y á todas las ambiciones, lo que Jesús al Judío Errante: – ¡Anda! – cayeron sobre él y le doblaron. Y allá sucumbió bajo el cielo de Génova, en aquella triste celda, en que más de una vez, oyendo el

Biblioteca de Galicia

murmullo de las olas y el bullicio de la población, pensó sin duda en la noche de esperanzas en que los *mil* abandonaban el puerto lleno de las brisas primaverales y de los rumores de la tierra que florecía, mientras en el cielo tachonado de estrellas lucía con mayor brillo que ninguna aquella otra clara é inmortal que auguraba los grandes triunfos.

¿Volvió Deus en sus momentos de lucidez la vista á la antigua ciudad y el corazón á los primeros amigos, y á las mudas piedras con las cuales se identifica uno ¡tanto se las ama! de un modo tal que parecen seres vivos que responden á nuestros afectos? ¿Creyó ver destacarse en el fonde de un cielo sereno las altas torres compostelanas y oir sus campanas armoniosas y percibir los ligeros airecillos que por las mañanas ruedan, cargados de perfume y de frescura, á través de las calles de la ciudad natal? Nadie puede decirlo. El se llevó consigo los secretos de su vida. Obrero silencioso y desconocido, cayó en su rincón solitario, á donde nadie fué á depositar su ofrenda de flores ó de lágrimas.

Duerme en la ignorada sepultura, al abrigo de las graves arcadas y de las montañas que ciñen el cementerio de Génova, mientras su alma vaga por las esferas desconocidas ó inmutables. Tal vez desde ellas se complace en recordar el viejo mesón en que arraigó el árbol sin brotes, y que recortando todavía sus negras paredes en el azul del horizonte, parece decir al que pasa, lo que Margarita á Fausto:

—¡Qué amarga es la muerte!

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

FÉLIX MORENO ASTRAY.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

FÉLIX MORENO ASTRAY

En otro país y en mejor ocasión, hubiera llegado á la mayor altura y reinado entre los suyos. Era un alma de poeta, á la cual no había negado el cielo una palabra fácil y armoniosa. Siempre hizo milagros la elocuencia; pero ¡cuán grandes en la edad actual, y qué gloriosos desde el púlpito! Corazón entusiasta, su palabra apasionada se encendía y brillaba, tenía las infinitas vibraciones del alma humana á la cual conmueven las cosas de su tiempo. A poco que la suerte le hubiese sido propicia, se realizarían en esta pátria, tan falta de oradores sagrados, las glorias de aquellos famosos domínicos, los Lacordaire y los Didon. ¡Ah! y murió sólo, olvidado, triste y pobre, cuando aun no habían empezado á blanquear sus cabellos y cuando en el abandono en

Biblioteca de Galicia

que vivía resignado, empezaba á sentir la nostalgia de las grandes reputaciones. ¿Por qué, Dios mio, por qué, si habeis condenado á la impotencia esta hermosísima Galicia, os complaceis en herir á los mejores de sus hijos? Por qué los diezmais, si son tan pocos? ¿Por qué les tocais con vuestro dedo y para tornarles estériles ó inútiles les herís en la hora propicia?

Bajo el cielo siempre triste de Compostela, nació el pobre niño á quien un padre infortunado puso el nombre de Félix. ¿Cómo le llamó así el que sabía que génio y desgracia son una misma cosa? ¿Quería acaso ponerle bajo el amparo de los dioses, dándole un nombre dulce al lábio y grato al corazón? ¿Esperaba acaso que su único varón no se le pareciese? ¡Quién sabe!.... pero es lo cierto que el hijo del sin ventura fué como él desventurado.

Era su padre un médico famoso, que cuando brillaban los Varela de Montes y los Delgado, ilustraba la cátedra con los acentos de una verdadera elocuencia y la profundidad de un saber no igualado. La maledicencia, que tan pronto anda en nuestra tierra para herir toda gloria, decía en voz baja que el *Ensayo de Antropología* de Varela era original de Moreno; con lo cual, si heria al uno, honraba mucho al padre de nuestro amigo. Pero ¡ay! esta especie no tenía otro orígen ni más razón, que la amistad que entre estos dos médicos insignes reinó durante su vida, castigando así la nobleza de un afecto, con las sombras que se arrojaban sobre el que sobrevivía.

* * *

Se dice que la fortuna es como las mujeres, no

Biblioteca de Galicia

ama los viejos. El padre de Félix Moreno lo conoció bien á su costa, puesto que cuanto había adquirido durante una larga y laboriosa existencia lo vió desaparcer en los últimos dias, sin saber cómo, ni por qué. Vinieron para él los dias de penuria, pero sobre todo, aquel amarguísimo en que el pobre viejo se vió desposeido de lo que más amaba, de la casa y jardines, situados en el valle, y desde cuyas ventanas podía ver la dilatada vega, el Sar fugitivo que marchaba hácia sus eternos destinos, la vieja colegiata, los álamos que marcaban el paso del rio á través de prados siempre verdes, y el solitario monasterio de Conjo recortando en el azul de un cielo, que el poniente llenaba con sus fuegos, su masa pesada y austera.

Con ella se le fué la vida. La tristeza se apoderó de su ánimo y no tardó mucho la muerte en poner fin á tanto infortunio. Una tarde fué á ver desde la altura, la casa querida y el valle en que se asentaba. Fué la última. Volvió á su soledad y á su completa noche. Cuando sus despojos cayeron en la tierra que les esperaba, lloraban en la casa desierta y desamparada sus pobres hijos.

Félix, que era el más jóven y apenas comprendía la soledad en que quedaba, fué recogido por su tia, que puso en él todo su amor. ¡Ah! y cuánto le amaba el pobre desterrado! De los grandes dolores que le afligieron, ninguno como el completo apartamiento que su conversión al protestantismo puso entre las dos almas. Hablaba de la que habia sido más que madre para él, y los ojos se le llenaban de lágrimas. El dia que fué á San-

XUNTA DE GALICIA · CONSELLERÍA DE CULTURA, COMUNICACIÓN SOCIAL · DIRECCIÓN XERAL DE PROMOCIÓN CULTURAL · C.S.B.G.

Biblioteca de Galicia

tiago y halló aquellas puertas y aquel corazón tan suyo cerrados para él, fué el día más amargo de su vida.

No hableis de penas, ¡oh! vosotros los que vivís bajo el cielo de la patria y al lado de los vuestros. Porque los que, sin ser desterrados, se hallan lejos del país y de la casa que no les es dado ver más, y de los corazones que les amaron y de los besos que cuando niños les cerraban los ojos y daban sueños de ángel, esos sí, esos sí que son los más infortunados, los más profundamente heridos, los que más sienten las desolaciones que les rodean y el dolor que les llena y les hiere!

* * *

¡Ah! la pobreza es una dura y áspera nodriza y decide bien pronto de los destinos de los que se crian á sus pechos estériles. No fué, no, la piedad y el sentimiento religioso que desbordaba en el corazon de su tia, lo que más la obligó á buscar en el seminario una beca y una celda para su Félix. Fué lo incierto y triste de su porvenir, lo que arrojó aquel niño sin padres y sin fortuna en los brazos de su madre la iglesia, que recibe y ama á los que van á ella, pero en la cual no todos viven contentos dentro de sus augustos saludables rigores. Hoy más que nunca corren vientos contrarios á la barca de Pedro, y no se cruzan los mares en que boga, sobre todo, si se lleva algo en el corazón y en la cabeza, sin peligro y sin vértigos. Cuando el que se arriesga es una alma débil ó impresionable, que busca en medio de sueños imposibles lo que no puede dar-

Biblioteca de Galicia

le la iglesia, austera de por sí, puede dársela por perdida: lleva consigo para siempre los amplios y profundos tedios de una vida á la cual nada basta, ni nada consuela.

Hay que confesar, sin embargo, que no fué uno de esos espíritus superiores, que encerrando en sí todo un mundo, se arrastran penosamente en la tierra y tienen la vista fija en lo insondable. No, no era un corazón dolorido ni una musa más allá triste de lo que permitian las vagas ansiedades de una juventud que se revela en la soledad, á la sombra de una celda, y entregada por completo á los sueños misteriosos ó indecisos como las brumas que coronan las ásperas cumbres del Pedroso. Ese estado psicológico, en que el descontento se apodera del hombre y nada basta á apagar la sed que siente de un algo más que le está vedado; ese estado, repetimos, no lo conoció, sino cuando ya habian pasado sus veinte años y ya no le eran posibles ciertos sueños.

Así y todo los conoció, pero á medias. La confianza que tenía en sus fuerzas y en un próximo éxito era casi infantil. Durante su peregrinación por la tierra no hizo más que entregarse á las voluptuosidades de pensar en lo que había de sucederle al otro dia, templando de este modo las amarguras de un presente angustioso. Esas fueron sus delicias de Çapua, esos sus amores. En él la esperanza era una planta inmortal que no cesaba de dar sus frutos de oro. Esperar y soñar! hé aquí toda su vida. Sobre todo, soñar con Galicia y esperar sus prosperidades. Dificilmente sabria decir cuáles, pero él se había des-

Biblioteca de Galicia

posado de tan buen corazón con esta triste madre *Gallœtia infelix*, que en realidad no sabía otra cosa, que hablar de ella en toda hora y ocasion.

Es este un rasgo más que especial de nuestra literatura provincial contemporánea, el amor desordenado y casi pudiera decirse sin objeto ya, á la patria gallega. No hay uno que no haya mojado sus labios en esta fuente de agua viva, que no le haya dedicado las primicias de su musa. Dios y mi dama, decian los antiguos caballeros; mi dama y Galicia parecen decir á una todos nuestros escritores; solo que en unos este grito es hijo de un vivo sentimiento y verdadero dolor por los males que afligen la tierra natal, mientras en otros es tan solo un motivo más entre los mil usados á diario por las musas estériles. Fria y necia repeticion en estos, de los graves y supremos acentos con que los verdaderos inspirados han hablado del incomparable suelo gallego y de sus inmutables desgracias!

Nuestro amigo no escapó por cierto á esa tendencia, en su tiempo no solo disculpable, sino natural. Le llevaba á tanto una fuerza instintiva, y la hacia posible la ausencia de toda pasion, ni sentida ni fácil de confesar en todo caso, por ninguno de cuantos vestian la beca parda y azúl. Sin embargo, ese otro amor exaltado, místico, pudiera decirse, que los hijos de Galicia la consagran, llenaba su corazon y el de algunos de sus amigos y colegas. A impulsos de este amor, un soplo de poesía, un aire de vida profana penetró en los cerrados claustros, llevando á aquellas algo como un eco de los tumultos del mundo y de

Biblioteca de Galicia

la vida de la inteligencia por la cual suspiraban. Vióse entonces bien claro que tambien ellos querían dejar oir su palabra, explicar su sentimiento, formular sus deseos, hablarnos de sus esperanzas, contar las angustias de sus corazones; en una palabra, hacer que vibrase en el mudo laud, aquella cuerda que mejor cuadraba al estado psicológico de los pobres entusiastas. Todos ellos se decían como Hégesippe Moreau, seminarista tambien y poeta, que oian aquella voz llena de promesas que les gritaba:

.....L'avenir est á toi
La poesie est reine; enfant, tu seras roi!

Y en efecto, todos ellos soñaban con esa realeza, todos esperaban un próximo triunfo. Y á medida de esos deseos, animados por las gratas esperanzas, unidos por un mismo pensamiento y una idéntica necesidad, por primera vez quizás, y quizás por la última tambien, dieron á luz el primer periódico literario que salió de nuestros seminarios, nacido y calentado al rayo dulce y cariñoso de las musas solitarias.

El *Album literario de Galicia* apareció entonces, y fué tanto de aquellas soledades, que redactores y lectores pertenecian exclusivamente á aquel centro de enseñanza. Los extraños no se apercibieron siquiera de que existia. Su revista era como ellos, que apenas ponían un pié en el mundo, se retiraban asustados y como si ya se hubiesen manchado en sus lodos.

Breve fué por lo mismo la vida del *Album literario*, aunque harto significativa. Por de pronto se dieron á conocer de los suyos, algunos jóvenes

Biblioteca de Galicia

ignorados de su país, y que tenian derecho á ser oidos. Almas blancas y generosas y de buena voluntad, animadas de un mismo pensamiento, persiguiendo idénticos ideales, pero en quienes el temor de traspasar los límites que su estado les imponía, ataba más de lo debido y de lo que ellos soportaban. Ay! musa que el temor retiene y acobarda, es musa estéril. Las dulces hijas de Apolo aman la libertad y sus tempestades.

Cuántas veces habrá echado de menos nuestro amigo, estas horas de esperanza y las aladas visiones de que poblaba entonces su celda!

Triste era en verdad aquella existencia aprisionada y sola, sobre todo para los que amaban los campos en flor, las rompientes del mar y los rumores y perfumes de la naturaleza. Sin embargo, aquella vida, monótona y uniforme, no estaba para los colegiales exenta de amables encantos. El silencio y la paz de aquellos lugares se reflejaba en sus corazones, apénas turbados por las pasiones mundanas. ¡Qué de tesoros de amor y poesía se habrán quemado allí á los piés del Cristo, y deshecho como el grano de incienso que estalla y se eleva en nube de aroma, llenando el altar y purificando la mano del levita, que le puso en el vaso en que arde y se evapora!

Fueron siempre los seminarios de Galicia, lugares en que se consumieron inútilmente muchas almas superiores. Nuestros Kloer, vienen como los bretones, vírgenes al latín y al mundo Los prelados ignoran las fuerzas de que disponen, no conocen su gente, y la pierden por todo, por la blandura, por la severidad, por la mala direc-

Biblioteca de Galicia

cion de los estudios, por un santo horror á las ocupaciones literarias, (1) por un rigor no saludable, pues solo se dirige á la exterioridad; en fin, por esas mil nonadas que esterilizan las mejores voluntades. A los que quedan no se les enseña otra cosa que el reposo. Se desconoce que la lucha es la vida, que el mundo es gran maestro del hombre, que los tiempos son de controversía y que las instituciones viven del brillo y de la gloria de los que las sirven...

Por las inteligencias que se pierden ó toman otro rumbo, hemos deseado siempre en nuestros seminarios una poca más de prevision y tacto en los que los dirigen. El interes de la iglesia mismo lo pide. ¿No os dice algo el ver que de todos los que redactan el *Album literario*, solo Moreno Astray, tomó, despues de grandes vacilaciones, las órdenes y se ofreció en los altares, que debia abandonar á la primera ocasion?

.*.

Como la mayor parte de los escritores gallegos, Moreno Astray fué desde que se dió á conocer, más afortunado en la prosa que en los versos. Aquel pequeño fragmento titulado *Luisa*, que tal vez buscando el perdon de haber seguido en él los pasos de *Desde el cielo*, nos dedicó en sus dias de esperanzas, era una cosa fresca, pura, llena de savia y que anunciaba un excelente prosista. Desgraciadamente aquella dulce flor de la

(1) No hace mucho que deseando los seminaristas de Mondoñedo publicar una revista literaria, se les hizo saber que el obispo vería con disgusto su aparición. La revista por le tanto no llegó á publicarse.

Biblioteca de Galicia

poesía juvenil, que aun cuando llena de promesas quedó sin terminar, no tuvo hermanas, olvidada como fué por esos otros trabajos efímeros é inútiles, nacidos antes de tiempo, y sin valor, que forman la impedimenta de la prensa periódica.

En cuanto á sus versos, dicho se está que permaneció fiel al espíritu de su raza. Queria decir lo indecible, y esta lengua castellana que usamos es rebelde á nuestra inspiracion. Hija del sol, no se aviene á decír las tristezas sin número que nacen con nosotros. Hay algo de duro en ella, incapaz de plegarse y servir á lo indeciso, á lo vago y ensoñador de la musa gallega: algo de áspero y tambien de sereno y claro como las amplitudes en donde nace y se habla, que no se plega á nuestras blanduras y suavidades. El geógrafo que se adelantó á decirnos que la vertiente cantábrica y septentrional es completamente europea, y que el hombre y las producciones de estos paises tienen gran semejanza con los de la Bretaña, país de Cornualles y de Galles, dijo una verdad fundamental.

No lo olvidemos.

* * *

Cuesta trabajo seguir á este fecundo fundador de periódicos, á través de sus empresas ó ilusiones. Mitad Emile Girardin y mitad Gerard Nerval, sin saber lo que queria, y sabiéndolo, sin acertar á realizarlo, vió llegar, ¡todo llega en el mundo! los dias quietos y apacibles, en que, terminada la carrera eclesiástica, y antes de recibir las últimas órdenes, parecia vacilar entre el sa-

Biblioteca de Galicia

cerdocio y la realización de sus sueños juveniles.

Cuando al fin se decidió, su actividad no tuvo límites. Dos veces tuvo imprenta y tuvo periódico, y dos veces se estrellaron sus esfuerzos ante la sombría fatalidad que presidía todas sus empresas. El fué quien, primero que nadie, trató de aclimatar el *Diario de Santiago*, publicación cotidiana, que vió la luz en su pueblo y que, á pesar de sus especiales condiciones, tuvo la vida efímera de todo lo que nace antes de tiempo. No fué más feliz con *El cura de aldea*, revista teológica que intentó con verdadero éxito, gracias á su fabulosa baratura, pero que murió tambien al nacer por faltas de su editor. A todo llevaba nuestro Moreno Astray su propia desgracia!

No se dió por vencido. La tenacidad, esa virtud de los débiles, era en él grandísima y le sostenía. Hizo un supremo esfuerzo, buscó y halló sócio para establecer una imprenta en regla y para las publicaciones con que soñaba. Llenáronse las cajas con la nueva fundición, y su corazón con las más risueñas esperanzas; pero apenas habian salido de la máquina los primeros pliegos, cuando ya todo habia fracasado.

Descorazonado y sin aliento ya para seguir intentando lo imposible, rindióse al fin á lo incontrastable del destino. Pasó el Rubicón, y tomando las últimas órdenes, se apartó de toda nueva empresa y publicación. Al pié del altar, del cual era ya servidor, depositó entonces, como pura y santa ofrenda, sus ánsias infinitas de gloria y su desprendimiento de las cosas mundanas.

Pero esto fué breve descanso en su vida de

Biblioteca de Galicia

combate. Estaban aquellos tiempos tan preñados de tempestades, que se respiraban en el aire, y era imposible huir de ellas. Estallaron, y aquella generosa sacudida de 1868 cogió al sacerdote y al publicista fuera de su centro y sin saber bajo qué frondas guarecerse.

Hasta entonces, todos sus amores se habian encerrado en esta sola palabra, Galicia; puede decirse por lo mismo que la crísis suprema le halló suspenso y sin haberse decidido de antemano ni por Dios ni por Belial. Cuando fué preciso, halló tal vez que era más conforme con su carácter, dejar que los sucesos lo hicieran. Una nueva imprenta y un sacerdote amigo fueron los que por el momento decidieron, y *El Sancho Panza Liberal* fué el periódico con que ambos eclesiásticos saludaron la revolución de Setiembre, en la cual pocos acertaron á ver por aquel entonces lo que entrañaba en sí de vital y poderosa. Por lo pronto, él la llenó de burlas y sarcasmos, persiguiendo con sus dardos á los patriotas compostelanos, no menos dignos del epigrama que los neo-absolutistas *en herbe* que aparecieron entonces buscando un sol á que calentarse, y tomando los legítimos triunfos de unos pocos, por éxito efímero y sin razón, que podía tener para ellos tambien sus pasajeras sonrisas.

Aquella campaña fué, sin embargo, muy breve, y dejó bien pobres huellas en su espíritu. No era cosa suya. Pocos meses después erraba por las calles de Madrid, presa de eternos sueños y de las vacilaciones de siempre. Un año más, y ya habia abandonado, como sacerdote, el catolicismo, afi-

Biblioteca de Galicia

liándose en la secta presbiteriana, y como ciudadano, salía del partido carlista, entrando resueltamente á formar en los rangos republicanos.

El cambio era profundo. ¿A qué obedecía? Tal vez pudiera decirse de él, lo que del P. Jacinto, á un *affaire de culotte* (1). Pero no es verdad. Moreno Astray era un hombre que, ni como sacerdote, ni como político, había pensado en otra cosa que en sus periódicos de Galicia, y en sus versos. El dia en que, entrando en sí mismo, tuvo que tomar un camino, siguió el que la suerte le puso delante, pero le siguió, no diré vencido, pero sí tranquilo, sereno, resuelto á todo.

* * *

En aquellos dias de esperanza y de sol, no parecía sino que todos sentían ansia de calentarse á su calor. Salieron, como en dia de tormenta, todos los reptiles á la superficie; y entre las que tenían derecho á vivir, brotaron las plantas más infectas. En vano preguntábais quiénes eran aquellos á quienes en once años de lucha jamás habíais encontrado en el camino, ni aún como enemigos. Nadie los conocía, pero eran los de

(1) Escribiendo acerca del P. Jacinto, decía un redactor de *El Figaro:*

«No he podido menos de pensar en lo que me dijo un dia el abate Senac —Antiguo galicano, filósofo, amigo de Bordas-Dumolins—tres años antes del matrimonio del P. Jacinto de la Inmaculada Concepción.

—Soy un viejo, y he visto sobrados sacerdotes abandonar la iglesia y negar la obediencia á sus superiores. Todos decían que era cuestión de doctrina y de disciplina. Creed en mi experiencia, es siempre por causa de mujeres, «c'est toujour, un affaire de culotte.»

Si esto fuera verdad, ¿no diría nada á los que por experiencia saben, que para semejantes negocios no es necesario abandonar la iglesia?»

Biblioteca de Galicia

siempre, ¡eran los del dia siguiente! Gritaban, gesticulaban, lo proclamaban todo; todo era para ellos poco, y en sus ansias de libertad, miraban la que tenían como cosa incompleta y perecedera, cuando ellos la deseaban inmensa y eterna. Se pasmaba uno de ver su desvergüenza y de presenciar su fortuna, y sólo era posible el consuelo de pensar que ni ello era nuevo, ni sería la última vez que hubiese uno de soportarlo.

Sin embargo, el vértigo era invasor. Todo solicitaba las almas deseosas de lo nuevo. Cada uno se movía en su esfera, y buscaba dentro de ella lo que no había hallado todavía. Todos anhelaban un triunfo y se adelantaban á buscarle, los protestantes ingleses con más ánimo que nadie. Provistos de sus biblias, apresuráronse á abrir templos disidentes que la curiosidad llenaba, dando principio á las *predicas*, como las llamaban con un término clásico los que de ellas se burlaban. Juraríamos que nuestro amigo acudió á la capilla evangélica de la calle de la Madera, con aquella burlona sonrisa, hija del buen sentido, pero tambien de la completa falta de ideales que parece ingénita en los que se crían bajo el cielo de la antigua Compostela. Entró allí, indiferente, tal vez agresivo, seguro, allá para sus adentros, de que el presbiteriano no valia mucho más que el católico que tan de cerca conocía.

Lo que entonces pasó dentro de su corazón no sabremos decirlo. Sucedió que Moreno tornó un dia y otro á la capilla evangélica, y que con la ligereza de carácter que le era propia, y lo poco arraigado de sus convicciones, hizo conocimiento

Biblioteca de Galicia

con otros clérigos, ni bien hallados con el dogma, ni á gusto con sus obispos, y que amaban á Dios un poco menos que á las libras esterlinas. Algunos de los que venian á convertir almas eran tambien españoles, eran tránsfugas y sabían á qué atenerse en este punto; abrían de par en par las puertas de la iglesia y enseñaban de lejos el *oro inglés*. Unos vacilaban y caian; otros, como Moreno, se entraban por el nuevo templo con la misma aparente tranquilidad ó indiferencia que en el antiguo; para él eran iguales. Debemos, sin embargo, hacerle esta justicia; cada dia que pasaba le afirmaba en su empeño de romper con el catolicismo, pues le hallaba contrario al verbo moderno, cuyas obsesiones empezó á conocer por aquel entonces.

Los que no estamos obligados á pronunciar la palabra, decimos bien pronto que hace mal quien rompe sus votos y dice adios á todo un pasado. Pero aquellos á quienes la iglesia marcó con su sello de fuego, aquellos á quien la tonsura acercó al tabernáculo, llevan en sí sublimes terrores y angustiosas vacilaciones que nosotros ignoramos por entero. Los unos rompen sus ligaduras, como nuestro amigo, despues de haber celebrado el incruento sacrificio; los otros, antes de ser, desaparecen tristemente por las puertas del suicidio, como Vesteiro. Unos y otros son víctimas de este estado indeciso de las conciencias y de este vago sentimiento religioso que las indiferencias de los unos y las intolerancias de los más han desterrado del mundo tal vez para siempre. Nadie pregunta al laico por quién se decide; pero el que

Biblioteca de Galicia

una vez echó á su cuello la blanca estola, tiene que decirlo claramente.

Y desgraciado de él si no cree y confiesa, y mucho más desgraciado si duda y lo dice. Más ¿con qué derecho se cierran las puertas á las almas sinceras que buscan el bien, solo porque vacilan ó porque no le conocen todavía?

Los que soñaron con una rápida propagación del protestantismo en España, habrán por fin despertado de su sueño. Los tiempos no son fáciles al proselitismo religioso: no se cambia de religión, se dejan todas. No diremos que esto sea un bien; al contrario, creemos que hay peligro cierto en hacer caso omiso de Dios y negarse la esperanza de una vida futura. No se prescinde fácilmente de este género de poesía, de este consuelo para el triste, nunca más necesitado que al presente de palabras que fortalezcan y conforten. Pero ello es así, y en vano es clamar. Lo sobrenatural ha sido arrojado del mundo del espíritu y del corazón; lo místico es ya patrimonio de algunos elegidos; la fé religiosa falta por completo. No se va á la duda desde la creencia, sino que, desesperados de una duda que nace con nosotros, no acertamos á pensar siquiera que en el seno de lo Inmortal, pueda uno hallar algun dia la paz eterna porque todos suspiramos.....

Seguros del triunfo, los pastores protestantes quisieron atacar al catolicismo español en sus mismas fortalezas. Pensaban que, despoblados los templos puestos al cuidado y vigilancia del primado, la España religiosa se les entregaba de suyo, levantando en las manos recien libres el

Biblioteca de Galicia

hosanna florido con que los creyentes saludaban á sus libertadores espirituales. Todos sus esfuerzos se dirigieron por lo tanto sobre la diócesis de Toledo. Querían vencer allí á todo precio. El suelo de la Mancha, abierto á todos los vientos, les parecía abierto tambien á sus doctrinas, fácil á su catequismo. Allá fueron por lo tanto los nuevos apóstoles, nuestro amigo entre ellos; todo inútil. Después de breves luchas, más ruidosas que fecundas, en que el primado, con un verdadero sentido práctico, no se dignó siquiera contestar á sus clérigos en rebelión, viéronse éstos reducidos al silencio y obligados á convertir unos cuantos campesinos que ni querían pagar al cura ni pasarse sin él. Bastante ignorantes para creer todavía, y lo suficiente tambien para no distinguir entre los que le hablaban del Cristo y cuál de ellos tenía razón y á cuál asistía el Espíritu Santo.

Por aquel tiempo, pasó Moreno Astray de pastor á San Juan de Alcázar. Nada sabemos de sus éxitos, ni importa; sólo sí que la libertad de que empezó á gozar por aquel entonces hizo que volviese los ojos á sus antíguos amores. Una nueva imprenta y un nuevo periódico fueron los resultados de la dirección que dió á su fecunda actividad. Pero la fatalidad le perseguía como siempre. Su publicación tuvo los dias contados, y eso que nuestro amigo, con la febril rapidez que ponía en todas sus cosas, había escrito y daba á luz en el folletín una *Historia de Alcázar de San Juan*, que cautivó desde luego la atención pública. La necesidad de dar vida á su publicación le arras-

Biblioteca de Galicia

tró de nuevo á los estudios históricos. De este tiempo datan las curiosas investigaciones que acerca de la verdadera pátria de Cervantes, que él aseguraba ser Alcázar, emprendió por aquel entonces, lo mismo que sus estudios acerca de los protestantes españoles, en cuyo glorioso número tenía gusto en contarse. Estaba lo que se dice enamorado de ambos asuntos, y á tener más vida, es posible que aquella fecunda imaginación, avivada al rayo del sol que abrasa las llanuras de la nueva Castilla, nos dejara en semejantes trabajos dos libros más, en los cuales, madura ya su inteligencia y un tanto castigado su estilo, se nos revelase aquella noble alma en toda su lozanía de expresión, y en toda la profundidad de su pensamiento.

¿Llegó á intentar otras empresas literarias? ¿Conservará su esposa los borradores de sus sermones? No lo creemos. La enfermedad le habia doblado lo bastante para que aquel cuerpo débil y aquel espíritu fatigado pudieran arriesgarse en los caminos de la producción intelectual. Hay más; Moreno Astray habia tomado gusto á la improvisación, y se mostraba sobrado orgulloso de sus facultades oratorias para que se allanase á fijar en el papel su pensamiento, y sobre todo las precisas palabras con que debia dirigirse á un auditorio, á quien trataba tan solo de conmover. Mas ¡cuán curioso no sería, si se conservasen, aunque no fuesen más que sus apuntes, ver hasta dónde aquella alma débil y voluntariosa, sin ideales fijos, ni otra finalidad de la que pudiese entrañar la inspiración del momento, habia per-

Biblioteca de Galicia

manecido fiel al instinto de su raza, en él más espontáneo cuanto era hijo de las propias reflexiones y sentimientos de donde sacaba el fondo de sus doctrinas! Algo daríamos por conocerlo y por saber cuáles fueron los puntos, que á sus pasageros relámpagos de ira y á sus convicciones de teólogo, se presentaron como más vulnerables, entre los que componen el credo católico. Porque así sería fácil saber, si en él renacian, sin sospecharlo siquiera y á pesar suyo, algunas de aquellas doctrinas, tan de nuestra carne y sangre, que se renuevan á través del tiempo y las profesan los Alvarez y los Roys, sosteniendo la pluralidad de los mundos, la transmigración de las almas, y otros principios más que forman la base del priscilianismo, ni muerto ni apagado entre la gente gallega.

* * *

La última vez que nos vimos fué bien lejos de la patria. Las aguas del Mediterráneo gemian á nuestros piés, las palmas tendían sus verdes ramas sobre nuestras cabezas, el cielo azul y el sol del mediodia alegraban una naturaleza espléndida y hermosa, pero menos, infinitamente menos hermosa que aquella por que suspirábamos. Entonces, lejos de Galicia, hablando de ella, temiendo las incertidumbres del porvenir, aquella alma tímida hizo algunas confidencias y exhaló breves y comprimidas quejas que nos decían cuánto habia sufrido.

En el seno de una iglesia, por la cual habia abandonado patria, familia, felicidad, todo un

Biblioteca de Galicia

mundo de afecciones, habia conocido tambien la contrariedad y tenido que soportar dolorosas tribulaciones. Conocimos entonces que el exceso mismo de sus temores le había llevado fácilmente á donde no llegan sin grandes vacilaciones las almas enérgicas y resueltas. Despues de haber abjurado de las pompas del catolicismo, mostrábase como aburrido de las estrecheces y frialdad presbiteriana. Despues de haber llegado al rio de los olvidos, parecía tener prisa por poner el pié en la orilla opuesta. Si así como habia constituido una familia,—único consuelo de su vida—hubiera sido libre como en el dia en que vistió el alba blanca del levita, es posible que friamente, tranquilamente, sereno y resuelto, como solo saben hacerlo los sacerdotes, se hubiera apartado de la nueva iglesia con más disgusto tal vez, que lo que había hecho de la primera.

Pero tal era aquella naturaleza impresionable y entusiasta, que aun así y todo, en los mismos momentos en que las quejas desbordaban y las desilusiones salian á la superficie, solo, apartado, enfermo, triste, sin esperanzas,—como en dias más felices las arcadas del seminario,—pensaba en su país y volvía hácia él los ojos y la mirada ya apagada. En sus ilusiones de fundador, pretendía establecer una capilla evangélica en el mismo Santiago, y desesperanzado del éxito, no quería morir sin intentar la lucha. Era este el ultímo destello de su amor á la tierra natíva que no quería ver más.

.·.

La realidad de su naufragio es una gran lec-

Biblioteca de Galicia

ción. Prueba que las mayores dotes intelectuales fracasan en la práctica de la vida, cuando no van unidas á un ánimo entero y resuelto, sobre todo en estos tiempos de lucha y renovación, en que las convicciones son las únicas que hacen milagros.

Es cierto que no todos llegan, que no todos los que merecen alcanzan; no todos los que pelean y sucumben como héroes ocupan un lugar en la historia, no todas las almas puras dan en la tierra sus perfumes, no todos los lábios hechos para la oración la murmuran, y que en fin, no todos son lo que son y para lo que fueron hechos; pero hay una ley fatal á la que nadíe escapa, y es que entre las vacilaciones y los arranques intempestivos nada sólido se edifica en el orden moral, si se va á lo estable y propicio dentro de lo positivo. Bien á su costa lo supo Moreno Astray, pues si mucho puso en las desgracias que le afligieron la fatalidad que gobernó su vida, mucho más puso su corazon impresionable y su alma de inspirado, más abierto á las emociones que á la reflexión, más fácil al entusiasmo que á la constancia.

Como si esto no bastara, la orfandad decidió bien pronto de sus destinos, ofreciéndole víctima propiciatoria en el altar de las vacilaciones y de la duda, sin darle de antemano tiempo ni posibilidad de decidirse. Así le vemos en lucha consigo mismo, como el prisionero que soñase eternamente en la libertad y á quien sus propios pensamientos hiciesen más pesadas y menos tolerables las cadenas. El era hombre débil y va-

Biblioteca de Galicia

cilante. Tal como en el vaso de alabastro se transparenta la llama que en él arde, así en todas las manifestaciones de su vida se advertia de golpe la falta de vigor en que habian sido engendradas. Esto no le estorbaba para ser arriesgado como los indecisos, y valeroso por temor á que se le tuviese por cobarde. En tiempos de más fé, hubiera sido una alma inspirada y una palabre elocuente al servicio de Dios y de los altares á los cuales se había acercado. En los actuales momentos, á seguir otros derroteros, tal vez hubiese hallado la paz necesaria para que aquella existencia fuese, cuando menos, fructífera; y célebre ó desconocido, hubiera gustado de la serenidad de los dias sin combate, únicos que le convenian.

* * *

En medio de las desoladas llanuras de la Mancha, pasó nuestro amigo, ya que no los dias más conformes de sus aspiraciones, al menos los más tranquílos de la vida. Al lado de su esposa, nueva Antigona que guiaba sus pasos vacilantes, presentes sus dos hijos, en cuyos ojos brillaba ya el vivo rayo de la inteligencia, vió llegar la muerte como una cosa apacible y que ponia fin á las penas y dolores que le afligían. Su cuerpo estenuado no pudo calentarse al rayo del sol de su país, ni su frente abrasada refrescarse en las ondas del pátrio océano.

Cerráronse sus ojos antes de tiempo, sin que él mismo sospechase que se hallaba tan cerca del término. Y allá descansa lejos de los que amaba y tenía como suyos. Duerme su sueño de paz, en

Biblioteca de Galicia

el mayor de los olvidos; él que dejó todo por la gloria y el renombre. Allá descansa, lejos de los frescos prados y de las floridas orillas del Sar, sin que lleguen hasta su tumba las alegres voces de las campanas santiaguesas, ni los rumores que llenan los campos paternos. Séale ligera la tierra extraña al que tanto amó la suya, y Dios, que vé lo interior de las almas y conoce sus más profundos secretos, le haya perdonado sus errores y desfallecimientos, pues por algo le dió aquel débil carácter que fué su perdición y su muerte.

Es posible que cuando estas líneas lean—si es que las léen—los que fueron sus amigos y hermanos en la ordenación, murmuren y digan que no abominamos su apostasia, ni ménos decimos que aquel hombre de poca fé mereció su castigo.

No nos hemos atrevido á tanto.

Cuando un alma ha dado ya su cuenta al Criador, á los que todavía erramos por los eriales del mundo no nos queda otra cosa que hacer sinó elevar por ella nuestras oraciones. Si esa alma es la de un amigo querido, que compartió con nosotros los peligros de la campaña hecha en honor de la pátria afligida, entonces los que le amaron pueden ¿qué decimos pueden? deben cubrir de flores su tumba. Será esto todo lo pagano que se quiera, pero es más conforme con el espíritu del evangelio, que no arrojar sobre la tierra que cubre sus restos, un puñado de injurias.

* * *

En el verano de 1874, visitó Moreno por última

Biblioteca de Galicia

vez la ciudad natal. No diremos cuántas y cuán grandes fueron las amarguras que experimentó y el supremo dolor de su alma, cuando se le cerraron las únicas puertas que él deseaba hallar abiertas; cuánto le dolieron ciertos desvíos y cómo le hicieron sonreir algunas intempestivas demostraciones.

Las esperaba.

En cambio tuvo el consuelo de asistir al banquete que sus hermanos en las letras celebraron entonces, en honor de Galicia. El dulce cariño con que fué recibido compensaba, hasta donde era esto posible, las asperezas con que había tropezado en otros lugares. Lo comprendió así, y por lo mismo al llegar el momento de los brindis, se levantó y dijo:

—Soy un extraño para vosotros. Es verdad que sentí por mi país un amor inmaculado, y que mis amores, como los del sacerdote católico, fueron estériles para él. Las obras de los hombres se conocen por sus frutos, y yo nada he producido. Servidor de los altares de Cristo, me arrodillé ante el ara, tomé en mis manos el cáliz y le supliqué por su divina sangre que no abandonase la cohorte sagrada que pelea por el buen nombre y la felicidad de Galicia. El tiempo dirá si fueron oídas mis súplicas. Bien pronto dejaré para siempre mi tierra, aquella en que descansan los míos y en donde florecieron mis esperanzas. Bien pronto os dejaré ¡oh! mis buenos hermanos: pero allá, acá, en la tierra, en el cielo en que espero que habremos de encontrarnos, yo brindaré por vosotros, por la divina poesía, por la elocuencia, su herma-

Biblioteca de Galicia

na mayor, por la libertad, por mi Galicia adorada, por su pasado, por su porvenir y hasta por su tristísimo presente!...

Y levantó la copa y bebió, y al dejarla sobre la mesa nos trajo á la memoria aquel Rey de Thulé, de la balada de Goethe; porque Moreno Astray, no volvió á beber más durante el banquete celebrado en honor de la patria gallega.

Algunas horas despues, un hombre de corta estatura, de aspecto enfermizo, de no muy limpio traje, y de dulce é inteligente fisonomía, atravesaba solitario las calles de Santiago, á la sazon inundadas de sol y de alegria. El que pasaba era uno que de niño había corrido y jugueteado por aquellas calles, ahora enemigas. Solo él sabia las tristezas sin número que llenaban su corazon. De repente un sacerdote, vestido de traje talar, con las lágrimas en los ojos, se acercó al solitario, hincó en tierra la rodilla, y le besó la mano. Era un santo hermano suyo, que sintiendo en lo profundo la falta del que habia amado, queria atraerle á sí por el amor, como otros por el desprecio:

Aquel que dijo que el óbolo de la viuda era más grato al Señor que los dones del fariseo, habrá puesto sin duda en la cuenta del sacerdote católico, como una de sus más santas acciones, el dulce amor y cariñosa compasion que sintió por el pastor protestante.

Pudo entonces nuestro amigo decir como el santo obispo.

J'ai vidé jusq'au fond,mon calice de fiél.

Mais la dernier goutte á l'avant-gout du ciel!

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

EDUARDO PONDAL.

Biblioteca de Galicia

EDUARDO PONDAL

Biblioteca de Galicia

EDUARDO PONDAL

Creyendo que era llegada su última hora, el hijo del Anllons hizo testamento, y en él nada de cuanto amaba quedó olvidado. En sus cláusulas, según supe después—porque tan noble corazón lo ha callado siempre—se leía mi nombre y consagraba un cariñoso recuerdo. Mi pobre amigo, que había leido en mi alma con la rectitud de la suya, me hacía en aquel momento supremo la más grande, la más santa,—y séame permitido el dulce orgullo de añadir—la más merecida de las confianzas. Me dejaba sus versos y el cuidado de su publicación. Ah! bien sabía que los dejaba á la lealtad misma!

Además, ¿quién conocía como yo el pensamiento que preside su obra poética? ¿quién que, no fuese dueño de su secreto, podría en todo caso, cuidar que las diversas composiciones tuviesen en su libro el natural enlace, y que las aladas hijas del poeta siguiesen el camino que él les

Biblioteca de Galicia

había trazado? Nadie en verdad, porque nuestro amigo, que tiene como pocas almas la pureza virginal de sus emociones, no había hecho más que á uno la confidencia de algunos de los sentimientos que llenaron su vida. Cubiertos enteramente por el velo con que los oculta, apenas si en sus versos se delatan á las miradas más escrutadoras, apenas si los acostumbrados á leer en una palabra todo un mundo habrían adivinado el misterio que á veces encierran, ni percibido su perfume y castidad.

UNE DOUCE AMITIÉ EN EST LA CAUSE

exclama Brizeux, explicando ciertas predilecciones. El autor de *La Campana de Anllons* podía decir más aún, porque no era tan sólo á la dulce amistad á quien encomendaba la sagrada tarea, sino á uno con quien de antiguo le ligaban especiales, pero no por eso ménos estrechos lazos.

Hay entre algunos hombres destinos bien singulares, y extrañas coincidencias entre ciertas vidas. En la vieja iglesia de Almerezo, bajo cuyas bóvedas penetré por primera vez al lado de mi amigo y en la misma pila bautismal sobre la cual se inclinaron tantos pobres hijos del trabajo, recibió Pondal el agua de salud, sesenta años después que mi abuelo, uno de los hombres de más claro entendimiento y mejor sentido que han cruzado por este mundo. Todo cuanto era querido para el poeta y estaba ligado á sus recuerdos y al de las gentes de quienes venía, lo estaba asímismo para mí y para los mios. A su lado recorrí por primera vez los lugares que me

Biblioteca de Galicia

eran sagrados, sentéme orillas del río, cuyas aguas mojaron los campos paternos, y con él visité Laje y sus arenales, que habían visto nacer aquella santa y hermosa criatura que fué mi abuela, de eterna memoria para mí. Todavía viven orillas de aquel mar tormentoso los bravos marinos que son de mi sangre, vástagos generosos de una rama destrozada. Ah! yo no sé como agradecer á la suerte que pusiese mi cuna tan cerca del solitario y agreste rincón en que, como el duro roble, arraigaron aquellos de quienes vengo. Ya no existen; el viento de las mudanzas les llevó á vivir y morir bajo otros cielos; pero yo pertenezco por la raza y el nacimiento y el amor, al noble país brigantino, á la tribu céltica por excelencia. Mis primeros vagidos se mezclaron al ruido de las olas irritadas rompiendo contra una costa desierta, imagen de mi vida atormentada, símbolo de la inutilidad de mis combates. A falta del pecho materno, crióme á los suyos la adusta campesina, que parece haberme dado el amor inmenso que profeso al trabajador de la tierra. Salud, pués, ¡oh pátria! y vosotros, pobres aldeanos y marineros de aquellos campos y de aquellas playas donde la serpiente de dobles anillos se ve hoy esculpida en la roca de Gondomil, lo mismo que en la hora de nuestro poderío ¡salud tambien! y que el cielo os proteja, valerosos hijos de Finian!....

***

Orillas de esos mismos mares, en la áspera y dura tierra de Bergantiños, cortada por las pe-

Biblioteca de Galicia

pueñas colinas y hermoseada por extensos horizontes, nació el ilustre poeta que debía cantarla con estro varonil, y como convenía para ser oido por las gentes de ánimo entero que pueblan tan solitarias comarcas. La casa en que nació está situada orillas del Anllons y al pié del viejo puente romano, bajo cuyos arcos y durante diez y ocho siglos se mezclaron y confundieron las aguas del rio y las del océano, que llegaba hasta allí en la hora de la marea, trayendo en sus olas amargas el perfume y los rumores del alterado mar, que la blanca colina que corta la corriente no permitía ver desde las ventanas de la casa del poeta.

Somos pues hermanos, por la raza, por el país, por la religión de los usos de la pátria!

El rumor del pinar de Tella llega hasta la desconocida vivienda, y en la vega, cruzada á cada momento por los patos silvestres, se desliza el rio, quieto, ancho y solo bordando con anchos juncales las desiertas ignoradas orillas y coloreando sus aguas con las tintas de un ocaso encendido y fuerte, que consonaba dulcemente con el silencio de la campiña y con los tonos calientes que inflamaban el paisaje. Al pié de la ventana y en el pequeño muelle atracan las lanchas que vienen en demanda del trigo moreno y sustancioso que produce la llanura solitaria. Las palomas bajan á picar sl grano que cae al tiempo del embarque y se lo disputan á los martin-pescadores, mientras el bullicioso estornino desflora las cerezas que en el pequeño jardin plantó una mano bien amada. Dormí bajo aquel techo,

Biblioteca de Galicia

conocí los vagos rumores que llenan aquellas campiñas, pobres y desoladas, y hasta vi aquella pequeña palma que plantó Pondal por su mano, como un recuerdo vivo de las recientes glorias de España en Africa, y quién sabe si tambien como un grato espectáculo que le recordase en tan agrestes é ignorados lugares aquella otra inmortal que debe un tiempo ceñir su frente. Púsola entre los pinos, recordando quizás los versos de Heine, y no queriendo que se «desolase taciturna sobre la vertiente de una roca calcinada.»

No direis que no conozco el águila y su nido!..

Una grata medianía, más cercana de la riqueza que de las estrecheces que ahogan y consumen la actual clase media, haciendo que nada le faltase, tornó más fácil una existencia que no debían turbar otros cuidados, ni mayores penas que los indecibles que consumen al genio. No tan solo quiso el cielo que fuese poeta, sino tambien que pudiese serlo. Doble fortuna, que tan pocos alcanzan!

El mismo ha ido arrojando aquí y allí, en las breves páginas de *Los rumores de los pinos*, algunos rayos de luz que iluminan su vida, y nos la dan á conocer en sus más íntimos secretos. Parece como que quiso reunir en ellas todo cuanto era caro á su corazón; los recuerdos de la infancia, las primeras impresiones de un amor contrariado, los sitios y las aficiones de su juventud, en una palabra su alma y la del país nativo. Apenas hay una línea en la cual los que le conocen de antiguo no puedan leer algo más que lo escrito, y yo sé bien que algunos hermosos ojos, si por azar se han fijado en ellas, se habrán llenado de

Biblioteca de Galicia

lágrimas recordando otras auroras y otras dulces esperanzas. Puede seguírsele á través de tan contadas páginas, y conocer del todo casi, la vida afectiva del poeta. Los corazones amados por él, así como los lugares que celebra, pertenecen por este doble motivo á la pátria gallega; los paisajes que describe entraron tambien en el número de aquellos que, gracias á los inspirados, toman nueva vida y vienen á ser nuestros conocidos.

Desde las agrestes soledades de Ponteceso venía todos los otoños á Santiago á sentarse en las aulas. Dejaba la casa paterna con los primeros cielos tristes, y volvía cuando los álamos del rio se habían cubierto de hojas. ¡Oh! solitario y agreste camino de la montaña, grato al recorrerle, porque siempre conducia á lugares amados ¡cómo has herido la imaginación del adolescente, cómo te siente y te recuerda el poeta!

Era en aquellos dias, para él doblemente felices, en que, delante de sus veinte años, un ejército de ilusiones desplegaba las alas de oro. El amor, la poesía, la libertad, la gloria, todos tenían para él su sonrisa. Virgilio y el Tasso eran sus dioses. ¡Cuántas veces, en la misma sala de disección, en tanto el escalpelo buscaba en las muertas carnes del cadáver el secreto de la vida, cuántas veces recordaba sus dulces versos, al lado de aquel que fué su amigo y mi hermano por el amor y por la sangre, muerto tan pronto y tan léjos de todos nosotros!.....

***

Era tambien la edad en que la musa se reve-

Biblioteca de Galicia

la á sus elegidos con todos los encantos y tambien con las obsesiones á que pocas almas escapan, si las conocen por entero. Era cuando, bajo el cielo sombrio de una ciudad mitad convento, mitad iglesia, conoció al amigo que debía compartir con él en los primeros momentos los triunfos que le esperaban. Aurelio Aguirre, que empezaba entonces á gozar de aquella popularidad que le acompañó hasta el sepulcro, y era en su país el que presidía el movimiento literario que se iniciaba á la sazon, se unió á Pondal con la leal llaneza que aquí solemos los que llevamos en nuestras venas sangre euskara, y tambien con el entusiasmo que presta la juventud y da el comun cultivo de las bellas letras. Tiempos fáciles para el poeta y su obra; fueron de los pocos que con sus primeros versos alcanzaron las primeras coronas.

El público, que pocas veces se engaña en estas cosas, saludó á ambos poetas como á dos esperanzas, más aún, como á dos glorias, que ya creía poseer en toda su plenitud. Los que recuerdan los entusiasmos que despertaron, confiesan que no se renovaron entre nosotros iguales dias, ni siquiera durante el agitado período de 1868.

Eran otros tiempos, otras gentes bien agenas por cierto á los frios egoismos de hoy, y á la estéril osadía que entorpece el actual movimiento literario de Galicia, llevando á él sus pretensiones y su impotencia. No era entonces nuestra Universidad lo que es hoy, una estéril y muda institución: *cierto viento de fronda* animaba la juventud, que confundiendo en un mismo amor la

Biblioteca de Galicia

libertad y la poesía, miraban á Pondal y Aurelio Aguirre como hermanos y camaradas. Les buscaban y seguían, les tenían por amigos y por jefes, les formaban su leyenda, y cuanto á ellos tocaba tornábase doblemente sagrado. Muchos de aquellos son hoy gloria de su patria, muchos tambien bajaron al sepulcro antes de su hora, y yo creo no equivocarme al decir que nuestra Universidad tuvo entonces su fuerza, dejó de ser puramente docente y buscó algo en los horizontes del porvenir.

Semejante renovación no alcanzó tan solo al breve período revolucionario; fué más allá, y alimentó las esperanzas de los que habian venido al mundo de la inteligencia durante las nuevas auroras. La savia infiltrada en aquellas inteligencias y en aquellos corazones era demasiado vigorosa para que perdiese tan pronto de sus virtudes naturales.

* * *

Aguirre y Pondal no fueron tan solo los jefes del movimiento literario de su tiempo, sino tambien los partidarios de una idea política y sus entusiastas propagadores. La cosa no era nueva ni dejaba de estar en la tradición de una juventud, que en los momentos de peligro se agrupa alrededor de la bandera acribillada á balazos y guardada bajo el techo de la Universidad, cuyas glorias simboliza. En todo tiempo el claustro compostelano fué por entero político, siquiera predominen en su seno los viejos sentimientos y las antiguas tradiciones. Apesar de eso, el movi-

Biblioteca de Galicia

miento democrático que se iniciaba en sus rangos no alcanzaba en prestigio ni importancia al que habia logrado por primera y única vez el renacimiento poético. Todo el talento de sus promovedores, todo el entusiasmo de los nuevos tribunos se perdía ante la frialdad burguesa de los santiagueses. Sus predicaciones fueron ineficaces. Los hechos enseñaron bien pronto á los que creian otra cosa, que la provincia habia perdido por completo su importancia política: que habían pasado los tiempos en que, para arriesgarse, Madrid esperaba con impaciencia los correos de Cataluña y Galicia, de Andalucía y Aragon.

Eran ya otros tiempos; la centralización habia dado sus frutos: la corte recibia los hombres de provincia, pero no los devolvía; la supremacía política de las Cámaras era un hecho tristísimo. Bastaba, pues, bombardearlas y rendirlas, para que la nación se diese por vencida.

Qué importaban por lo tanto, discursos y banquetes? qué los versos revolucionarios recitados bajo las frondas de robles seculares á cien leguas de la capital? qué plantar el árbol de la libertad y cubrirlo de guirnaldas que duran un dia? qué conquistar las voluntades de hombres sin fusil y sin voto? qué, en fin, la estéril agitación provocada en el recinto de una ciudad hostil? Podian en verdad los demagogos de entonces anunciar la nueva era en la ágape patriótica, que presidian los poetas,—á quienes por esta vez los Platón del momento, dejaban el puesto de honor y la gloria infructífera—sin que cielo ni tierra se conmoviesen por ello, ni los hábiles y poderosos

Biblioteca de Galicia

dejasen de hacer su digestión. Harto se sabia que aquellas flechas no tenian punta!

Sin embargo—tan recelosos son los intereses amenazados—que hubo hombres que se ausentaron de las fugaces llamaradas y les dieron una importancia que no tenian ni para los adeptos, por más que unos y otros comprendiesen al fin que asistian al advenimiento de la democracia á la vida política del país gallego.

Fué en una hermosa mañana y bajo los árboles que brotaban, cuando se reunieron y sentaron á la mesa los jóvenes á quienes animaba la nueva idea y que creian en sus milagros. Todo era allí, como si dijéramos, primaveral, y venia á la vida. La misma musa que debia hacer sagrado aquel dia y aquel acto, era nueva y se dejaba oir por primera vez. A su alredor no habia viejo más que el monasterio que tenian á su espalda, como un testigo del pasado que se hundía y dejaban detrás los alegres convivas. Realizóse entonces el milagro de que en aquella ciudad muerta, y á la voz de dos niños, se levantase el proletariado, eterno Lázaro, que rompiendo las losas del sepulcro y despojándose de su blanca mortaja, respiraba al fin con todos sus pulmones el aire de libertad que pasaba lleno de perfumes, bajo las ramas que les cubrian y sobre las corrientes del rio que les enviaban sus frescas emanaciones.

Fiesta inolvidable que recuerdan como un dulce sueño, cuantos asistieron á ella!

Y sin embargo, suprimid en aquel banquete los versos de Pondal y de Aguirre, olvidad que allí se manifestaron dos poetas, y nadie los recordaría,

Biblioteca de Galicia

á pesar de sus abrazos, de las canciones y de las esperanzas que á todos animaban. Estarían en aquellas sombras en que se sepultaron otros de mayor alcance y trascendencia. ¡Oh posteridad! Vengadora Némesis, cuán bien hacen los que á tí apelan de la ingratitud y desvíos de su tiempo! Qué poco tarda tu justicia! En dónde están los notables de aquel dia? Cuánto duró su obra? Nada! fué efímera y estéril como ellos lo fueron.

* * *

YA ROMPE NUESTRA AURORA Y CENTELLEA,

dijo Pondal en tan solemne ocasión, con profético acento, aunque ignorando que no era aquella la aurora de la democracia, sinó la de un nuevo dia: el del poeta por completo al servicio de la pátria gallega. Bajo aquellas frondosas alamedas, más verdes y más risueñas que las del viejo Parnaso, la nueva musa se desposó con su pueblo, ciñéndose su primera corona. Porque pasaron los años y los sucesos y hasta los hombres, y empezó á comprenderse que habia que intentar en Galicia algo más noble y trascendental que proclamar una idea y levantar una clase, que habia que formar una pátria.

Tal era al menos lo que proclamaban unos cuantos ausentes que, repitiendo los enérgicos apóstrofes del poeta húngaro; *por nonadas nos desgarramos como perros por los desperdicios, sin apercibirnos que los leones están sobre nosotros*, levantaban una nueva bandera y se disponian á defenderla en todos los combates. Este país que duerme in-

Biblioteca de Galicia

móvil en un rincón de la tierra, ageno á cuanto conmueve á los demás pueblos, merecia por cierto que otros rumores más que los del Océano que le ciñe y limita, turbasen su paz eterna. Habia tenido un pasado y lo ignoraba, una lengua y empezaba á olvidarla, un gran instinto político y faltaba á él, un valor y lo desperdiciaba en pequeñas luchas. Si es necesario, se dijeron, abrir ante sus ojos otros horizontes, hablarle de otros ideales, prometerle nuevos destinos, eso haremos. Si es necesario más, tambien. Dado el impulso, plantados los primeros jalones, formulado el programa, dicha la primera palabra, todo se reducia para los nuevos á marchar y llegar á donde los muy pocos esperaban á los animosos. Por cierto que Pondal fué de los primeros á acudir á la cita que se habian dado los entusiastas y previdentes, que se ofrecieron á sí mismos conducir su pueblo á la tierra de promisión. Muchos despreciaron entonces la obra de los poetas—tal vez la desprecian todavía!—pero es sin duda porque ignoran que Apolo levantó los muros de Thebas al son de las flautas.

Cuando recuerdo aquellos dias, cuando aquellas esperanzas vuelven á desplegar ante mi vista sus alas de oro, cuando pienso en los que el tiempo separó y están ahora sin remedio separados por la muerte, un velo de tristeza me cubre, y siento que algo revive en mí y me trae el perfume de la juventud y el de los lugares y árboles amados, á cuya sombra, lejos de Galicia, se soñaron tantas cosas imposibles que al fin se realizaron. Entre ellas, la que creiamos más dificil y más necesa-

Biblioteca de Galicia

ria, la del empleo sério, noble, apropiado de nuestro idioma en la obra literaria, para que así la voz tuviese eco, acento la cancion, color el paisaje, alma la patria. Oh! y qué dulces sueños aquellos! y cuán nobles y fecundos los pensamientos que se abrigaban en nuestros corazones de veinte años! Qué bien consonaban con la hermosura de la vieja y misteriosa alameda bajo la cual los desconocidos y los solos erraban al azar, viendo levantar á su paso y flotar en el fondo del paisaje que recortaba el azul Guadarrama, la blanca legión de sus proféticas visiones! Qué aire de alegria y juventud en el rio, en el bosque, en el cielo, en el alma, en todo lo que nos rodeaba, en lo que estaba más allá, despues de la cumbre, despues de la llanura, en la encantada region que baña el océano, en los floridos campos en que reposaban nuestras miradas y tomaban eterna raíz nuestras más dulces esperanzas!.....

Podrán, podrán mañana contarse entre nosotros más grandes filósofos, más benignos poetas, más profundos conocedores del pasado de este pueblo sin ventura; pero no igualarán nunca, ni por el desinterés ni por la importancia de su obra, á la de la de los incansables que promovieron este renacimiento, le dieron vida y le hicieron posible. Menos todavía á los que le imprimieron su verdadera y única direccion, haciendo de lo que era obra política sin otros partidarios que los que seguían la secta, un movimiento provincial y literario que agrupó bajo la bandera blanca y azul de la nueva patria á los mejores de sus hijos. Los que despues se cobijaron bajo ella

Biblioteca de Galicia

y á su sombra recibieron el bautismo de sangre, podrán haberlo olvidado; la posteridad recordará siempre—¿será mucho orgullo esperarlo?—los nombres de los que componian el pequeño cenáculo.....

.....

A contar de estos dias, la lira de nuestros poetas tuvo una cuerda más, la de Galicia; nuestro país, una literatura; nuestra literatura, una lengua; y empezando á realizarse en el tiempo las esperanzas nacidas bajo otros cielos, renacen en los aires los primeros acentos de la nube gallega. Aun ahora apareció—por qué no decirlo?—un libro escrito en el idioma materno, el cual contenía y reflejaba á un tiempo todos los elementos populares, y por lo tanto el alma entera del país. No lo citosiquiera, pues todos aquí lo conocen; solo haré constar que con él volvió á entrar el gallego en los dominios del arte. Era este el mayor ideal de los que se perseguian, pues hallada la nota, conquistado el amor, fácil era seguir. Todo animaba á arriesgarse en los apenas explorados senderos. Eran estos floridos y frescos como los que cortan en todas direcciones el suelo natal; no se necesitaba más que arriesgarse y escribir la poesía provincial en la lengua de la provincia.

Y así se hizo entre el aplauso de los más y la suma indiferencia de los que ni amaban la idea, ni tampoco á los que la llevaban á cabo: porque, ¿qué tendencia verdaderamente vital, sin contradictores? Ignoraban que así como es cierto que lengua distinta acusa diversa nacionalidad, así es necesita conservar su lengua para que la na-

Biblioteca de Galicia

cionalidad persevere. Puede decirse de ella lo que Mickiewitz de la poesía popular: «Arca santa, nadie te toca ni te rompe, mientras tu propio pueblo no te ha ultrajado.»

* * *

Y no solo hubo quienes rechazaron el empleo de nuestro idioma en la obra poética, sino que maltrataron de obra y de palabra la tendencia á crear y mantener una literatura puramente gallega, la cual, reflejando la vida, los sentimientos, las aspiraciones y desencantos de nuestro pueblo, nos llevase fatalmente á penetrar en su pasado, pensar en su porvenir, conocer, amar sus glorias y predisponerle para alcanzar otras nuevas. No les haremos el agravio de creer que los que así desertan de los altares de nuevo levantados, desconocen los deberes que como hijos de Galicia tienen para con ella; diremos, sí, que su error viene de no haberse fijado bien en el carácter, tendencia y valor real de estos renacimientos literarios, tan propios del presente siglo y de los pueblos europeos. Tal vez sea esta la obra para la cual necesiten tener un más perfecto conocimiento de sí mismos y de sus especiales destinos.

Las literaturas provinciales, solo posibles allí donde la genialidad de una raza distinta las hace necesarias, son fruto de una corriente puramente moderna. No nacieron cuándo y en dónde el capricho de unos pocos lo quiso, así. Vienen y toman fuerza en las aspiraciones y necesidades de ciertas comarcas, más ó ménos dilatadas, con vida propia y pasado autonómico, por rudimen-

Biblioteca de Galicia

tario que sea: llámeseles fatalidad geográfica ó producto de causas accidentales. En unos sitios, como sucede en Galicia, el hecho es espontáneo, hijo involuntario de unas gentes que se ignoran, mientras en Cataluña, producto de un pueblo que se regenera y completa.

Pero allá como acá, tuvo un mismo orígen y siguió igual camino. El movimiento fué á la vez literario y político. Aunque distintas ambas tendencias, se completan. Puestas así, como si dijéramos al abrigo de ambas potestades, la rehabilitación de lo que se llamó con suma propiedad individualidades nacionales, fué fácil. Vencieron por completo hasta de los espíritus más apegados á los principios de la centralización y el cosmopolitismo, pues se vió bien pronto que estas pequeñas, pero antiguas organizaciones políticas, tenian su historia, en arte y hasta en religion, del mismo modo que su fauna y su flora. En una palabra, que estas sólidas y durables agrupaciones tenian una fisonomía acusada y eran una fuerza con que debia contarse á lo adelante.

Siendo así, se comprende que la mayor parte de los escritores provinciales, ateniéndose para la realización de una obra á los elementos peculiares al país para el cual escriben, entendiesen que debian hablar á los suyos en la lengua que estos hablan: que los unos redujeron sus esfuerzos al estudio y conocimiento de cuanto tiene de vivaz y original la raza á que pertenecen, empleando en sus trabajos la lengua nacional, y que los demás, semejantes á las piedras limitáneas que miran á las dos tierras que separan, usasen á su

Biblioteca de Galicia

vez ambas lenguas, la de la nacion y la de la provincia. Hay veces que conviene que nos oigan y entiendan fuera del país. *Les Bretons* son un poema tan provincial, á pesar de estar escrito en francés, como *Mireya*, que lo está en lengua de *oc*.

Las provincias todas debieron á sus poetas esta renovacion y vuelta á lo suyo. Siempre fueron ellos los que levantaron de su postracion á los tristes y á los desterrados: ¿cómo olvidarse del pedazo de tierra que les vió nacer, sobre todo, si padece hambre y sed de justicia? Precedidos ó seguidos de los hombres políticos, pueden decir bien claro que ellos dieron la única vida posible á la obra inmortal de los hombres que anteponen á todo su país. Como el botánico que estudia una region y para el cual las plantas que crecen más allá de sus límites nada importan ni significan, así el poeta provincial. Para él no existen más flores que las que alimenta la tierra natal, ni más horizontes que los que limitan el país en que ha nacido, ni más astros en la inmensidad que los que tiemblan y centellean en el cielo que les cubre. El les dá todo su valor, él los relaciona con su alma y con la de su pueblo, con el pasado, con el presente, con el mismo porvenir. Todo toma á sus ojos un tinte tan local y exclusivo, que cualquiera diría que la humanidad entera se halla encerrada dentro de los límites de la provincia que ama. Hechos ó sentimientos, aspiraciones ó recuerdos, sombra ó transparencia, tienen para él igual origen é idéntico fin. En el hogar del país, parece como que no se calientan otras manos que las de sus hijos.

Biblioteca de Galicia

* * *

Alguien habló de la disminucion del alma de la juventud contemporánea, y en verdad que cuando se comparan los entusiasmos de otros tiempos con la frialdad y el mercantilismo que han invadido el corazon de los jóvenes, el desaliento se apodera de nosotros, y tanto que algunos se preguntan aterrados—Qué hombres hemos hecho?

No, ellos no son como los que hace treinta años daban el ejemplo de todos los sacrificios, y tenian las sencillas candideces de la buena voluntad. Y tanto, que todavia queda algo de ella en sus viejos corazones, sobre los cuales no parece sino que pasan los años sin tocarla; todavia rinden culto á los mismos ideales y se estremecen con las emociones de otros tiempos. Ni la desgracia los doma, ni los vence el tiempo. Firmes en su puesto, mueren, pero no se rinden.

Para qué? No han visto realizados sus sueños? No dan en la edad madura los frutos prometidos en otros tiempos? No están seguros de la vitalidad de su obra?

Cuando nuestro Pondal vuelva los ojos á los años de su juventud; cuando recuerde las horas trascurridas al lado del que compartió con él los primeros laureles; cuando piense que de aquellos triunfos populares no queda sinó un eco lejano, estad seguros que así y todo su corazón sentirá la nostalgia del pasado. ¡Qué esperanzas las de entonces! qué fe en el triunfo! qué amores y qué inmortales angustias!.... Reflejábanse en sus

Biblioteca de Galicia

versos y les daban la ondulación, el color y el acento de las pasiones juveniles.

Por eso se les amaba.

Aquellas breves y fugitivas composiciones, llenas de calor y semejantes á sacudidas nerviosas, revelaban su amor hondamente sentido; penas soportadas con entereza; esperanzas que florecían en su alma y tenían las blancuras de la nieve; realidades que una media confidencia hacía más hermosas. Allí estaban encerradas en el severo bloque de la estrofa, siempre armoniosa. Los versos eran repetidos por todos los labios jóvenes de su tiempo, tenían un eco natural en los corazones que sufrían y amaban. Después de la muerte de Aguirre era la única musa que hablaba en Galicia. Cantando la mujer amada, exhalando sus quejas, diciendo las tristezas que le devoraban, era el poeta de todos aquellos que sentían iguales dolores, ó alimentaban un amor contrariado.

Desgraciadamente aquellas estrofas no eran tan sólo hijas de la imaginación: el poeta había puesto en ellas su sangre y su carne. Así fué posible que llegase aquel día en que, rendido al sufrimiento, enmudeció, buscando en la soledad de las campos paternos la quietud que no tenía, la salud que le faltaba, la vida, en fin, que parecía pronta á abandonarle.

Aquel reposo fué fructífero. Erró por las riberas del Anllons, sentóse orillas del Atlántico, oyó el rumor de los pinares de Tella, y el arrullo de las palomas que se criaban á su lado; y todo se renovó en él. Cuando salió de su desierto fué

Biblioteca de Galicia

para predicar, como San Juan, la buena nueva.

La canción amorosa había espirado en sus lábios. Otros eran los ideales que le animaban, otros los cielos que se abrían ante sus ojos, otra la obra que procuraba realizar, hija inmortal de séres perecederos.

La Campana de Anllons, en que bajo una forma semi-clásica, se desenvolvía un asunto, cuyo fondo y colorido estaba tomado de los lugares amados, fué escrita entonces y en gallego y obtuvo su éxito. La estrofa final, profunda, sentida, humana, ganó los ánimos apénas conmovidos con la lectura de las anteriores. El adios del *bergantiñán*, que se dirige á séres inanimados, tiene una fuerza y melancolía tal, que fácilmente gustaron de ella todos cuantos aman la poesía y lo que de ella proviene.

Aquellos versos los escribió Pondal en gallego, siguiendo un venturoso ejemplo: con ellos dijo á todos que acababa de jurar las banderas de la pátria, y con ellos tambien se colocó á la cabeza de los combatientes.

∴

En una vida de soledad, propicia á las grandes obras literarias, sin mezclarse en las contiendas que á cada paso se levantan entre nosotros y sólo sirven para echar piedra y lodo al rostro de los que más valen; fiel á las antíguas amistades, sin ambición ni otras ánsias que la de llevar á cumplido término la tarea que se había impuesto, ve pasar nuestro amigo las horas de su vida en aquella laboriosa actividad que ni se apresura, ni descansa.

Biblioteca de Galicia

De cuando en cuando los periódicos gallegos —cada dia más alejados del país—publican algunos de aquellos versos, que no necesitan la firma de su autor para ser conocidos: tan marcados vienen por la ruda severidad de una musa que se contiene. Otras veces da á luz pequeños folletos, que tienen el don de despertar las antíguas simpatías, y en los cuales las composiciones aparecen unidas entre sí por lazos invisibles que sólo conoce el poeta, pero que revelan su alma y nos dicen, aunque confusamente, algo de lo que guarda su corazón, al cual turban más de una vez los inquietos fantasmas de los antíguos cuidados.

Entre todas estas publicaciones, sobresalen *Rumores de los pinos*, por la cantidad y la calidad de las composiciones que contiene. Entre ellas las hay que delatan un poeta digno de que sus versos traspasasen las alturas de Piedrafita. La anacreóntica, *El sueño de primavera*, quedará como una de las más felices producciones de nuestro Parnaso. Desde que Goëth reflejó en sus poemas la serenidad de los cielos del Atica, y su amplitud, unido á los severos y artísticos lineamientos de los antíguos, ningun otro que yo conozca, supo hallar, como en esta ocasión nuestro Pondal, la claridad, la luz, el rápido movimiento, la sobriedad y la gracia del poeta griego.

* * *

Y—se me dirá—es esta la obra toda de vuestro inspirado? Acaso bastan unos cuantos versos afortunados, para ocupar uno de los primeros

Biblioteca de Galicia

puestos en la literatura de su país? Por qué ha de contarse á su autor entre los precursores?

La respuesta es fácil. Prodigarse no es ser fecundo, ni contenerse esterilidad. Pondal lo sabe muy bien, y para eso y porque no se duerme sobre sus laureles, busca la perfección, quiere que sus libros sean siempre mejores, los cuida, los atiende, y retarda la hora de su aparición para que esta les sea más propicia. Entiende que los trabajos de la inteligencia deben tomarse en sério y como obra religiosa. Por el tiempo en que se dio á conocer, por lo que ha intentado y conseguido, nadie entre los nuevos puede negarle la gloria de los primeros y de los iniciadores. No importa que todavía se espere de él, lo que sólo él es capaz de darnos: como planta tardía, pero de fruto seguro, no faltará á lo que hay derecho á exigirle. Ya sabe que no se llega como vencedor á las cumbres, por senderos fáciles á la subida.

Cuando ménos lo esperemos, saldrán á luz sus *Eoas*, poema español, escrito en gallego, destinado á cantar los héroes y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Cuando se le crea dormido, su libro *Os ilotas* os hará saborear aquella enérgica y austera poesía, que inspiró ya á Ag. Barlier la *Lyre d'airain*.

Convencidos de que el poeta, si ha de vivir en la memoria de su pueblo, tiene que reflejar en sus cantos los sentimientos, las aspiraciones, y hasta los sueños de su raza, se ha sumergido, como quien dice, en los inexplorados abismos del pasado de Galicia. Como hijo de un país céltico, la poesía bárdica y sus fórmulas y procedimien-

Biblioteca de Galicia

tos le son aceptas, usándolas con una noble predileccion y tambien con laudable parsimonia. Los nombres de los lugares se tornan para él en nombres de héroes: la naturaleza que le rodeä se anima bajo su inspiracion, la tradicion del país se encarna en sus versos y en ellos se reflejan con toda fidelidad los sentimientos de su pueblo. En una palabra: ya que el pasado es crudo y las leyendas ocultan el sentido misterioso que en ellas se encierra, el poeta suple todo y con una verdadera intencion hace revivir los tiempos y los héroes. En aquella tierra en que el dolman levantó á cada paso su mole pesadísima, y *Castro Nemenso* recuerda á un tiempo la fortaleza y el santuario; y las olas del viejo atlántico azotan las playas desiertas, en las cuales gimen los vientos como en las vastas salas de Fingal, no es por cierto difícil que el poeta halle el color y la nota que conviene á esa grata reaparicion de otros tiempos y de otros hombres. No lo es tampoco, que viviendo entre unas gentes en quienes el valor es tan tradicional como su infortunio, y viéndolas encorvadas sobre la eterna gleba sienta en su corazon todos sus dolores y refleje sus iras.

Los pueblos tienen los destinos que merecen, les dice, no os quejeis de vuestras desgracias: no pidais; exigid: *ou houra, ou ferro*. Y bajo este título, harto significativo, escribe aquel libro que es á un tiempod compendio de las aspiraciones del pueblo gallego y su grito de guerra. ¡Tanto se necesita para que despierten de su sueño estos hombres agobiados bajo el peso de veinte siglos de

Biblioteca de Galicia

indecibles tiranías! Sin embargo, la obra intentada quedaría incompleta, si en *os ilotas* no flagelara la antigua y moderna servidumbre de Galicia, y en *os idiotas* dejase de protestar contra el dominio y glorificación de los llamados intereses materiales, que amenazan al presente absorber la atención de nuestro pueblo y apartarle de sus más nobles aspiraciones. En este punto se muestra en extremo severo nuestro poeta. Hace falta. Hay algo más en el mundo que esas cosas en que se gana el dinero y sobre las cuales una clase media hambrienta se arroja sin piedad para formar su peculio ó aumentar el ya formado. Nuestros padres no vivían menos felices que nosotros, porque desconociesen las maravillas de la industria moderna, y nuestras madres no estaban menos hermosas vistiendo la cofia hilada por sus manos. Lo que importaba entonces y hoy, y gracias al cielo importará siempre, es que las almas perseveren puras, que no se cierren al entusiasmo y á la piedad, que las lágrimas de los que sufren los conmuevan, y que los felices no vivan ni lejos, ni agenos de los pobres y de los desheredados. Lo que importa es que el sentimiento moral se levante, que el hombre se ennoblezca por el ejercicio de las virtudes, que el arte realce sus fueros, la justicia sus dominios, la libertad sus derechos y el altar su Dios; porque cuando los cielos se despueblan, la tierra padece y el hombre siente en su corazón el vacio que nada llena.

* * *

De propósito he dejado de hablar de su poema

Biblioteca de Galicia

Os Eoas (en griego, los hijos del sol, ó de la aurora) en que hace tanto tiempo trabaja. Esta obra, concebida y en parte escrita bajo la influencia de los antiguos poetas épicos, ha sufrido antes de ver la luz una completa modificación. Ya no es lo que prometian los fragmentos publicados hace bastantes años. Nuevas ideas dan vida á la nueva composición. El descubrimiento y conquista de América no es ya la obra de un hombre, sino la de todo un pueblo. Bajo este punto de vista, puede decirse que Colón pierde lo que ganan los españoles. Como Vasco de Gama deja en *os Lusiadas* lugar para la epopeya lusitana, así el marino genovés desaparece casi en el poema de mi amigo, para que en él puedan tener la necesaria importancia los que prosiguieron la providencial empresa y la completaron, ilustrándola con sus hazañas, verdaderamente legendarias.

Este libro lo escribe Pondal en gallego. Por qué? No hay una completa disparidad en celebrar aquellos memorables hechos en una lengua que no es la nacional? No, en verdad. Puesto que el poeta emprendió este trabajo ageno por completo al espiritu que anima sus demas obras, permitidle que en cambio haga á su país el honor de escribirlo en la lengua que le es propia. Es una manera delicada de probar que nuestro provincialismo no es tan estrecho como se dice, y que, amando mucho nuestra tierra, no entendemos por eso que haya de negarse á los demás el agua y la sal.

* * *

Pondal fué, es, y será tan solo un poeta. Nin-

Biblioteca de Galicia

guno pudo como él, en nuestro país, realizar el sueño de una vida consagrada al noble y desinteresado cultivo de las bellas letras. Libre para escoger, libre para seguir el camino que plugiese á su voluntad, sin nada, fuera del propio movimiento, que tuviese sus inclinaciones, ó pusiera límite á sus deseos; con pocas necesidades y con lo bastante, si quisiera, para atender á más de lo necesario; desposado con la virgen poesia, solo y contento, y lo que es más notable en tiempos tan llenos de prematuras ambiciones, sin otros cuidados que los de llenar y cumplir su mision de poeta gallego, en su patria y entre los suyos, cabe asegurar que dentro de lo que el hombre puede ha sido feliz. No tuvo que combatir con la muerte ni luchar con las realidades de la vida.

Ha sido un bien? ha sido una desgracia? Mi amigo lo dirá, aunque bien podemos creer que conoció las penas y hubo de soportar los desengaños que llenan toda su existencia. ¡Nadie escapa á ellos! Sin embargo, limitando sus aspiraciones, limitó tambien las ansias sin fin que nos devoran: por más que á falta de pesares materiales, no habrán dejado de afligirle aquellas insondables que vienen de nosotros mismos y tienen asiento en nuestro corazón. El les puso sus valladar, desde que se decidió á vivir en sus soledades. Ni siquiera sintió deseos de visitar otros paises, de ver otras ciudades, de habitar bajo otros cielos. Le basta su Galicia; Santiago con sus altas torres y campos siempre verdes, la Coruña con sus alegres horizontes y su mar dilatada. Hé aqui su mundo: está poblado para él de

Biblioteca de Galicia

las blancas visiones y de los sueños de su juventud.

Por que en cuanto al grato y solitario retiro de Ponteceso. parece que si llena su alma, es de una manera dolorosa. Hay allí sepulcros que guardan los séres más queridos y turban su paz, con los recuerdos que á cada instante traen á su memoria los objetos que le rodean, los lugares que conservan todavía frescas las huellas de los que ya partieron.

No he olvidado todavía, que en el pequeño jardin plantado y cuidado por una de las hermanas del poeta, muerta en lo mejor de su edad, hablamos de lo unidas que estaban en lo pasado, nuestras ecsistencias. No bastaba que fuésemos por entero de aquel país, que mi hermano hubiese sido su amigo antes que yo, y que recibieran ambos y en un dia, sus grados literarios, era preciso que el recuerdo de aquella hermana tan amada, y que llevaba su mismo nombre, se mezclara tambien con mis recuerdos.

Era la fiesta de Agosto tan popular en Galicia que apenas hay lugar que no la celebre, y la antigua Mugía, que se entra en el occeano como un pequeño y desolado ismo, brillaba á los rayos de un sol canicular. Ceñíale el arenal con su blanca cinta, el mar reflejaba en sus aguas las claridades del cielo, y las altas rocas, calcinadas, mordidas por eternas tempestades, interrumpían con su dura silueta la extensa línea del horizonte. De lo alto de la torre de la hermita, que se alza cerca de las olas y de la piedra milagrosa, las campa-

Biblioteca de Galicia

nas llamaban á la fiesta á campesinos y marineros.

La romería de la Barca era aquel año espléndida y concurrida.

Al son de las gaitas y violines bailaba la muchedumbre sobre la piedra de la Virgen: en movimiento la roca golpeaba la tierra, produciendo aquel seco ruido, tan grato al corazón del romero, y el estallido de los cohetes y el rumor de la fiesta se mezclaba y confundía con el del Atlántico. No era ménos bullicioso y animado el baile con que las jóvenes de la villa y las forasteras habían sido obsequiadas. Se bailaba, se reia, se cambiaban las promesas, y pasaban las horas rapidamente, sin apercibir que fuera el tífus hacía estragos. Más ¿quién le temia en semejantes momentos?

Amaneció el otro dia, y dos de esas jóvenes, tocadas por la terrible enfermedad, cayeron como heridas por el rayo. Fué un verdadero duelo en aquella villa llena de fiestas. Aun no contaban sus dieciseis años y ya la muerte se sentaba á la cabecera de su lecho; no habían vivido y las cercaban ya las tinieblas eternas. Poco se necesitó para que una de ellas diese su ¡adios! á cuanto amaba. Era la hermana del poeta. La otra..... el cielo la guardaba sin duda para que gustase toda pena, y conociese la desgracia que no tiene fin, por que vive todavía y es autora de unos versos que, como los de Pondal, durarán eternamente en su país, mientras aquí se hable y entienda la lengua de nuestros padres.

Biblioteca de Galicia

ANTONIO CENDON.

Biblioteca de Galicia

ANTONIO CENDON.

No, no le olvidaré en la vida!

Demasiadas sombras cayeron sobre él: las de la muerte que hoy le cubren no son más densas que las que le envolvieron durante su breve carrera. Aparte de los que bien pronto le seguiremos, su nombre no despierta en corazón alguno el más pequeño recuerdo; en su mismo país es un misterio como tantos otros. Nadie sabe si fué, si se llevó al sepulcro sus pensamientos, ó si éstos florecieron en otras latitudes. ¿Qué había hecho el infortunado? ¿Porque tras de tan fatigosa vida, tan profundo silencio?

Tocado de la desgracia de su país, los dias que vivió fueron oscuros y contados. Cayeron como sus esperanzas dentro de la sepultura que le guarda en el pequeño cementerio de una aldea

Biblioteca de Galicia

de Galicia. Había abandonado aquellas soledades en busca de la gloria: cuando tornó á ellas, deseando la paz y el descanso que le faltaba, solo halló el de la muerte. ¡Paz completa y dichoso descanso que no turba ya ni el amor ni el odio de los hombres! Las mismas campanas que le saludaron al nacer, anunciaron su agonía y proclamaron su muerte. Muerte inesperada y triste, igual á la de aquellos soldados, que habiendo tomado parte en todos los combates gloriosos, caen oscuramente, heridos por la última bala. Y ¡cuán triste debió ser para él, pensar que estando todavía en la mañana de la vida, le cercaban ya las tinieblas de su última tarde! Porque si vivir, es sufrir y padecer y llevar sobre el corazon las tristezas infinitas de las almas contrariadas, él habia vivido demasiado. Pero si es al contrario, calentarse á un dulce rayo de sol, amar, gustar á su hora de las embriagueces del triunfo, entonces no había vivido aún. Estaba en su infancia: de un solo paso habia ido de la cuna al sepulcro.

Cuando llegó á Madrid no contaba veinte años. Era jóven como nosotros todos, y como nosotros tambien lleno de sueños y de doradas esperanzas. Alto, delgado, de hermoso rostro, de negra y rizada cabellera que dejaba crecer á lo artista, de ojos negros tambien, de tez pálida, podía muy bien llamársele como á otros el Vandick moreno. En sus lábios y en su corazón traia algo de la frescura de los campos natales. En sus ojos se leia la vehemencia de sus pasiones, la fortaleza de su alma. Era uno de esos hombres como los produ-

Biblioteca de Galicia

cen tan solo las clases populares en quienes la sencillez y la lealtad de carácter es tan fuerte y resistente, como sus músculos de acero. Impetuosos y confiados, parece que entran en el mundo y en el arte, con alma y vida: todo lo fian de sí mismos y ni siquiera se les ocurre que los desengaños pueden herirles y detenerles un momento. No los conocen ni los temen. Acostumbrados á no contar con nadie, la fuerza interior de que están dotados les sale al rostro, á la palabra, á la obra que emprenden, y la dotan de aquella fiera energía que ocupa en su vida el lugar de otras virtudes y otras cualidades bien necesarias por cierto al que ha de luchar contra las corrientes del mundo.

La confianza en las propias fuerzas, que formaba la base de su carácter, desbordaba en todo él, y en verdad que con tales condiciones era harto peligroso entrarse por el campo del arte, como conquistador y dueño. Además no eran aquellos tiempos, lo que son los actuales para todos los que bien ó mal manejan los pinceles ó el lápiz. Yo ví entonces, á los más ilustres, hacer su vida de privaciones y seguir oscuramente el camino de la gloria estéril. ¿Qué había de pasarle á Cendón que llegaba no solo ignorando, sino sabiendo mal?; lo que á todas las almas sencillas y vigorosas; detenerse como asombrado al primer choque y declararse vencido á los primeros contratiempos.

Por desgracia cuando le conocí era alma vírgen que no habia tenido ocasión de tocar aquellas funestas realidades que debían devolverle al arte... y al sepulcro. En sus oidos las campanas de

Biblioteca de Galicia

la vieja Compostela resonaban alegremente, trayéndole el anuncio de laa auroras inmortales con que había soñado orillas del Sar y al pié de los álamos que sombrean su corriente. No se le podía hablar de las dificultades que se experimentan, de las desilusiones que asaltan á los que se arriesgan en el camino de la gloria; de las espinas que hieren nuestras carnes en todo comienzo. Se sonreia como quien dice -- Yo soy más fuerte!—No habiendo tocado los lodos del suelo, no creía posible mancharse en ellos nunca!

* * *

Como yo le había precedido en la práctica de la vida, no podía habituarse á semejante confianza, más cándida que presuntuosa. Sobre todo cuando ví sus primeros ensayos. Me costó trabajo contenerme y no usar con él la ruda franqueza que merecía: comprendí que no debía herir inútilmente tan noble orgullo, que sintiéndose capaz de grandes cosas, creía ya haberlas realizado. La hora de los desengaños no tardaría en sonar para él; ¿á qué adelantarme? En mi compasión hallé por fortuna, palabras bastante suaves, para hacerle ver lo insuficiente, lo triste de sus primeros ensayos, sin lastimarle en lo más mínimo. Hice más; queriendo que fuese amigo de los que lo eran míos, traté de que frecuentase la amístad de Federico Ruiz y Serafín Avendaño. Algo podría aprender al lado de aquellos jóvenes modestos y buenos, sin recelos ni envidias, que hacían juntos el aprendizaje de la vida y del arte, ya que no

Biblioteca de Galicia

con brillo, al ménos con aquella lentitud y seguridad que promete y hace efectivos los triunfos. La juventud es presuntuosa, y Cendon era jóven. Vió. habló, juzgó...., y el pequeño cenáculo no admitió al nuevo hermano. Creyó Cendon frialdad lo que era previsión y conocimiento del mundo, y algo tambien de dignidad herida. No quisieron á su lado un tercero y éste no les buscó tampoco; yo no tuve bastante fuerza para unír aquellas tres voluntades y puede decirse que de ahí vino la perdición de mi pobre amigo.

Pronto desapareció de nuestra vista; otras voces le llamaban, otras amistades más complacientes para el elogio, que mata y anima, le atrageron y ligaron; hizo su vida de bohemio y cuando volvimos á vernos, Cendon habia perdido, con la flor de sus ilusiones de artista, la impetuosidad de los pocos años, los sueños que le alentaban, el valor de que parecía armado, no quedando mas que un sombrío retraimiento, una quietud improductiva, un desencanto prematuro, y lo que es peor, la firme creencia de su incapacidad para el cultivo de las bellas artes. Tanto había cambiado.

¡Ah! la adversidad es una gran escuela para los artistas, lo mismo que para los demás mortales, y Cendon la conoció en todos sus horrores. Sin el buen Eugenio Vera (1) que lo alentaba y

(1) Poco se necesita haber vivido para que al volver la vista á lo pasado no nos salga al encuentro el recuerdo de más de un muerto querido. Para mí, Eugenio Vera, es uno. Tuvo por pátria á Osuna, é hizo al mismo tiempo que yo la triste y oscura vida de periodista. Modesto y desgraciado, murió inopinadamente cuando tenía la seguridad de pasar con tranquilidad sus

Biblioteca de Galicia

sostenia, siendo para él como un hermano mayor, nuestro artista hubiera buscado en el suicidio, el reposo y el aniqnilamiento que anhelaba. Amaba la muerte con la desesperación del que ya no sabe porque vive, ni tampoco quiere saberlo semejante á aquellos viajeros que sorprendidos por las nieves en los Alpes se dejan envolver por ellas y caen para no levantarse, así Cendon, las pocas obras que entonces trabajó, están llenas de los tétricos pensamientos que le dominaban. Un sepulturero quo al pié de un ábside gótico, descansa despues de abierta una hoya, y,al fondo un triste visitador de los muertos; dos cabezas pintadas, una á la sepia, la otra con una tinta verde que trae á la memoria los tonos del Greco, y hacen presumir en su autor un estado psicológico igual al de Theotocopuli, una jóven que marcha suspendida por ángeles en busca de mejor mundo y que podía ser muy bien la personificación de su alma, (2) que se complacía en representarla ya libre de los lazos de la carne!...hé aquí los apuntes que yo guardo como una reliquia y que fueron recogidos por mi mano poco tiempo antes de que aquella noble alma se rehiciese y volviese en sí, prometiendo á los que le amábamos una verdadera resurrección y una vida nueva,

* * *

Entretanto los dias pasaban para él con un

últimos dias. ¡Sarcasmo de la suerte! ¡Pasamos nuestra vida de afanes para asegurarnos la paz de la vejez, y la muerte nos sorprende antes de ser viejos!

(2) Es un detalle que no debe olvidarse pues interesa á la historia de las Bellas Artes y á la de los desarreglos de la imaginación en el hombre. En una punta del papel en que el artista había dibujado una de esas com-

Biblioteca de Galicia

abatimiento é inacción tan grandes que llegó á temerse por su vida. No hablaba, no se movía, la falta de recursos le estrechaba; su amigo cobraba poco y mal en el periódico, las privaciones eran contínuas....Una mañana en que Eugenio salió en busca de lo que tanta falta les hacía, le dejó al pié de la mesa, con el lápiz en la mano y la hoja de papel en el tablero....Cuando volvió por la tarde,—porque la conquista del vellocino de oro había sido difícil aquel dia—le halló en la misma postura que le había dejado. No se habia movido, ni hablado, ni hecho más que fumar. Pero la debilidad, la sombría tristeza que le devoraba, los pensamiéntos que agitaban su alma presa de las mayores desolaciones, le tenian en tal estado que cuando quiso ponerse en pié, cayó desplomado sobre el pavimento.

El despertar fué todavia más triste que lo habia sido su sueño. Cuando volvió en sí, fué para entregarse á una ruidosa alegria. Salió de casa, erró por las calles, y como si quisiese aturdirse y disipar los fúnebres pensamientos que le agitaban, volvió á ver á sus amigos, llamó á todas las puertas, reanudó las rotas amistades y se dispuso á no sé cuantas cosas que no debia realizar, porque ya no le quedaba tiempo para tanto. Sentia como por instinto que aquella ociosidad era una cobardía, y eso que aun no habia recibido el golpe terrible que debia devolverle á la razon, al trabajo, á la vida, en una palabra, á sí mismo. (2)

posiciones alegóricas á que aludo, dejó Cendon su retrato, en el cual se nota la especial circunstancia de su demasiado largo y angosto, presentando una cierta paridad con las cabezas de las figuras del Greco.

(2) Sucedió que habiendo ido á los toros, en la dispo

Biblioteca de Galicia

Pasada la tormenta y comprendiendo lo que habia de vergonzoso en su inacción, se dedicó por completo al estudio y al trabajo, y aquel que al llegar se creia maestro, reconoció de toda voluntad que aun estaba en los comienzos, oyendo todos los consejos y siguiendo el camino de todos. Empezó una nueva existencia. Iba al Museo y estudiaba, salia al campo y pintaba del natural. La mayor parte de los paisajes y apuntes que nos quedan de su mano datan de esa época de fecunda renovación. Poseo una pequeña vista al lápiz de un puente sobre el Manzanares, que acusa una buena tendencia en su autor y sus felices disposiciones para la pintura de paisaje. Un amigo y paisano de Cendon, guarda, segun noticias, algunas acuarelas suyas que pertenecen á esta época. ¡Qué mucho que su fecunda inteligencia se multiplicara! Aun era tiempo, aun podía recobrar los dias perdidos y lucir para él el sol de la esperanza, aun podia hacerse artista. Para ello necesitaba, como nunca, escapar á las privaciones que le habian puesto á las puertas de la perdición. Y para eso nada como aceptar el auxilio que el capricho del público le preparó de la manera más inopinada, abriendo ante sus ojos nuevos hori-

---

sición de ánimo que le tenian sus desgracias, se suscitó á su lado una de esas cuestiones frecuentes en tan salvajes lugares. Aunque nada iba con él, vióse bien pronto envuelto en la contienda. Hombre de valor no rehusó el peligro, pero fué más allá de lo debido. De un bofeton tendió á sus piés al municipal que quiso sujetarle y dicho se está que aquella noche la pasó en la cárcel.

El pobre Eugenio Vera, valiéndose de Adelardo Ayala, tuvo que realizar verdaderos milagros para salvarle del peligro y sacarle de aquellos antros en que Cendon estuvo á punto de perder el juicio.

Biblioteca de Galicia

zontes, haciéndole ver en lontananza la sombra de mejores dias y dejándole gustar ya las dulzuras de los primeros triunfos. Estas fueron sus horas azules.

Ocupábase entonces nuestro amigo, en uno de esos trabajos penosos y tristes para el artista, pero que al fin le permitian librarse de las estrecheces y miseria de otros tiempos. Miniaba fotografías!... Una mañana, estando en el gabinete de Juliá, para quien trabajaba como el forzado en sus galeras, vió sobre una mesa el retrato de un hombre político, á la sazón muy nombrado, y entre burlón y desdeñoso, conociendo la insuficiencia del sugeto y lo grande de su fama, ocurrióse le hacer su caricatura. Cogió el lápiz y al poco tiempo estaba hecho. Sobre un cuerpo liliputiense, se erguia la cabeza de triples dimensiones y que sin ser un retrato ni lo que se dice una caricatura, tenía de una y otra, pues conservaba exagerándolos, los rasgos característicos de la fisonomía reproducida. Agradó mucho el ensayo y de un hombre político se pasó á otro, de éste á un escritor, y del escritor al artista. ¡Toda una galería de celebridades! que una vez muerto Cendon, ya no hubo—aunque lo intentaron algunos —quien lo prosiguiese con igual fortuna.

* * *

La notoriedad que alcanzó entonces fué para él un verdadero éxito. No faltó quien quisiese poseer algun cuadro de su mano alguna de sus acuareles, fáciles, prontas, de buena factura corrian entre aficionados, y artistas y los primeros encar-

Biblioteca de Galicia

gos que recibió entonces, le hicieron pensar en que era tiempo de hacer algo por el arte y por la gloria.

Mas ¡ay! aquellas horas amargas de otros tiempos, no habian pasado en vano. Le tenian rendido, maltratado, sin fuerzas para nada. Como si tanto no bastase, la enfermedad que le minaba lentamente se presentó de golpe en toda su intensidad sin que ni la juventud, ni la complexión robusta de nuestro amigo dejáran entrever una sola esperanza. No hubo más remedio que inclinarse y sufrir, dejando en manos de la suerte el éxito de aquel combate entablado entre un cuerpo abatido y la muerte que le tenia ya en su poder. Haciendo un último esfuerzo, enviáronle á toda prisa á Galicia, en la seguridad de que solo los aires natales podrian en todo caso, hacer un milagro y detenerle al borde del sepulcro. ¡Y esto pronto!... digeron.

Aun no se habian levantado sobre los campos en flor las primeras brisas primaverales, y los cielos tristes, las lluvias del invierno y los vientos desapacibles reinaban todavía en las comarcas en que el enfermo debia hallar un rayo de sol, una tibia atmosfera, las rosas y los perfumes de los jardines paternos. Eran los primeros dias de marzo cuando Cendon pusó el pié en Santiago, de paso para su país natal. Su primer pensamiento fué para aquel buen amigo de otros tiempos, que tan lealmente, había querido.

—No quiero morir sin verte! me dijó al entrar, sonriendo como quien desconoce el peligro en que se halla.

Biblioteca de Galicia

Enfermo yo tambien en aquel momento, pasó al pié de mí cama las breves horas que estuvo en la vieja ciudad, para él tan llena de recuerdos y tan poblada de sus primeras ilusiones. Hablóme de las que abrigaba todavía, de los cuadros que pensaba pintar, de los encargos que le habían hecho, de consagrarme el primer fruto de su pincel...todo inútil! Su rostro pálido y descarnado, su voz ronca y cavernosa, decía á los que le querian, que no le tendríamos entre nosotros mucho tiempo.

Veinte dias despues no era ya de este mundo.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ROSALÍA CASTRO.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ROSALÍA CASTRO.

—¿Quién eres tú y que te falta?
—Soy un bardo aleman; cuando hablan allí de los primeros, pronuncian mi nombre. Me falta lo que á muchos en Alemania; cuando hablan allí de los desgraciados, repiten tambien mi nombre.

H. Heine.

El viajero que bajando de Santiago á Padron, dejase á su derecha la antigua colegiata de Iria y siguiese por el agreste y solitario camino que, flanqueando pequeñas colinas y á través de prados eternamente verdes, conduce á la aldea de la Arreten, situada en una estribacion del Miranda, llegaría bien pronto al portalon que da entrada al patio y casa señorial de los Castro, y es valladar y límite y cabeza de la rústica población que se extiende á sus piés. La nueva vivien-

Biblioteca de Galicia

da, fiel reflejo del *manoir* breton, ocupa, sin duda alguna, el mismo espacio que la vieja fortaleza, desde la cual se defendían aquellas gargantas y vigilaban al mismo tiempo los vasallos llevadores de las contiguas heredades. Poco se necesita, viendo aquel edificio, para comprender que más de una y más de veinte generaciones se criaron bajo sus techos.

La nueva morada, que conserva todavía la disposicion, los detalles, el aire de la casa solariega de la décima sexta centuria, es lo que se dice un palacio campesino del siglo XVIII. En él las dos arquitecturas, renacimiento y estilo restaurado, se dan la mano á través de dos cientos años. La arcada que sostiene el espacioso balcon de piedra que corre á lo largo de la fachada tiene el sello característico de las construcciones gallegas de mediados del siglo pasado. La misma capilla en que campea el escudo de la familia y lleva la fecha de 1585, es tambien del estilo que he denominado de los maestros de obras. Pero lo nuevo y lo viejo, lo que pertenece á tiempos más lejanos y lo que casi nos corresponde, se unieron y compenetraron de tan íntima manera y tomaron tal aire de vetustez, que su solo aspecto delata á primera vista la vieja y gloriosa casa feudal, grata al poeta y al historiador, porque como ser vivo habla del pasado con voz más elocuente que las mismas crónicas á las cuales se fió el recuerdo de los que habitaron las extensas salas, las vastas soledades y los lugares confiados á su paternal gobierno.

Al entrar en el patio y subir la escalinata que da entrada á la ya olvidada vivienda, nos ganan

Biblioteca de Galicia

de golpe las tristezas que producen siempre en nuestra alma los supremos abandonos. Reina el silencio apenas turbado por el chillido de los pájaros, que al veros entrar abandonan espantados la vieja cornisa por donde paseaban gravemente. Hállase allí algo de la austera y santa soledad, sólo posible dentro de los antiguos monasterios, de los cuales eran hermanos por el destino, los castillos y viviendas señoriales. Mas ¡ay! cuando el hombre se acerca á semejantes ruinas - en pié ó no, es igual—siéntese como tocado de la tristeza de que están llenas. Flotan sobre ellas no se sabe qué de frio y muerto que aflige profundamente. La nada de las glorias humanas es más que nunca visible. Y en vano los altos robles llenan de sombra y de rumores el bosque umbrio ó se recortan en el horizonte; en vano la fuente desborda sobre el pilon sus aguas y los vientos suspiran en las grandes salas, en otros tiempos pobladas de voces armoniosas; nada turba aquella paz solitaria que es su nimbo, pero nada es capaz tampoco de borrar la penosa impresion que su sola vista despierta en las almas sensibles. Ocurre preguntarse qué quedará de nosotros, cuando los que parecían eternos no son ya más que cosas que duermen en el olvido.

Cuentan los marinos, que cuando un buque está próximo á su ruina, las ratas que pueblan la bodega abandonan el viejo casco: así hicieron los nobles de segundo orden. Dejaron de vivir entre los campesinos, que eran sus hijos, y de su amor, que era su fuerza, perdiendo de este modo un poder que descansaba en el bien que hacían y

Biblioteca de Galicia

en no permitir que se hiciese el mal. Aquellos hogares en que durante siglos se encendió un mismo fuego, y que eran refugio de una familia que no se extinguía jamás; aquellas casas de donde no se salía sino en busca de la gloria y á las cuales no se volvía más que en demanda de la paz y de la muerte, están hoy vacías y desiertas. Faltan las águilas, y en el nido abandonado no se calientan los polluelos. Batidas por todos los vientos y todas las desgracias, están en pié, como para decirnos que aún hay mayores soledades, que aun hay ruinas más tristes y elocuentes que las que aquellas mudas piedras encierran y delatan, y son las que se anidan en el corazon del hombre, ó igual que las vengativas Euménides, lo devoran y atormenntan. Porque si no es para eso, ¿para qué entonces? ¿Qué hacen en pié?

Esta antígua casa, como todas. Al despojarse sus hijos de un poderío que ya no ejercían, perdieron hasta el instinto de conservación. Huyeron asustados de su propia tumba. Inútiles ya, cambiaron de hogar para morir más desconocidos, y nada, nada los recordaría, si una mujer de su raza—reuniendo en sí todas las perdidas energías y renovando las pasadas aptitudes—no hubiese hecho inmortal aquel antíguo apellido, y sagrado aquel orígen, pues lo llena y cubre con los resplandores de su genio.

* * *

Pero esto no fué sin tomar para sí tambien todas las desgracias propias de las familias que perecen. Desde su primeros años, estuvo ya, ma-

Biblioteca de Galicia

terialmente, entre la vida y la muerte; parecía llevar en su corazón los secretos terrores que sintió su madre todo el tiempo que la tuvo en sus entrañas. Bajo estos cielos que le son tan propicios, en estas risueñas llanuras de Iria Flavia, al pié de las colinas que las cercan, y orillas de las corrientes que las fecundan hubiera pasado su vida, si los primeros contratiempos no la hubiesen obligado á marchar á la triste ciudad en que había nacido (1) y á la cual tornaba para hacer de ella su única pátria y la pátria de sus hijos. Atrás dejaba los recuerdos de la infancia y sus primeros cielos risueños. Siempre que las durezas del invierno compostelano, sus aires frios y contínuas lluvias la ponían al borde del sepulcro, en el que tantas veces tuvo puesto su pié, tornaba á las alegres vegas y se bañaba en sus tibiezas y vivía de sus claros resplandores. Respirando estas brisas, que llevan á un tiempo en sus alas el perfume del campo y el de las olas, los heridos pulmones se renovaban y tomaban nueva fuerza; y la que llegaba semejante á una planta que se inclina y agosta, se levantaba y reverdecía, tornando á la vida, á las ilusiones de la juventud, á todo cuanto de risueño llena á su hora el corazón de las doncellas. Parece que aquí, bajo estos mismos cíelos en donde, como en otro tiempo, buscó ahora su dulce refugio, tenía que

(1) Nació en la casa del Camino Nuevo, que hace esquina á la carretera de Conjo, casa que, siendo propiedad de los abuelos del Sr. Romero Ortiz, es posible que hubiese nacido en ella tambien aquel hombre público. En Padrón vivió en la calle que lleva el nombre del poeta más insigne que produjo este pueblo, del autor de *El siervo libre de amor*.

Biblioteca de Galicia

realizarse siempre el prodigio de su infancia, y que estas llanuras,—como el viejo sepulcro sobre el cual la pusieron moribunda y la devolvió viva—tenían para ella la misma virtud y renovaban, cuando era preciso, el antiguo milagro.

La existencia es, en verdad, bien fácil para todos aquellos á quienes las contrariedades de la vida no fatigan demasiado; mas ¡cuán pesada carga para los que persigue la desgracia, y cuánto mayor todavía para los que marchan suspendidos sobre el ahinco de sus propios pensamientos! Y si el alma atormentada es la de una mujer?.... Bien puede decirse entonces que sus sufrimientos no han de tener límite, que las penas se duplican al caer sobre su corazón, que sus lágrimas, léjos de ser para ella un consuelo, llaman con doble fuerza á las nuevas lágrimas. Quién las conoce? quién las cuenta? á quién interesan? Quién és ni que importa, así sea la más ilustre, así la más desconocida? Qué otro camino, sinó el de la muerte, vé ante sus ojos? La misma notoriedad, ¿no es para ella un peligro?

Por más que la comparación sea vulgar, siempre se dirá de la mujer que, como la violeta, tanto más escondida vive, tanto es mejor el perfume que exhala. La mujer debe ser sin hechos y sin biografía, pues siempre hay en ella algo á que no debe tocarse. Limitada su acción al círculo de la vida doméstica, todo lo santifica desde que entra en su hogar. Tiene en la tierra una misión de los cielos, y su felicidad debe consistir en llenarla sin vanagloria ni remordimientos. Trasládase toda entera á sus hijos, vive en su corazón, sin

Biblioteca de Galicia

que sus penas sean otras que las que los hieren ó con ellos se relacionan.

Y si esto es verdad, ¿qué decir de quien no hizo otra cosa que soportar los múltiples golpes que la maltrataron y á cuanto más amaba en la tierra? Si se refirieran con su terrible verdad los sufrimientos experimentados, antes, ahora, en todo tiempo, bien se vería que pocos dias de felicidad contó, cuán largo y duro fué su cautiverio, y de qué manera inusitada los contratiempos doblaron alma tan enérgica y apasionada. ¡Cómo la fueron á buscar al silencio de su casa y al apartamiento de su voluntario destierro, hiriéndola en medio de sus hijos, ausente el que era su amparo, cuando creían que el golpe que la asestaban era el único que le faltaba para morir!

Dícese que así prueba el cielo á sus elegidos!...

.·.

Esta vida de dolor empezó pronto para ella, porque física é intelectualmente su precocidad fué grande. Contaba apenas once primaveras cuando compuso sus primeros versos y tuvo que cambiar su traje de niña por el de la mujer. Con él se iban las alegrías de la infancia y llegaban los primeros cuidados, aquellos que asaltan á las jóvenes tan pronto se arriesgan en los senderos del mundo. ¡Y cuán amargos y tristes para los que, tocando apenas en los límites de la juventud, tienen ya que luchar con la tristísima realidad! Queda siempre en su corazón un no se sabe qué de vacío, que nada llena. Esto tienen los prematuros desencantos: cuando se sintió todo su peso.

Biblioteca de Galicia

jamás se olvidan. Pasará el mar sobre ellos, como dice el poeta, y no será capaz de borrar la mancha que dejan en nuestro corazón.

Esto fué casualmente lo que sucedió á nuestra escritora: llevó siempre abierta la herida causada por los primeros desencantos.

Los vientos de la desgracia, que tan rudamente se desataron contra ella, empezaron por apartarla de todo cuanto amaba; de su tierra, de su madre, de sus esperanzas y hasta de los sueños, bien modestos por cierto, posibles á una jóven de provincias. En ella no quedaba ya en pié, en sus mejores años, sino la entereza de su alma y la bondad sin límites que la llena. La misma poesía que había encantado sus horas solitarias fué olvidada por completo: no parecía otra cosa, sino que se preparaba para la muerte, esperándola con la dulce voluptuosidad de quien sabe que solo así podrá escapar á las tribulaciones que le esperan.

Léjos de su casa y de los cuidados maternales, sufriendo como pocos las inclemencias del cielo madrileño, los íntimos dolores que la afligian—y que sólo podía hacer tolerables un blanco rayo de juventud,—las incertidumbres que llenaban su alma sin horizonte ni esperanza, las tristezas de la ausencia rindiéndola á su peso, la hirieron tan sin piedad, que hubo momentos en que pudo esperar confiada que las horas de su dolor serían breves y que pronto las puertas de la eternidad se abrirían de par en par.

Y ¡cuánto tardaba para ella esta hora de la suprema libertad!

Biblioteca de Galicia

De las seductoras promesas que una prematura juventud se había complacido en desplegar ante sus ojos, no quedaba una sola que no hubiese levantado el vuelo y marchádose en busca de otras almas más felices en que hacer su nido. La realidad la hacía con sus espinas; las asperezas de la vida, con los desengaños en que son tan pródigas. A sus grandes tristezas se añadían los dolores materiales, las inacabables angustias que les son propias y los acerbos presentimientos que engèndran.

Estas horas solitarias formaron su corazón y lo impregnaron para siempre de la profunda melancolía que baña sus composiciones. Las musas necesitan tocar con sus alas la realidad; á este precio comprarán siempre sus triunfos; mas ¡ay! ella podía muy bien pasarse sin tan amargo cáliz, porque no lo ambicionaba. Conozco cantos inmortales, dice el poeta, que son un puro gemido. La que amaba la serenidad del alma y de los cielos, la que pedía tan solo paz y silencio, algunas primaveras más, los horizontes de la pátria, las rosas de sus campos y los tornasoles de los mares de su país, no merecía por cierto poder decir tan pronto y con tanta verdad como ella, que bajo sus rubios cabellos anidaba el dolor.

Car sous cheveux blondes je connais la douleur (2).

* * *

El mismo cuidado que otros ponen en dejarse ver y conquistar un puesto en el mundo literario,

(2) Ernestina Dronet.—*A un sceptique.*

Biblioteca de Galicia

puso ella siempre en escapar á sus vanos ruidos y peligrosas facilidades. Los versos que en horas de tristeza se escapaban de sus labios, eran olvidados al dia siguiente. Nadie los conocía. Fué necesaria una serie de circunstancias fortuitas para que algunas de esas composiciones traspasasen los límites del hogar y se diesen á la estampa. No la llevaba á tanto el más pequeño entusiasmo, ni menos el amor que pudieran inspirarle las pobres hijas de su corazón y de sus horas solitarias. Porque desde los primeros pasos se había dicho á si misma que ni buscaba la gloria ni la amaba en manera alguna. Asi se comprende que, gracias á esa misma indiferencia, saliesen á luz sus primeras poesías, siendo manos agenas las que les prodigaron los cuidados que toda publicacion reclama de los autores. Ignorándolo, y no importándole, sin esperanzas y tambien sin amor propio, dejólas ir á la ventura, sin cuidarse más de ellas ni pensar que pudiesen interesar á ninguna alma, ni menos durar más allá de lo que duran las rosas, sus hermanas en la hermosura y tambien en la brevedad de la vida. Así lo deseaba al menos.

Y tenía razón! no porque aquellas breves páginas no fuesen acreedoras á los elogios que, sin conocer á su autora, tuve el dulce consuelo de prodigarlas, sino porque no todas merecían los honores de la impresion. En su inexperiencia de la vida literaria, de la cual tan alejada se hallaba, no podía comprender que los primeros dones de la musa deben ser cuidadosamente preparados y escogidos por la mano del autor, pues

Biblioteca de Galicia

deciden á veces de una vida, y rompen ó afirman una vocacion. Cualquiera, al leer aquellos versos, sabiendo que su autora aun no habia cumplido veinte años, hubiera dicho que la atormentaban las ansias del aplauso público, cuando su libro era casualmente la prueba del ningun aprecio que hacía de tales cosas y de lo lejos que se hallaba de creer que con él se abría el camino que debía conducirla á los triunfos que la aguardaban. Las ilusiones que sobre este punto pudiera abrigar, se quedaban á la puerta de la casa en que esperaba concluir sus dias sin ambicion, llenando los deberes de esposa, en una grata medianía y en un santo y perpetuo olvido. Tal vez pensaba que no les sobreviviría, gracias, ya á la muerte material que tan cerca de sí veia, ya á aquella otra gloriosa y que tantas mugeres de grandes dotes aceptan, el dia en que entran en el hogar conyugal para ser su egida.

La malaventura de Galicia, que en más de una ocasión vió malograr sus mejores ingenios, no quiso por esta vez que enmudeciese aquella voz, ni se rompiese aquella lira. ¿Fué una desgracia para nuestra escritora? Estoy tentado á creerlo así. Conservándose para su pátria, se conservó asimismo para sus grandes infortunios.

No voy á contarlos. Para qué? Un dia vino á formar conmigo el nuevo hogar y crear una familia. Desde entónces una es la voluntad y uno el amor bajo este techo, visitado por cuantas aflicciones pueden caer sobre las almas heridas perpetuamente. Solos nos dejó la madre querida, y solos tambien aquel hijo amadísimo, que no

Biblioteca de Galicia

vivió más que el tiempo necesario para hacer en nuestro corazón eterno el recuerdo, inconsolable la pérdida. Entre estos dos sepulcros, todo un mundo de contrariedades. Breves los dias de sol, aladas las dichas, fugaces las alegrías, sólo constantes y duraderos los rigores de la fortuna. Consuólannos los hijos que nos rodean, en cuyos ojos brilla ya un rayo de aquella inteligencia que con la sangre recibieron en el seno de su madre, y cuyo corazón parece formado con las mismas generosas fibras. Se refleja en ellos, que prometen ser corona de su ancianidad, consuelo de sus últimos dias.

* * *

Una verdadera noche reinaba en el cielo literario de Galicia. Los soldados andaban dispersos, los combates eran imposibles. De todo aquel rumor, de todas aquellas esperanzas nacidas al calor de la revolución de Julio, no quedaba más que un eco, una esperanza que vivía y se manifestaba en las columnas de *El Miño*, el periódico que de una manera más decisiva influyó en los destinos de nuestro país. En él se había refugiado cuanto conservábamos de vivaz y fecundo, en ól se reflejaba el espíritu de una generación que parecía haber traido al mundo como única tarea, la de crear una nueva Galicia y fecundar los gérmenes de vida que este pueblo encierra. Se perseguía un imposible? No es fácil decirlo, aunque por mi parte aseguro que nadie creía semejante cosa. Tenían fé en la virtualidad de su obra:

Biblioteca de Galicia

creían en sus milagros. El intentar la regeneración á que se aspiraba, era una prueba de que se iba á algo sólido y durable. No se quería morir sin haber combatido en aquel especialísimo torneo, en que la dama de nuestros pensamientos era la pequeña pátria. Y pues todo lo que vive se resiste á la muerte, se aceptó la lucha, como una prueba de que aun vivíamos.

Cada uno escogió su puesto, y nuestra escritora, que, como la mujer gala, seguía á los suyos al combate, conociendo que podia ayudarles, se colocó resueltamente en las primeras filas.

Como medio más eficaz de volver á la vida á un pueblo que á fuerza de desgracias apénas si tenía conciencia de sí mismo, tratábase por todos de penetrar en sus limbos, iluminarlos con aquella luz necesaria, para que cuanto nos pertenece tomase cuerpo y fuese visible á los ojos de los demás. El pasado con sus sombras, el presente con sus dudas y desalientos, cuanto había sido Galicia, cuanto lo era todavía, ó podía serlo, nos pedían una mirada y un pensamiento. Sentíamos como por instinto, que antes de nada era preciso rehabilitar el país gallego, realizar sus esperanzas y traducir en hechos lo que aun no había podido pasar de la categoría de tentativas más ó ménos afortunadas. Esta dirección puramente provincial, no era en verdad cosa nueva, pero tomaba en nuestras manos mayor fuerza. Por más que pusiésemos en ello nuestra alma y nuestra sangre, otros antes habían querido lo que nosotros: no era la primera vez que se perseguían tan nobles ideales, prueba de la vitalidad de los

Biblioteca de Galicia

pensamientos que nos animaban. Si antes no se habían realizado, era porque había faltado la unidad en los trabajos, y una más clara noción en todos de la obra emprendida. Así resultó estéril, pues sólo podía ser fecunda siendo completa.

Las nuevas corrientes tenían por lo tanto mayor eficacia, pues se dirigían á un fin, claro, definido, concreto. Consagradas por el éxito, alentadas por el doble interés de la curiosidad y cariño con que eran recibidas por el país, se comprende que, pues la empresa era aceptada, fuese más fácil. Todos querían poner su piedra en el templo que se levantaba y aportar á la obra comun su esfuerzo ó su sacrificio.

Nunca por lo tanto se sentían más vivamente esos deseos, ni tomaban más cuerpo, ni eran más firmes tan nobles propósitos, como cuando, lejos de la patria, y en medio de las soledades castellanas, se pensaba en los campos paternos y se creían ver los horizontes que los limitan. Así era, que entre los ausentes se hablaba de ellos como los profetas *super flumina Babilonis*.Pensad ahora qué pasaría en el corazón de una enferma jóven y sola, que habiendo dejado en Galicia á la madre y á la hija, se sentia de nuevo languidecer y morir bajo el cielo para ella siempre inhospitalario de la España central.

Era una templada tarde de los primeros dias de la primavera castellana. El sol iluminaba la vasta extensión, el aire era puro y tibio, apenas se le sentía pasar como un suspiro. Las plantas en germen exhalaban los aromas que anuncian

Biblioteca de Galicia

los hermosos dias: el cielo era claro y trasparente, el temple suave, los horizontes dilatados; sólo faltaban para animar aquel cuadro los árboles, nuestros amados árboles, las ondas cristalinas, los perfumes de los prados y sus verdes intensos, los ruidos de que están poblados los valles y las colinas gallegas. Nos rodeaba la desolada estepa, sin una sinuosidad que rompiese la línea igual y extensa, sin más tonos que los calientes y enteros propios de aquellas llanuras. Sólo allá, al fondo, el viejo Guadarrama, en cuya cima blanqueaba la nieve, recortaba el horizonte que los últimos rayos de sol encendían y hermoseaban.

Contemplando este cuadro, y recordando en presencia de semejantes esterilidades la exuberancia de los campos gallegos, sintió nuestra escritora la necesidad de escribir y publicar un libro en que se reflejasen con toda su poesía y pureza, los paisajes y la vida entera de la gente de nuestro país. Y queriendo romper con cuanto le rodeaba y le era tan poco acepto, prometióse á sí misma escribirlo en lengua materna. Y aquella misma noche, presa el alma de las profundas tristezas de quien, sin tocar en sus veinticuatro años, se creía ya con un pié en el sepulcro; sospechando que ya no volvería á ver de nuevo el cielo de la triste Compostela, bajo el cual le aguardaban, trazó con mano rápida y con la brevedad de la improvisación, aquellos versos tan tristes y tan hermosos que llevan por glosa la canción popular más en consonancia con el estado de su espíritu, *Adios rios, adios fontes*, ver-

Biblioteca de Galicia

sos que vieron entónces la luz en *El Museo Universal*.

* * *

Tal fué el orígen de un libro que tan especial influjo ejerció en la literatura gallega contemporánea. Hijo del exaltado amor del país, concebido en hora de la más honda melancolía, reflejó en sus páginas algo de lo inocente y juvenil de un alma que no había vivido aún y la amargura de los que no esperan vivir muchos dias y están perpétuamente con un pié en lo insondable.

Ella como ningun otro!.... porque preparándose á acometer su empresa, sintió que se recrudecían sus males y que se hallaba más cerca que nunca del sepulcro. Tal vez deseaba ya penetrar en sus tinieblas y que acabasen para siempre las incertidumbres que la tenían constantemente esperando su fin. Tal vez ansiaba aquel momento en que, como al irlandés que sucumbe en las soledades del Nuevo-Muudo, se le dijese al enterrarla:

—Ea! vuélvete á Galicia! vuélvete á tu pátria!—

Porque lo cierto era que léjos de su tierra se sentía acabar sin remedio.

Fué, pues, necesario volver al país. Sólo los aires natales podían salvarla. Y en su busca vino confiada, cuando todos creían que ya no vería caer más hojas que las que empezaban á brotar en los árboles de las avenidas, gratas á su corazón y á sus ojos, tan pobladas para nosotros de los más dulces y santos recuerdos. Mas ¡ay! que otras cosas queridas vió caer antes para no levantarse más, pues á poco de llegar á su casa, su madre

Biblioteca de Galicia

murió de golpe en sus brazos y cuando ménos lo esperábamos. Aquel corazón, herido por tantas ausencias, quebróse al fin al peso de los antiguos sufrimientos. Dios no quiso negarla el supremo favor de que la hija más que amada, estuviese á su lado para recoger su último suspiro y la mirada postrera.

Este dolor de los dolores fué para ella profundo é inapagable. Como Leopardi, podía decir tambien, «que el mal que la había privado del uso de la vida, no le daba siquiera la esperanza de la muerte,» pues ni llegaba el consuelo, ni el olvido era posible, ni acababa de romperse el frágil vaso de su existencia. Al fin triunfó la juventud y gozó algunas horas de paz; mas apénas si dirigía á sus sueños de otros dias una mirada indiferente. El proyecto que abrigaba de consagrar á Galicia las primicias de su musa, podía darse por abandonado, pues nunca como entónces se sintió más dispuesta á sepultarse por completo y para siempre en la oscuridad del hogar y vivir en sus apacibles quietudes. No abrigando deseo alguno de gloria, ¿para qué escribir? se decía. Y en verdad que para interrumpir aquel hondo silencio, para dar vida á los muertos de entónces, parece como que se necesitaba algo más que la voz de una mujer y los acentos de una musa doblemente femenina.

Pero fué así. Impreso el primer pliego de los *Cantares*, sin que de ello tuviese noticia, vióse obligada á escribir el resto del libro á medida que las cajas demandaban original. Aprisa, sin dar tiempo á que secasen las cuartillas, sin co-

Biblioteca de Galicia

rregir ni leer al dia siguiente lo escrito la víspera, fecunda, abundante, espontánea sobre toda ponderación, fué dando, hoy una, mañana otra, la mayor parte de las composiciones que forman aquel pequeño volúmen. De un solo golpe y casi sin levantar la pluma del papel, escribió las sesenta octavas del *Cuento de Vidal*. Pastor Diaz, á quien la muerte no permitió escribir las páginas que debian precederles, aseguraba no haber leido nada más corriente, ni más puro, que aquellos versos. Añadia, que se complacería en decirlo así. Que le agradaba aquella nueva aurora y aquel fresco aire de la patria, que venia encerrado en las estrofas más completamente populares á hablarle de los floridos campos de Galicia. Que así como al frente de las poesías de Zorrilla habia hecho la defensa del romanticismo—por él inaugurado antes, en su celda de colegial—haría el elogio del movimiento provincial, que tantas cosas nuevas traia á la superficie, que tantas y tan nobles revelaciones hacía y del cual habia tenido, así como una visión y un presentimiento. Porque aquel gran hombre de Estado, á quien no agradaba la unidad de Italia, casualmente porque rompía tradiciones y deshacia pueblos, aseguraba que las provincias españolas estaban destinadas—por la gran diversidad de su sangre—á reconstruirse y recobrar su fisonomía en un período no muy lejano. Contra lo que algunos espíritus superficiales aseguran, sostenia que la tendencia á crear la pequeña patria es lo que ha de salvar de un completo aniquilamiento á cuanto hay de vital en los pueblos europeos. Es lo

Biblioteca de Galicia

único vivaz y original que posee la sociedad moderna, atacada como ninguna otra, del mal nivelador de la unidad y de la centralización.

Pero lo que más le agradaba era ver escrito el libro en aquel dulcísimo dialecto que habia hablado en su niñez. Ponderaba sobre manera hallarle despojado de las voces bárbaras y giros prosaicos con que tantos mancharon la lengua y la poesía gallega. Los versos cadenciosos y fáciles se hermanaban al fin con una dicción propia y sin afectación ni pretensión alguna, tan conforme con la índole de los asuntos y que se parecia á la corriente de un rio, cuando arrastra con rapidez lo que se confia á sus ondas. Hasta entonces nadie habia hablado nuestra lengua con más pureza ni mejor acierto. Nuestro idioma salía de sus labios completo y hecho, tanto que si los cantares populares que glosa no fuesen en bastardilla, nadie sabría distinguirlos de los que se debían á su inspiración. He aquí la verdadera piedra de toque en que se ha de avaliar lo castizo de su lenguaje, no empleado todavia en la producción literaria. El dia en que un completo conocimiento de la poesía popular haga posibles tales comparaciones, se verá que nuestra escritora, no solo tenía el instinto, el candor y la expresión de los sentimientos populares, sino que hablaba la lengua de su pueblo, con la misma sencillez y afecto que nuestro perdido cancionero.

***

¿Hizo bien en emplear el gallego en un libro destinado á describrir los paisajes, las costumbres,

Biblioteca de Galicia

las supersticiones, en una palabra, las cosas de Galicia y de sus gentes? Hay quien lo duda, por creer la cosa hija de un pasajero capricho y no de un movimiento reflexivo; porque se piensa que el empleo de los dialectos (3) es un retroceso; porque se teme á cuanto habla á la provincia de lo que ha perdido, y en fin, porque hay muchos que no les importa sacrificar al Moloch moderno, la centralización, estas pequeñas agrupaciones al parecer tan insignificantes y estériles, que teniendo una historia, una ley, una lengua y una raza, conservan todavía todos los elementos constitutivos de un estado. Además se habla de la patria!....

Con sólo recordar, que entre todas, la idea y noción de la patria es la menos susceptible de una verdadera definición, queda indicado cuán difícil será dar á entender con la claridad debida, lo que sea semejante entidad. Fijando la mirada en el sereno horizonte, viendo cómo tiemblan al paso del viento los sauces que crecen orillas de su rio, y cómo la pequeña colina cierra el paso á los hombres y á los rumores lejanos, el campesino—como el cruzado que á cada ciudad que veía preguntaba á su amo: «Señor, ¿no es esta Jerusalem?»—abarcando con una mirada los límites de su aldea, puede preguntarse:—No es esta mi patria?

Pues bien, á despecho de todo, eso se dicen hoy las provincias, y muy en especial las de len-

(3) El gallego no es dialecto del castellano, sino idioma. Si se le quiere considerar como tal dialecto, forzoso se hace decir que lo es del portugués.

Biblioteca de Galicia

guaje propio; lo mismo en España que en Francia, en Italia que en Austria, en Rusia que en Inglaterra. El poeta, que es siempre el que anuncia la buena nueva y consagra sus triunfos, no se niega á la resurrección de esos pueblos, no muertos sinó olvidados, antes la inicia, la proclama y santifica ,poniéndose al servicio de tan nueva causa. *Novus rerum nascitur ordo!* se dicen, repitiendo las proféticas palabras de su maestro Virgilio.

No hizo otra cosa nuestra autora, herida por las injusticias de que era víctima su país. A su voz de inspirada, hizo surgir cuanto era de Galicia y recobrar su antíguo predominio. Lo popular, lo primero: ¿y qué más propio y más íntimo que sus sentimientos y su lengua? La que tan joven fué ensalzada por haber refrescado la poesía en las purísimas ondas de la inspiración popular, y abierto á la lírica española un nuevo camino (4) ¿por qué se la ha de negar el derecho de levantar de su postración el habla materna y colocarla á la altura de una lengua literaria? Se entiende acaso que todos son, á poco que lo intenten, capaces de llevar á cabo tan grandes, tan gloriosas resurrecciones?

***

Se dijo de los *Cantares* que si los poetas se agrupasen por familias, su autora debía formar

(4.) F. de Paula Canalejas, en su artículo crítico de los *Cantares*, saludó á la autora como una esperanza de la lírica española. *Follas Novas* y *En las Orillas del Sar*, dirán si aquel ilustre y malogrado escritor se equivocó en su juicio.

Biblioteca de Galicia

al lado de Roberto Burns, en la de los poetas populares: y cuando fué cuestion de *Follas Novas*, señalóse su parentesco con H. Heine. Hay en ello contradicción? No en verdad. Cada libro pertenece á una época de su vida y responde á un estado de su espíritu. En el primero, lo objetivo llena y alimenta unas páginas consagradas por completo á la descripción del país y á ser la fiel expresión de las costumbres y sentimientos de su gente. En el último, lo subjetivo recobra todos sus derechos y se muestra tan poderoso, que mereció por ello ser considerada como un insigne poeta lírico, y en especial como un gran elegíaco. Pero en uno y otro libro resulta una personalidad y se ve un fin. Completándose, dan realizada la obra de redención que se propuso la autora, por mas que ya en los *Cantares* se halle resuelta.

Y en verdad que sin la precipitación con que fué escrito este libro, cegadas ciertas lagunas (a.) y dispuestas y enlazadas las composiciones de un modo tal que formasen un todo correlativo, como así lo había pensado, hubiéramos tenido desde entonces un afortunado equivalente de *Mireya*, sin la monotonía que imprime á esta obra la combinación métrica usada por el poeta de la Provenza y sin los inconvenientes de una acción

(a.) También detuvieron á la autora los límites impuestos por el editor, que no quería arriesgarse á más de lo posible, con un público al cual se daba por primera vez un volumen de versos en gallego. A no ser por esta especial circunstancia, su libro hubiera alcanzado aquel desarrollo necesario, para que respondiese por entero á los propósitos que abrigaba la autora, que no eran otros que los de dar vida y accion á las multiples escenas, paisajes y marinas de Galicia, así como á todo cuanto se refiere á las cosas de los hombres que la pueblan y á las pasiones que les dominan.

Biblioteca de Galicia

á cuyo relieve y movimiento se sacrifican á veces detalles y rasgos, que no está bien pasar en silencio cuando se trata de dar á conocer el elemento poético de un pueblo cualquiera. Por fortuna, pudo bien pronto completar y terminar en *Follas Novas* la obra intentada, y esto con tal fuerza y de un modo tal, que hasta en las poesías más personales y en que los sentimientos de la autora se presentan con toda su energía y exclusivismo, ha podido ver la crítica un modo delicado y nuevo de contar las penas que afligen á Galicia y su gente campesina. De tanta vida están dotadas las ardientes estrofas, y de tal modo el poeta ha sabido confundir y amalgamar sus propios sentimientos y dolores con los de la región cuyas bellezas describe y cuyas desgracias cuenta!

El éxito alcanzado por los *Cantares* fué grande, en especial fuera del país para el cual habian sido escritos. Todavía dura, pero más que en otro sitio en Cataluña. Diríase que era un libro suyo. Sus críticos le dedicaron extensos artículos, sus poetas tradujeron la mayor parte de las composiciones. Era natural que así sucediese. Iniciábase para Galicia en los *Cantares* el movimiento que allí estaban llevando á cumplido término. Era un soldado que venía á combatir en sus filas: ya no se podía decir que solo de labios catalanes salía la protesta.

Las múltiples y entusiastas felicitaciones que con tal motivo recibió de aquella tierra de hombres llibres, contrastaban dolorosamente con los

Biblioteca de Galicia

profundos silencios de otras gentes. (5) Vano era el indisputable triunfo, inútiles los aplausos recogidos bajo otros cielos. El desencanto la hubiera ganado, hubiera dudado de su obra y de sí misma, sino estuviera convencida de que habían de pasar años, antes que la semilla arrojada en el surco, pudiese germinar, crecer ondular al paso de los vientos propicios y por fin madurar la espiga á los rayos de un sol de libertad.

* * *

Caracteriza la poesía de esta escritora, el ser eminentemente personal, elegíaca, ora llena de abismos, ora casta ó inocente como diosa que apenas desata su cinturón de oro ni desciñe la túnica. Naturaleza por esencia sensible, es como arpa suspendida en que gimen los vientos; organización moral de las más nobles, todo cuanto toca lo impregna de la rectitud de su alma compasiva.

Aquellas estrofas, breves y candenciosas, que

(5) No he de callar que muchos de sus versos pasaron de tal modo al dominio público, que entre los cuentos populares que he recogido vinieron bastantes de los suyos, atribuidos ya á la musa popular. En un sermón de carnavales en la Coruña, habiendo su autor intercalado en él la glosa de *S. Antonio bendito*, la muchedumbre, que desconocía semejantes versos, se desató en aplausos, y pidió una y dos veces su repitición. Y digo desconocía, porque todavía no se había hecho la segunda edición del libro, y la primera apenas corría más que entre unos pocos. Otro tanto pasó en Madrid. Se representaba el sainete de D. Juan de la Cruz *Las castañeras picadas*, y al que hacía el papel de mozo de cuerda se le ocurrió recitar en cierta escena, en vez de los versos del autor, los de *Adios ríos, adios fontes*, que se hicieron repetir cuatro veces por gentes agenas al país gallego.

Biblioteca de Galicia

parecían haber brotado de un golpe bajo el cielo de Grecia, encierran los apasionados acentos de una musa entre germánica y del mediodía. Están llenas de la *esencia de sus dolores*. Su gracia y ondulación femenina se templan y colora á veces con los rasgos de un humorismo en que desahoga las angustias de un corazón eternamente afligido. Sencilla y pura, hasta reproducir en todo su candor y realidad la producción popular, tiene acentos apasionados que salen de lo íntimo y comunica á los demás el fuego que abrasa sus entrañas: semejante al rayo, que hiende los espacios y enciende y quema cuanto encuentra al paso. Por eso no se halla nada de indeciso en sus versos: hijos de una inspiración real, llevan el sello de su enérgico carácter y de su alma llena de terneza. La expresión es siempre exacta, poética abundante; el movimiento natural; la forma pura, sin énfasis, simple y grandiosa en medio de una sencillez purísima. La versificación fluida; el metro rico y variado, caprichoso casi; la rima espontánea. Puede decirse que jamás poeta alguno en nuestra tierra poseyó, en más alto grado el poder de la forma.

Es esta condición esencial en todas las obras marcadas con el sello poderoso de una personalidad poética. No hay ningun gran escritor que no posea la forma en más ó menos grado, ni ningun poema famoso que carezca de ella. La pureza y serenidad de Goethe se trasparentan en unos versos que tienen la limpidez de las claras corrientes y de los cielos azules. Byron colora las ardientes estrofas, rápidas, nerviosas, con la

Biblioteca de Galicia

luz que destella de su alma de fuego.

En una palabra, el fondo y la forma se alían de tal manera en las obras del genio, que son como el alma y el cuerpo; no pueden separarse sin peligro de muerte, ni existir cada una de por sí. Aunque no en tanto grado como en las artes plásticas, la forma es un elemento esencial en la producción literaria: la misma poesía no puede pasarse sin los encantos de la medida y de la rima.

No lo dudeis, pues; cuando un poeta posee la forma en toda su variedad y riqueza, posee tambien el vigor y la fuerza necesaria para animar el bloque inmaterial y producir las obras, ya que no se digan inmortales, duraderas al menos.

.·.

Nuestra escritora ha publicado tambien algunos libros en prosa. Los principales son; *Ruinas*, *El caballero de las botas azules*, *y El Primer loco*. Cada uno pertenece á un género dado, pero en todos se descubre la poderosa originalidad de su autora. No se parecen á nada; no tienen antecedentes, ni hay muchos capaces de seguirles.

En el primero, una casi vision de los tiempos en que vivieron nuestros abuelos, le permite describir tipos y costumbres que parecen tomados del natural y en su tiempo. Tanta es la verdad y tanta la gracia con que están trazadas figuras, paisajes, escenas y sentimientos, que el lector cree haber conocido á los héroes del relato y tenerlos todavía delante de los ojos. Es una triste historia de otros tiempos, bañada por un plácido

Biblioteca de Galicia

rayo de sol y alegrada con algunas sonrisas. Los descendientes de los héroes pasean todavía por los mismos lugares que ellos. El drama de los dolores resignados se desarrolla con todo vigor en las animadas páginas. Se ve desde luego, que las buenas almas de que se trata vivieron en realidad y pasaron por este mundo tan solamente para ganar el otro.

En *El caballero de las botas azules*, son más notorias estas cualidades y se ve que están llevadas á un grado de perfección, que acusa un verdadero progreso en las facultades del escritor. Están estas bien de manifiesto; muy ciego ha de ser quien no las vea. Una fábula nueva, curiosa, que obliga á pensar en algo más que en lo que se lee, unas escenas hábilmente presentadas, un diálogo inimitable y unos tipos acabados; he aquí lo que se encuentra en aquel libro, al cual faltó tan solo nacer á tiempo para tener la fortuna que alcanzaron otros, bien distantes por cierto de su valor y trascendencia.

En este hermano menor de *El doctor Lañuela*, la más fria ironía sazona sus páginas, pero muy en especial el diálogo entre el hombre y la musa, que va en el libro á manera de introducción. No creo que se haya escrito entre nosotros y en nuestros dias cosa que le iguale. No parece obra de una muger. A no ser por algunos toques delicados y por completo femeninos que le esmaltan, diríase escapado de la pluma de H. Heine. No hay más sarcasmo en Atta Frollni, tampoco más poesía.

En su conjunto el libro presenta algunas des-

Biblioteca de Galicia

igualdades, por lo general hijas del asunto y manera de tratarlo; pero capítulo por capítulo y personaje por personaje, es de una unidad y de una realidad tal, que seduce y encadena. Casualmente en esto estriba todo su encanto, y que el lector está constantemente esperando lo imprevisto. Que al final se pregunte entre dudoso y confiado, si es verdad que lo ha comprendido y aun que pretenda saber lo que quiso hacer la autora, en este, por algo llamado cuento extraño, nada importa. Otro tanto sucede con *El doctor Lañuela* y con todos los hijos legítimos del humorismo; se pierden en lo inexplicable. El mismo agri-dulce de que se dice poseedora la burlona musa que inspira al hombre que ha de poner el cascabel al gato, baña las páginas todas de este libro por completo original. Que sea el buen caballero la personificación del siglo presente, ó que sirva tan sólo para agrupar á su alrededor y hacer resaltar algunas figuras de un cómico perfecto; que una constante ironía no permita distinguir bien lo que hay de trascendental en la obra, no es cosa que deba preocupar á nadie, pues quedando abierto el campo á la curiosidad no satisfecha, cumple del todo el programa que la musa burlona trazó al de las botas azules.—Qué será? qué no será? se preguntan á cada momento los personajes todos de la obra: no concluye tan mal esta, cuando el lector al cerrar el libro tiene tambien que preguntarse.—Qué será? qué no será?

No se da igual caso al leer las ardientes páginas de *El primer loco*: trabajo breve, apasionado,

Biblioteca de Galicia

con una finalidad, y aún pudiera decirse con un objeto práctico que se escapó á la crítica. Más que un cuento, es un estudio psicológico, en que, á la manera que empieza ahora á entenderse que deben ser escritas las novelas, se describe un estado del alma y se estudia una pasión. No hay verdadera fábula por lo tanto, y la que hay estorba. Flota el héroe entre lo real y lo ideal, entre lo que es y lo que cree ser, entre el sentimiento de la suprema justicia que le anima y gobierna, y la injusticia declarada de algunas de sus acciones. Pero en el fondo, aparece en toda su plenitud y sufriendo las consecuencias de su estado moral, como un hombre que toma sus visiones por realidades, y cuya diaria y viva exaltación, rayana de la locura, no le permite portarse como cuerdo.

Las contadas páginas en que se desarrolla la acción, son á veces de una elocuencia desgarradora. El alma vehemente del héroe se nos presenta atormentada por una constante visión: para él no hay en el mundo más que una idea, un punto claro y brillante, ella. Es un atleta que lucha brazo á brazo con un enemigo imaginario, al cual no es posible que venza. Porque este enemigo invisible, pero siempre presente, es su propio corazón.

* * *

El mismo amor á la tierra natal que inspiró sus versos gallegos, anima tambien los que escribió en castellano. Todo es en ellos igual, la nota, el color, el perfume, la luz; todo, incluso el triunfo alcanzado: triunfo que ya no puede tener á sus ojos los dorados resplandores de otros tiempos, pues la halló de nuevo triste, herida por el

Biblioteca de Galicia

mal, postrada y sin consuelo. Estas poesías, escritas al pié del río que baña los campos en que pasó su infancia y en los cuales se reflejan como en las ondas los paisajes que bordan sus orillas, están llenas de las antíguas amarguras que parecían presagiar los dolores que hoy la afligen. Las rosas de su niñez crecen en los rosales que cuida bajo los cielos amados, los vientos de la ría orean la vega, los montes que ve desde su ventana son los mismos que veía en otros tiempos; todo es igual, sólo que faltan alrededor suyo algunos séres, y en su corazón muchas esperanzas; sólo ella, siendo la misma, es distinta. En sus ojos no se refleja ya otra luz que la del mal que la consume y aniquila.....

....

Biblioteca de Galicia

SERAFIN AVENDAÑO.

Biblioteca de Galicia

SERAFIN AVENDAÑO.

¡Oh! encantadora y ya vieja sinfonía de *D. Pascuale!* Cuán alegremente resonabas en nuestros corazones de veinte años! Era en aquellas mañanas de invierno y de mi juventud, en que el sol inundaba el solitario café y el organillo hacía resonar á lo largo de la desierta sala las caprichosas notas que no puedo oir jamás sin tristeza y sin estremecimiento; de tantas cosas me hablan! Y como no, sí mi vida, semejante á los caminos que daban ingreso á la ciudad antigua está poblada de sepulcros que guardan las extinguidas amistades, los olvidados amores, los dias pasados para siempre, y me guardan á mí, que soy como un muerto que vive y como una sombra que pasa?

Los que hayan conocido el Madrid de los tiempos en que se oia misa de dos en el Buen Su-

Biblioteca de Galicia

ceso, y se agrupaban sobre el asfalto, los que querían ver pasar las estrellas de entonces, recordarán fácilmente aquel *Café de Levante*—resto tambien él, de otra generación—sobre cuya puerta se ostentaba la enseña pintada por Goya, y en cuyo interior, rebelde á toda innovacion, se veían las sillas de paja, las mesas de madera, los pequeños espejos, y el organillo, nuestro buen amigo de otros dias. Aun me parece tener delante de los ojos la estrecha sala, desierta en las primeras horas de la mañana, llena de silencio y de paz, como si fuese la de un pobre café de provincias, ofreciéndonos su asilo en las frias mañanas del invierno madrileño, claras, trasparentes, llenas de sol y de aquella alegría de que estaba tambien lleno nuestro corazón! Ah! quién nos devolvería aquellas horas pasadas para siempre, y aquellos cielos barridos por la inconstancia del tiempo!...

Todos los dias, en las primeras horas de la mañana, tres jóvenes, de los cuales el de más edad no había cumplido veinte años, entraban en *Levante* y se sentaban alrededor de la única mesa de mármol que había en el Café, y se hallaba colocada al pié de la ventana que el sol hería con sus primeros rayos. A guiarse por el aspecto de aquellos tres muchachos, podía desde luego decir el que los viese, que no eran de los más favorecidos por la fortuna, y que sus bolsillos, tan ligeros como sus corazones, no se veían llenos nunca, como no fuese de las seductoras esperanzas, á las cuales habían abierto de par en par sus almas juveniles. Muchas veces, terminado el frugal almuer-

Biblioteca de Galicia

zo, abandonaban el local; otras, eran las más, esperaban la llegada de otros dos compañeros. Eran estos últimos dos jóvenes, cuya franca alegría y mejor aspecto delataban á hijos de familia, en perfecta posesión de todas las comodidades de la vida, y sin temor á las privaciones que veían sufrir y que á veces pasaban con sus amigos, *por no ser ménos que ellos*. Era el uno nuestro Serafín Avendaño, y el otro Theodomiro, su hermano por la sangre, por el amor, por la comunidad de los gustos y la unidad de sus aspiraciones. Una vez juntos, ya no se separaban. Y así un dia y otro y siempre, miéntras la suerte no dispersó á los que no debían volver á reunirse en este mundo. Desde entónces ¡cuánto tiempo pasado! cuántos cambios sufridos! cuántos inacabables dolores y cuántas dichas pasajeras!.... Uno en la Habana, otro en Lóndres, otro en Genova, otro en la eternidad, y sólo yo, fiel á mis desgracias y á Galicia, recordando dias tan risueños y tan lejanos ¡ay! encerrado en mi soledad, escribo estas líneas para mi país y para mi dulce amigo, uniéndolos de este modo con un mismo lazo y en una misma gloriosa memoria.

* * *

De los cinco, cuatro habíamos nacido bajo estos cielos; pero Theodomiro y Serafín habían abandonado su tierra tan niños, que apénas guardaban de ella más que esos vagos recuerdos de la infancia que tanto tardan en borrarse, y que tan mal responden á la realidad de las cosas. Aficiones literarias llamaban á mi lado á Theo-

Biblioteca de Galicia

domiro; Serafín tenía por inseparable á Federico Ruiz, pintor como él, muerto como quien dice en el camino, cuando ya los primeros rayos de gloria descendían sobre su frente!...

Eran ambos hermanos, iguales en los gustos, en las tendencias y hasta en las aptitudes, pero disímiles en su aspecto exterior. Haz de nervios Theodomiro, á quien un temperamento bilioso daba, con las involuntarias tristezas, la eterna palidez de su rostro; Serafín al contrario era sanguíneo, y tenía la franca alegría de sus pocos años y de su ingenuo corazón. De hermoso rostro, recordaba por lo armonioso y puro de las facciones á Van Dyck, aunque las suyas eran más acentuadas y varoniles. Su pequeña cabeza se levantaba sobre un cuerpo alto y bien dispuesto, dándole por el tiempo á que me refiero, el aspecto de un Apolino: porque en su familia, la belleza y la inteligencia son tradicionales y como de raza. Todo en ellos respiraba la inocencia de su alma, lo claro de su entendimiento, la fuerza de sus facultades, lo sano y leal de sus intenciones.

Modestos, sin ambición, contentos con una dulce medianía, sin que los molestase nunca ni el ansia de la gloria, ni menos aun la de la posesión de la riqueza, viven en el arte y de sus gratísimas venturas, puesto que á ello les lleva una irresistible fuerza. Son como predestinados; no pueden escapar á la fatalidad de los dones que les concedió naturaleza. Estas son grandes. Hubiéranlo intentado, y serían dos nombres gloriosos. Llegará ocasión en que pueda dar á conocer en todo lo que vale, al inolvidable compañe-

Biblioteca de Galicia

ro de mis horas amargas; mas hoy, en que tan sólo debo hablar de un hermano, no lo haré sin consignar aquí—por si la muerte me sorprende antes—que no he conocido muchos hijos de Galicias más fieles al espíritu de sus gentes, que mi bueno, mi excelente, mi siempre querido Theodomiro. Sus versos, á pesar de las innegables negligencias de quien no les daba aprecio alguno, son nuevos, son extraños, son propios, y acusan una verdadera personalidad poética. Tristes y llenos de vaguedad y ternura, dicen bien claramente que su autor pertenece por entero á la región gallega y es de su sangre ensoñadora. Su música—porque ambos hermanos son compositores—tambien.

Si alguna vez, orillas del Támesis, ¡oh mi buen Theodomiro! piensas en aquellas horas tan llenas de luz, de sol y de esperanzas que no debían florecer; si recuerdas todavía las armoniosas notas de tus *Aureanas*, sábete que acá, en el país del cual vives ausente y en el corazón del que te consagra este recuerdo, resuenan á menudo, como un eco que viene á hablarme de lo que en mi es eterno y es inolvidable; los dias de nuestra juventud y los cielos sin mancha de nuestra vieja amistad.

* * *

Estaba entonces la pintura de paisaje en la más triste decadencia, por no decir en una muerte completa. Nuestro Villaamil era el único que á su manera, la sostenía y cultivaba. Apenas si los demás habian llegado á sospechar que no

Biblioteca de Galicia

constituían un paisaje el grupo de árboles convencionales, al pié de un charco en que bebian las vacas de siempre, y en el cual se reflejaba el imprescindible molino. Lo recuerdo perfectamente, porque me aterraron unos cuadros en los cuales nada de cuanto había visto y sentido y tenía como impreso en mi alma, se reproducía en ellos. Todo era falso: los árboles, las aguas. las ejanías, los seres que poblaban la extensión, la uz que la iluminaba; en una palabra, la viva naturaleza que trataba de reproducir. Ni siquiera qajo aquellos cielos serenos y trasparentes acert aban á darnos los ardientes ocasos de las tardes otoñales de Castilla. Y ¿cómo pedir á unos hombres que no habían visto ni estudiado el natural, que lo interpretasen en toda su intensidad y poesía! cómo que pusiesen en su obra algo de lo que tenian dentro de sí! como, en fin, que, comprendiendo que las cosas tienen sus lágrimas—*habent sua lacryma rerum*—como dice el poeta latino, y tambien sus alegrias,—nos hiciesen ver en sus cuadros algo parecido á la intensidad de sentimiento de Rembrant, á la trasparencia de los cielos de Claudio Lorena, á la dulce melancolía de Rupdael y hasta á la grave y austera verdad de los fondos de paisaje que el gran Velazquez pintaba!

En medio de tales insulseces, solo Villaamil, con sus atrevimientos, amplificaciones y arreglos era soportable, por mas que no fuese siempre verdadero. Su imaginación avasalladora, su paleta rica y abundante, la ordenanza de la composición agradable, y un color firme y graso, le

Biblioteca de Galicia

ayudaban á maravilla. La luz inundaba á torrentes sus cuadros, los lejos eran ricos de tono, la perspectiva más que aérea, las grandes masas daban, vistas á distancia, el resultado del modelo, prestándole las múltiples figuras con que poblaba sus lienzos una vida y animación especial.

Así y todo, la falta de otras condiciones esenciales hacían que sus cuadros agradasen, pero que no siempre resistiesen á la crítica. (1)

Sus discípulos le seguían en todo, y muy especialmente Federico Ruiz, que llegó á imitarle tan por completo, que apenas si sus dibujos, acuarelas y óleos de aquel entonces, se apartaban un ápice de la regla trazada por el maestro. La misma caprichosa manera de ver el natural; la imaginación haciendo las veces del sentimiento; la fantasía supliendo el estudio é interpretación de la naturaleza; los mismos tonos ardientes, y azules lejanías, y los cargados ambientes, los acusados peñascos y las aguas profundas. Todo igual: era una nota repetida hasta la saciedad.

Serafín, que formaba entre los adeptos, veía y callaba; pero en su interior se preparaba á la re-

(1) Villaamil es tambien una de nuestras más puras glorias. Por el tiempo en que vivió, por su obra, por las circunstancias todas de su vida, no pertenece al ciclo que yo llamo de los *Precursores*; pero merece, sin embargo, que se le conozca, y aun más en su tierra. Fué nuestro primer paisista, y tiene carácter propio. Su imaginación era grande, grandes sus dotes; sus obras, para el tiempo en que las produjo, notables bajo todos conceptos. Fué el primero que hizo ver, por su exuberancia y fecundidad, que á estas provincias del N O. no les estaba vedado, como aseguraban algunos, el cultivo de la pintura Fué un maestro completamente original, así como su discípulo Avendaño, por completo realista.

Biblioteca de Galicia

belión. Tenía ansia de sacudir el yugo, y de apartarse del camino seguido hasta entonces. Una circunstancia especial apresuró el rompimiento. Su amistad con Federico, el predilecto del maestro, era de las más leales: descansaba en dos corazones de oro. Juntos hacían sus estudios, juntos visitaban el Museo, juntos marchaban por el camino del arte, en busca de un mismo fin y de igual gloria. El uno, vivo y pronto, como hijo de otros cielos; el otro, meditabundo y reflexivo, como cosa que tan de cerca nos tocaba. Se completaban. Comunicándose sus impresiones, iban formando su inteligencia y disponiéndose para el triunfo. Era imposible que dejasen de ser uno mientras viviesen. Comunicándose sus reflexiones, iban formando su inteligencia y disponiéndose para los futuros combates y asimismo para el triunfo. Esta amistad, que solo pudo romper la muerte, fué sin nubes y sin sospechas, como cosa de dos almas que se buscaban. Federico, ejercía sobre su amigo una influencia decisiva, no tan solo porque Serafín tenía en mucho las obras de su amigo sino también, porque siendo hombre sin envidia ni recelos, veía con mejores ojos las obras de aquel, que las suyas propias. Pero esta dulce amistad, único lazo que le ligaba á su maestro, no fué bastante á retenerle en su estudio. El dia en que su inseparable partió (2) fué el último que Villaamil vió á su díscipulo.

(2) Tenía 19 años cuando se le encargaron las decoraciones y demás obras de pintura del teatro de San Sebastian. A esta ciudad pasó, con tal motivo, abandonando Madrid, por breve tiempo.

Biblioteca de Galicia

Como aquel que, al abandonar la ciudad que aborrece, sacude el polvo de sus sandalias, así nuestro artista. Todo lo dejó en el estudio de su maestro. Operóse en él una revolución en el modo de ver y pintar la naturaleza. Propúsose una nueva vida, y se prometió no seguir otro camino más que el del estudio del natural y su sola y para interpretación. Le parecía que si toda obra de arte debe tener por objeto reproducir la verdad en toda su exactitud, la pintura de paisaje con mayor razon que ninguna otra. Todo lo que pierde en importancia frente á frente de la figura, debe ganarlo en una más completa y perfecta manera de interpretar la naturaleza, y trasladar al lienzo sus sublimes escenas.

.˙.

Tal vez parezcan ociosos estos detalles, y se crea que sobraba con algunas líneas generales ó unas cuantas reflexiones breves y sintéticas, para dar al lector una idea del cómo y por donde aquel jóven inspirado llegó por su sola voluntad á la plena posesión de sus facultades pictóricas. Yo mismo lo entendería así, si no creyese de suma utilidad para el pais gallego que nuestros artistas tengan á su hora un ejemplo que seguir, una conducta que imitar, más aún, una regla á que atenerse. Estas cosas nunca están demás, sobre todo allí donde la noción y conocimiento de la obra artística es tan insuficiente y tan errónea. Hay gran necesidad de ir formando un público, educándolo para el goce y posesion de esta clase de trabajos. No es por lo tanto inútil dar á conocer

Biblioteca de Galicia

los esfuerzos hechos por los escogidos, contar las luchas que sostuvieron, las dificultades que hubieron de vencer, poner ante sus ojos la realidad de la ruda tarea que emprende el artista antes de producir algo que sume en la pequeña cantidad de las obras de importancia que se poseen. Es necesario que no se ignore que esta via dolorosa es difícil de recorrer, y no como se piensa, fácil y cubierta de rosas. Que se necesita algo más trabajoso y duro y lento, que el de dejar á las facultades naturales el cuidado de la producción; y por último, que estas mismas facultades, por grandes que sean, no son fértiles de por sí, sino gracias á una dirección conveniente y á un estudio y trabajo material contínuo. Por algo son estimables y se cuentan estos combates; por algo se dicen gloriosos los vencedores en ellos.

Nuestro amigo lo sabe mejor que ningun otro, pues tanto la pintura de paisajes como la acuarela que fueron las dos grandes preocupaciones de su actividad por aquel tiempo, estaban en una eterna infancia, y necesitó por lo mismo para formarse y luchar con las dificultades de toda iniciación, gran fuerza de voluntad y una perfecta conciencia de la importancia de la obra que acometía.

Por instinto, pues era un niño casi y nada había visto que pudiese despertar en su alma ciertos deseos, entregóse de lleno al estudio del natural. El lo sentía con toda fuerza é intensión. Comprendia sus bellezas y anhelaba trasladarlas al lienzo con la misma verdad y vigor de que están llenas; y esto por propio movimiento, con

Biblioteca de Galicia

una convicción profunda, sin que nadie le alentase, ni viese á su alrededor cosa que le moviese á tanto.

El resultado fué cual debía esperarse. Sus composiciones tomaron desde luego aquél aire y sencillez que caracteriza cuanto deriva de las puras fuentes de la realidad. No diré yo que las obras que entonces salieron de sus manos eran cosa notable; no podían serlo, sobre todo tratándose de quien se apartaba de lo admitido y tenía que formarse y adquirir un estilo. Aquel jóven que apenas había visitado las escuelas, y que tan pronto dejaba al maestro, se veía á cada momento detenido por los obstáculos que hallaba al paso. Poco á poco los fué venciendo, y cuando su amigo volvió despues de un año de ausencia, quedó admirado de la transformación y se declaró su discípulo. Antes que Haes trajese á España una idea de lo que eran paisajes, cómo se sentían é interpretaban fuera, mis dos amigos habian ya entrado por aquellos caminos. Antes que otros más afortunados hubiesen dado carta de naturaleza entre nosotros, á la acuarela, Avendaño la había cultivado con tal éxito, que cuando pasó, poco tiempo despues, á los Estados-Unidos, era ya un artista y sus obras tenían carácter propio y marcadísimo.

* * *

Se comprende. Serafin pintó á la acuarela casi todos sus estudios del natural y mostró desde un principio tan gran predilección por esta clase de pintura, que durante largo tiempo no

Biblioteca de Galicia

produjo, al óleo, más que pequeñas y muy escasas obras. No eran ciertamente sus acuarelas tales cual hoy las pintan muchos; al contrario, se detenían en sus verdaderos límites, pues siempre les repugnará, pese á todos los éxitos, luchar con el óleo y tomar sus apariencias. Tampoco eran lo que se dice una *iluminación*, ni menos se presentaban á la manera que algunos de su tiempo las entendían y practicaban, trayendo á la memoria, por sus procedimientos y su aspecto total, el papel pintado. Sin llegar á las exageraciones actuales, sabía lo que hoy se ignora, á pesar de lo mucho que han adelantado en la factura esta clase de obras. Las que salían de sus manos tenían la frescura que les es propia y que rechaza los retoques y raspaduras; tenían la transparencia y el ambiente de las perspectivas bien sentidas, la energía y el valor que en vano se busca dando á la aguada cualidades que no le son propias. En su modestia y sencillez está la acuarela por la simplicidad de los medios y por una cierta negligencia aparente, que da á esta obra pictórica el aspecto de una dichosa improvisación.

Yo no sé si esto lo sentía mi amigo por propio movimiento, ó si era que no quería llevar más allá sus esfuerzos y tentativas. Me basta saber que él, despues de visitar los Estados-Unidos, y habiendo vivido y pintado en Lóndres, verdadero emporio de la acuarela, conociendo las obras de los grandes pintores ingleses y habiendo estudiado la manera de gran parte de ellos, siguió tratándolas como siempre, esto es, como un auxiliar para el estudio del natural, como modo

Biblioteca de Galicia

fácil de acostumbrarse y adquirir la seguridad de los toques, como una preparación, en fin, y no como obra á la cual el artista debe consagrar todos sus esfuerzos. Prueba de ello es, que tan pronto se creyó en estado de empezar su vida de pintor, prefirió el lienzo al papel watman y á los wate-colours, la pintura al óleo. Y no es ciertamente que sus acuarelas merezcan el olvido y no pasen de apuntes y estudios sin más mérito que el propio de semejantes trabajos. Poseemos de su mano, entre otras, una vista de las cercanías de Portland Maine en los Estados-Unidos, que data del año 1860, notable por la franqueza, verdad y hasta poesía con que está pintada. De una tonalidad completa, sencilla en los medios, sin realces ni raspaduras, hija de un procedimiento personal, se distingue por la percepción del espacio y la hábil disposición de las masas. Sin buscar el efecto, es de una realidad que pasma. Aquella dilatada campiña cubierta por los últimos rayos del sol poniente, aquel río amplio y profundo en que se reflejan las tintas del ocaso, están llenos de la soledad de los lugares inhabitados y tienen toda su salvaje grandeza. La vida flota sobre la tierra desnuda y sobre las aguas dormidas. Hay ambiente, hay términos y lejanía, tan admirablemente reproducida, que sin gran esfuerzo puede el alma ver tras aquel horizonte en que se destacan como puntos azules y luminosos las selvas vírgenes, dilatarse de nuevo el espacio y tenderse la llanura.

Al notar cómo nuestro Avendaño se forma por sí solo, apenas posee los elementos necesarios

Biblioteca de Galicia

para dar comienzo á la empresa; al ver como Cendon, como Gil, antes que todos, y hasta el mismo Villaamil, se hacen pintores fuera de las Academias y de los círculos de enseñanza; al notar como todos nuestros artistas parecen dotados de una cierta personalidad que les lleva irremisiblemente á ser ellos y nada más que ellos, no hay otro remedio que pensar que, si bien puede entrar por algo nuestro carácter reservado y un tanto levantisco, no por eso debe desconocerse que hay en el artista gallego un elemento de originalidad poderosísimo, que le obliga á buscar por sí sólo lo que desea y á realizar por los propios medios aquello con que sueña. Parece que no gusta de los caminos por donde van todos, y que busca el que le corresponde y estaría bien que siguiese.

Para mí nada más cierto que en el arte, como en la poesía, como en todo aquello que es hijo de la inteligencia ó del corazón, la raza gallega se diferencia esencialmente de las del resto de España. Y aunque hemos tenido pocos pintores, y por sus obras no es dado juzgar todavía del carácter y tendencias de nuestros artistas, no me cabe duda, pues he presenciado los comienzos de los que más valen, que hay en ellos un no se sabe qué de personal y activo, que no necesita otra cosa para producirse, que la hora propicia, inteligentes que juzguen, público que anime y protección para todos. Porque ¿basta acaso decir que á este país sólo cuadra el cultivo de las artes manuales y que no tenemos nada que ver con las de imaginación? Para los que creen que estas no florecen sino en los países meridionales, y que

Biblioteca de Galicia

bajo los tristes cielos y dentro de las ciudades comerciales é industriosas nada tienen que hacer poetas y pintores, bastará recordar que Bélgica y Holanda, que no gozan ni conocen los claros horizontes italianos, han tenido los únicos coloristas capaces de sobrepujar á los venecianos, y que Inglaterra es patria de insignes pintores y de los primeros poetas del mundo.

Por de pronto puede afirmarse que nuestros artistas, buenos y malos, poseen el color como por instinto. Este cielo azul y sereno á veces, triste y brumoso otras; estos mares, vestidos con todos los cambiantes de sus olas; estos jardines, siempre cargados de flores; estas aguas trasparentes, estos árboles verdes como nuestras praderas, y estos valles cubiertos de una eterna vegetación; estos horizontes diáfanos, á la vez heridos por todos los rayos de luz y envueltos por todas las sombras, hacen que la vista se acostumbre á los tonos enteros y á los velados, sin que incline nunca ni á la crudeza del color ni á la vaguedad y lo incierto de las formas. La variedad de los espectáculos es grande. Una extensa marina, y numerosos puertos con sus naturales escenas, las del campo y sus ruidosas fiestas, las de las ciudades, originalísimas, la gente y sus trajes de colores brillantes y llenos de vida, ah! como hubiéramos tenido pintores, cuadros, arte, en fin, á poco que lo deseáramos! Qué fácil nos sería, teniendo artistas, tener un arte que reflejase, como ya lo está haciendo la poesía, nuestro carácter á la vez entusiasta y recogido!

No sé qué suerte tiene el cielo reservada á este

Biblioteca de Galicia

país y á estas gentes á quienes amo, porque conozco los tesoros de sensibilidad y poesía que se encierran en su corazón; pero tengo la profunda convicción de que bastaría una firme voluntad y una buena dirección en los espíritus, para que Galicia conquistase pronto en España el puesto de las provincias directrices. Así como tenemos la fuerza y el número, tendríamos también la inteligencia: que algo hay en esta de femenino que pide para ser sólida y creadora, vaso duro y enérgico que la contenga y la dé algo de su virtud y de su virilidad. Allí donde las multitudes poseen por entero las facultades que distinguen al hombre superior, no se necesitan mayores esfuerzos para que se produzcan los grandes nombres y se dejen ver los genios. ¿Porqué nos detenemos? El tiempo apremia. Hoy marcha todo, aprisa, como los muertos de la balada. Yo mismo arrojo en el papel aquí y allá, sin tiempo para darles forma, los pensamientos que me asaltan. No quiero que pasen y se pierdan, y les doy la fuerza y vigor de la palabra escrita.

Dejad, dejad que los campos sigan poblados de árboles y de hombres, pues estos últimos amarán siempre las augustas soledades en que viven y los aires que en ellas se respiran; cuidad tan solo de crear dos ó tres grandes centros á los cuales afluya la vida, el pensamiento, la energía del pueblo gallego. Que se conozca de una vez, que se penetre de su propio valer y se sienta á sí mismo y lo demás será fácil.

—Sobre todo, amad á los hombres de imaginación y cuidad de sus obras!—puede decirse, imi-

Biblioteca de Galicia

tando una frase célebre, á las gentes que dirigen nuestros destinos y parecen dar con palabras y obras una peligrosa predilección por lo que llamamos intereses materiales. Los pueblos, mejor aun que el individuo, tienen su alma y piden consuelos en las legendarias tribulaciones que les afligen y algo que llene el inmenso vacío que los desencantos actuales dejan en el corazón de los que no conocen más que los goces terrenos.

***

Después de visitar los Estados-Unidos y de vivir algun tiempo en Lóndres, Serafin volvió á Madrid en los momentos en que se anunciaba la oposición á la pensión en París para el estudio de la pintura de paisaje. Presentáronse á disputarla, Martín Rico, hoy con nombre europeo, y nuestro amigo, cuyas obras no desdicen por cierto de las de su compañero, por mas que no le hayan alcanzado todavía ni sus triunfos ni sus felicidades. Lo que se les señaló para pintar fué una vista del pequeño lago de la Casa de Campo y aunque Avendaño apenas había trabajado en la pintura al óleo, presentó, sin embargo, un cuadro en que la dulzura y suavidad de los detalles no dañaban en lo más mínimo al conjuuto de la obra. Era esta fresca, agradable, armoniosa, llena de sentimiento, de una paz y sosiego que se reflejaban en el cielo y en las aguas; y de una factura tal, que el jurado, indeciso,—y sólo teniendo en cuenta otras consideraciones,—votó por Martín Rico, aunque no sin hacer presente al ministerio que ambos opositores eran dignos de la pro-

Biblioteca de Galicia

tección del Estado. En vista de este informe, los dos fueron pensionados.

Desde entonces le perdimos. Ni volvió más á España, ni sus obras pasaron dos veces la frontera. Así y todo, el cuadro enviado á una de las pasadas exposiciones, aunque huérfano de todo amparo, llamó la atención de los inteligentes y mereció alcanzar un puesto en las salas del arte contemporáneo del Museo de pinturas, y eso que no es lo mejor ni más característico que produjo su pincel. Allá léjos, en la risueña Italia, y dentro de los muros de Génova, que parece haber escogido por segunda patria, pasó el pintor los más felices dias, produjo sus mejores obras, y se adelantó á mayores empresas, puesto que tras largas y victoriosas tentativas, logró ensanchar el círculo en que se movía, adquirir nuevas facultades, crearse un estilo, y dando vida á una nueva escuela, poner su nombre al lado de aquellos siempre recordados, que abren al arte nuevas sendas y lo llevan hacia mejores destinos. Hizo más; dejó de cultivar tan sólo el paisaje y pintando las inimitables marinas y cuadros de género, que se deben á su pincel, logra presentarse á nuestros ojos bajo un nuevo aspecto y como artista de dobles facultades. Serafin, que dudó mucho tiempo antes de decidirse á tratar la figura, la abordó al cabo con verdadera resolución, logrando vencer las dificultades todas que se le presentaban para su perfecto desempeño.

Los cuadros que produjo durante los mejores años de su vida son muchos, y le conquistaron una sólida reputación. Desde la *Catarata del Niá-*

Biblioteca de Galicia

gara; tomada del natural, que fué su primera obra de dimensiones, hasta la *Vista del lago de Como*, hay un mundo de diferencia. El primero, aunque reproduce el natural con entera verdad, parece, á pesar de todo, hijo de aquella especie de clarividencia que hasta en los llanos de Castilla le permitía soñar con las frondas siempre verdes de los campos gallegos. El segundo es ya la obra de un artista que se posee: la luz ilumina las aguas y les da toda la trasnparencia y brillo de los cielos meridionales.

Los que han visto la mayor parte de sus obras, pues yo no fuí tan feliz, confiesan que en algunas de ellas no sólo imprimió el artista el sello de su talento como pintor, sino que puso tambien toda su alma y las grandes tristezas que le devoran. Citan como cosa acabada, bajo el punto del sentimiento, un cuadro alto, *Efecto de luna*, nublada, iluminando unos pinos de Italia, de una melancolía tal, que se trasmite al espectador y le gana por entero. No es menos bello y expresivo un paisaje con mujeres atravesando un río de corriente clara y diáfana, á través de la cual se ven las piedras del cauce y se percibe el movimiento de las aguas. La *Procesión en un dia de tempestad* se presenta tambien con bellezas de primer orden. Vése el pueblo á lo lójos y la comitiva marcha por la carretera con el aire y la prisa que puede suponerse. Todo en este cuadro está perfectamente comprendido y calculado, y es de una ejecución digna de un maestro. Como tal, le tienen ya en Italia, y por eso no faltan nunca sus obras en las exposiciones celebradas en su

Biblioteca de Galicia

nueva patria. En las de Génova es siempre su gloria y ornamento. Se le mira y cuenta como uno de sus ciudadanos: jamás se le regatean los aplausos ni hacen ménos sus triunfos (3). De cuando en cuando llega hasta su patria el rumor de las victorias que consigue léjos de ella. Cuán alegremente resuenan en nuestro corazón y cuánto nos entristece no presenciarlo!

Celebrábase la exposición de Milan de 1871, en cuyas galerías el arte italiano y las mejores obras de sus principales maestros se dieron cita y nuestro amigo concurrió tambien. No presentarse, sería desertar cobardemente del puesto de honor que los genoveses le han designado en el arte contemporáneo. Aunque no tenían entrada en la exposición más que los cuadros de artistas de *nacionalitá italiana* (4) abrióse, sin embargo, la puerta á los suyos y allí estaba al lado de sus mejores amigos y discípulos, para atestiguar la influencia que ejerce sobre el arte genovés. Sus marinas *Bagni á Livorno y Scogliera* y un cuadro de género *In campagna, Al mare* y *Riva al mare.*

No son éstas las únicas ni las más principales obras de su pincel. Otras de más empeño andan

---

(3) Los periódicos italianos tienen siempre para las obras de nuestro amigo los más entusiastas elogios. Ocupándose *La Italia* de uno de los cuadros de Avendaño, titulado *Scogliera, presso Quarto*, que fué presentado en la *Academia ligustrica*, dice de él que lo ilumina «un brillante sol de agosto, siendo escasísimas las sombras y por lo tanto mucho mayor la dificultad de hacer sobresalir la luz sobre todas las partes del cuadro »«Con la luz, añade más adelante, se percibe el aire y este (milagro del arte) pasa por todas partes, aunque cada figura y cada escollo están acentuados con sumo cuidado.» Larga tarea sería el describir ahora los más impor-

Biblioteca de Galicia

en poder de *amateurs* distinguidos y dueños de galerías, pues aunque tarde, entraron al fin en el mercado francés, rehacio en admitir lo que no se produce bajo su cielo. Uno de sus cuadros fué pagado en cinco mil francos, suma no muy excesiva si se tiene en cuenta el precio que alcanzan en París obras que la moda proclama y la moda tambien desdeña y olvida á su hora; pero suficiente, si se tiene en cuenta lo que hace en estas cosas el herido orgullo de algunos pintores y el charlatanismo de sus *marchands*. El aprecio con que empiezan á mirarse los trabajos de un artista que no es ni vano, ni ambicioso, ni le agradan las exhibiciones, ni busca los reclamos, dice todo en su favor y acusa las cualidades reales y efectivas de sus trabajos.

En su casa de Quinto al mare, en la aldea de la montaña, cerca de la posesión que el maestro

---

tantes párrafos de un artículo que tambien nos da á conocer el cuadro, el estilo del artista y las cualidades de éste, más sobresalientes. Sobra con decir que, según el crítico italiano, nuestro Avendaño posée un «toque ámplio, franco y libre» y que *«pasa por jefe de los pintores realistas italianos de marina y paisaje.»* Qué mayor gloria!

(4) Habiendo concurrido á la exposición artística de Turín, tuvo gran ocasión de conocer lo leal de las afecciones con que le distinguen sus amigos. Habiendo el ministerio de Instrucción pública de Italia acordado adquirir los principales cuadros expuestos, quedaron olvidados los de mi amigo, por ser debidos al pincel de un extranjero. Con este motivo la prensa italiana se puso de su lado y dijo, como el *Corriere della sera* que se publica en Milan, que «Avendaño spagnuolo di nascità ma ormai italiano di vita, di arte, di elesione, *uno di quegli maestri* che é onore onorare» merecia que en su obsequio hiciese el ministerio una excepción, y adquiriese algunas de sus obras. No lo afirmo, pero tengo entendido que aquel gobierno, teniendo en cuenta la opinión general, no se negó á tan justos deseos, y que las obras de Serafín figuran hoy entre los demás maestros italianos

Biblioteca de Galicia

Verdi, su gran amigo, ha denominado *La Traviatta* y que Serafin ha reproducido con toda la belleza de aquellos agrestes lugares, pasa sus dias, si no en paz, contento al menos con su medianía, compartiendo las horas de su soledad entre los pinceles y la música, viendo cómo pasan las horas, los sucesos y los hombres y esperando en una dulce tranquilidad, no exenta de amargura, la hora suprema de decir adios! á cuanto ama. Porque nuestro artista, hallándose como quien dice en la mitad de la jornada, se empeña en creerse á su fin. Estos tristes pensamientos son hijos del estado de su alma y de la realidad de los sufrimientos morales que le afligen. La discreción no permite levantar ciertos velos, ni proyectar sobre algunas existencias la más leve sombra: bastará decir que aquel amor inmortal que cantaron los grandes poetas italianos, le cogió en sus verdes años dentro de los muros de la vieja Génova. Hechicera como Armida, nacida al pié del golfo y hablando la lengua del Tasso, tiene todas las cualidades para que el amor que inspire sea eterno ó imperecedero su recuerdo.....

Volverá nuestro amigo á España, á su rincón de Galicia, á la vieja casa solariega y á la contemplación del extenso panorama que desde ella se descubre? Volverá al amor de los que no se cansan de recordarle y á la admiración de los suyos? Aun le aguardan el puerto, las islas, las olas del Atlántico, los árboles siempre verdes que rodean su morada, las flores eternas de los jardines de su pátria. Podrá desde la altura, el dia que las tristes memorias como palomas mensajeras

Biblioteca de Galicia

traigan á su corazón el rumor de los campos de Italia y con ellos todo su pasado que debiera ser eterno, decir á la nave que pasa y al pájaro que vuela sobre las ondas y á la nube que cubre el horizonte:

--Entre dos tierras igualmente bellas comparte mi corazón sus simpatías. Cuando veía las olas del Mediterráneo romper silenciosas en los puertos de Ausonia, pensaba en el océano, cuyos graves rumores en llenaban aquellas mismas horas las costas solitarias de mi país natal. Hoy que vivo en la pequeña ciudad y en medio de sus jardines, echo de ménos los que pueblan los alrededores de Génova, pienso en su puerto, en sus palacios de mármol, en la casa de la montaña, en mi retiro de Quinto al mare, en mis amigos de los dias felices, y sobre todo en aquellas auroras que ya no han de encenderse para mí. ¡Ah! no se tienen en balde dos pátrias!

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

BENITO VICETTO.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

BENITO VICETTO

Más feliz que Plácido, que al ir á morir lloraba llevarse un mundo en la frente, bajó Vicetto al sepulcro con la firme creencia de que dejaba á su país un mundo de ideas: convencido profundamente de que había traido al suelo gallego un trascendental destino, ha muerto satisfecho de su realización.

C. Placer. BENITO VICETTO.

Los antíguos caballeros no herían jamás al enemigo caido!....—me dijeron, como quien intenta detener los golpes de una hacha que ya no puede romper más que las losas de un sepulcro.

Inútil advertencia! No!..... ni él ni yo fuimos enemigos; era imposible. Lo impedía un mundo de recuerdos. Nos separamos, llevándolos vivos y eternos en nuestro corazón. Constituían un imborrable pasado y formaban parte de nuestra vida: no podíamos arrojarlos léjos de nosotros y

Biblioteca de Galicia

como cosa inútil. La hora de la separación no equivalía á la del olvido, ménos todavía á la de la declarada enemistad, entre los que habiendo sido camaradas y calentádose al fuego de un mismo vivac, seguían amando los ideales de siempre y combatiendo por ellos. Ni rivales, ni enemigos! ántes soldados y compañeros que, no por cobijarse cada uno bajo distinta tienda, desertaban de la causa que servían. Por mas que parecíamos adversarios, no lo éramos; marchábamos á la sombra y amor de la bandera que en otros tiempos nos había unido.

La inconstancia de las cosas humanas abrió, es cierto, entre nosotros, un verdadero abismo, mas no lo envenenaron ni hicieron mayor las cóleras que á su hora levantaban en nuestro corazón las contrariedades y los recelos de la vida. En el fondo de todo, más había en Vicetto despecho que aborrecimiento; en mí la firme seguridad de que ya no podíamos ser el uno para el otro lo que habíamos sido en mejores días. Si algún rencor me guardó, fué porque creía que yo le había olvidado, desertando de las filas que él mandaba.

—Conozco, me decía en una ocasión, que los dos somos uno, que el dia de la separación, si llegase, sería un dia de muerte para ambos.—Por eso, cuando veía mi apartamiento, ni lo comprendía ni me lo perdonaba. Le parecía que faltándole yo, le faltaba algo; que sin mi concurso no realizaría jamás los sueños de su vida. Verdad ó mentira, superstición ó presentimiento, él lo pensaba así. En su inocencia de las cosas del mundo, se

Biblioteca de Galicia

preguntaba irritado, qué viento enemigo nos había separado para siempre. Murió sin saberlo ni sospecharlo siquiera: él, que creía habíamos nacido para hacer juntos y en paz el camino de la vida! (1)

No acertaba á comprender que nos había pasado lo que á aquellos inseparables, que cuando se apartan es para siempre, pues conociéndose bien, saben que es imposible renovar la antigua confianza y las perdidas afecciones. La más leal amistad nos unió por largo tiempo; una vez rota, no hubo, al ménos por mi parte, fuerzas humanas que me hiciesen reanudarla. No estaba en mi mano; era instintiva la repulsión; mas debo confesar que del muerto cariño quedó siempre en mi alma lo bastante para perdonar todo al amigo de otros dias. Pero nada más que perdonar!..... Tal vez queria él otra cosa, algo parecido al ódio, ya que no era el antiguo compañerismo; pero ni el ódio ni el amor eran posibles. Por mas que en su corazón apasionado y violento había siempre un hueco reservado para mí, yo no me apresuraba á ocuparlo; y viéndolo así Vicetto, sus iras se levantaban y crecian turbulentas y la explosión de

(1) Un sentimiento de delicadeza, de que todavía temo que se me crea exento, me veda consignar en este breve trabajo cosas que, por lo mucho que me honrarían, es posible que se dudase de su exactitud. Si la publicación de una carta, en que el alma de Vicetto se muestra tal cual es, y tan sólo á uno, no fuese para mí cosa más que vedada, indigna, puedo decir que la inserción en este libro de la que me dirigió desde Granada con fecha 25 de Julio de 1863, bastaría para librarme por completo de las odiosas calumnias que sobre mí cayeron á propósito de mi ruptura con un escritor al cual me había unido durante largo tiempo, la más leal y la ménos interesada de las amistades

Biblioteca de Galicia

sus infantiles rencores no se hacia esperar. No habiéndome conocido nunca, llegó á creer que lo que me detenía era una triste rivalidad, un altivo sentimiento de desprecio, cuando menos indiferencia. Nada de eso! Sabiendo yo que su alma era tan movediza como las olas, y que en ella las impresiones del momento lo podían todo, me negué siempre á atar los rotos lazos, porque sabía que bien pronto habían de romperse de nuevo. Había conflicto en nuestro modo de ser, de pensar, de ver las cosas!.....

Yo prefiriría no hablar de Vicetto, á tener que hacerlo de este modo, entre el temor de la mentira y el de la sospecha. Pienso además que no podré ser todo lo justo que se necesita, ya hable, ya calle, ya me incline á la benevolencia, ya sea severo con él, porque en mi vida hay mucho de la suya cuya revelación me está vedada, y que, sin embargo, sería necesario conocer para que así se comprendiesen mejor muchas cosas. Pero ¿cómo hablando de los demás pasarlo en silencio? Esta injusticia sí que sería cruel y mayor que todas. El mismo, si viviese, prefiriría unas cuantas páginas, sangrientas, terribles, bañadas en el agua amarga de los aborrecimientos, al frio y desdeñoso silencio. No, el silencio nunca! Desde el sepulcro en que duerme su sueño de paz, cuando ya su alma ha descorrido los velos que nos ocultan lo inmaterial y se conocen mejor los secretos impulsos de nuestro corazón, él me agradecerá estas breves líneas. Era de los que dicen:—Háblese de mí aunque se me injurie, porque eso es estarvivo!—y él sentía el olvdio, más que la muerte.

Biblioteca de Galicia

Si allá tras de los espacios hay conciencia de la vida que acá llevamos, si entre lo que tanto amó en este mundo y en su vida super-natural hay una corriente misteriosa que enlaza ambas existencias, yo bien sé que se regocijará su sombra, al ver que le recuerdo, en este momento, que le asiguo un lugar y le vuelvo á su puesto y hablo de él cuando ya le cubren todas las sombras. Lo merece. Fueran los que quisiesen sus defectos, es uno, tal vez el más entusiasta y el que más contribuyó á la gran obra cuyas manifestaciones palpitan en estas páginas. En mí sería una verdadera infamía el negarlo. Toda su gloria daba por ser el primero en la generosa cruzada por él emprendida. Podía darla!..... Toda su fuerza, toda su importancia como escritor la sacó de aquella idea que, como ningún otro, extendió, afirmó, hizo querida y la creyó posible.

.*.

Coneso que los mejores años de mi juventud se hallan tan por completo unidos á todo lo suyo, que me es imposible hablar de Vicetto y de su obra, sin que parezca que al escribir de su vida, me complazco en reflejar la mia. Mas ¿cómo referirme á unos dias para ambos llenos de luz y de hermosas perspectivas, sin que se levanten en el alma los alados recuerdos, sin sentir que algo dentro de mí se renueva y alienta, que aquellos cielos apagados se encienden otra vez, que aquellas auroras sonrientes despliegan de nuevo ante mis ojos sus colores inmaculados?...

La primera vez que leí *Los Hidalgos de Monfor-*

Biblioteca de Galicia

te (2) fué lejos de la patria, en medio de las soledades del *Retiro*, preso el corazon de indecibles tristezas, y en los momentos en que era más viva la axaltación de mi amor por el pais natal. Eran las dulces mañanas de Mayo, cuando las lilas en flor y los frescos airecillos me traían á la memoria los rumores y el color de los campos gallegos: cuando el ruido de las aguas, los rayos de sol que se filtraban por las ramas no cubiertas todavía con todas sus hojas, poblaban de misterios la vieja y dilatada avenida. Voces y risas juveniles se oian á lo lejos y cerca; pasaban al lado del solo, los que, como yo, tambien vivian en la soledad de sus pensamientos y los que iban alegremente deshojando sus dias y sus amores, bajo las alamedas y por entre los jardines cuajados de rosales. Todo hablaba á mi alma de las cosas que tenía dentro de sí, y la lectura de aquel libro levantaba poco á poco de su sueño.

Recuerdo todo; la hora, el sitio, y la manera eficaz con que iban tomando ante mis ojos evidencia y vigor los personajes y se grababan en la memoria escenas y lugares: cómo me traian el aire y la vida de mis gentes y de mi pais. Lo que no sabré decir nunca con entera verdad, es el influjo que aquella novela ejerció sobre mi espíritu y de qué modo fué su autor para el neófito, un revelador y un profeta. Era completa la renovación del pasado, interesante el undo de la fá-

(2) Edición de Sevilla, 1851—1 vol 16º.—Hizo despues otra edicion en 4º en La Coruña, otra en Madrid, quees la mejorde todas, y por último *El Imparcial* la publicó en su folletin meses antes de la muerte de su autor.

Biblioteca de Galicia

bula, los caractéres acentuados, la narración rápida y feliz. Cuadros y pasiones se iluminaban y vivían en sus páginas, encarnándose en mi corazón violentas y vencedoras. Cómo no amarlas? Si alguna vez un escritor rindió á otro el espontáneo homenaje de su admiración, esta fué una: si hubo momento en que un alma creyese ver realizados sus sueños, fué aquel felicísimo en que, bajo los árboles y al rumor de la fuente, leí un libro tan lleno de las esperanzas y emociones de mi juventud. Desde entonces mi mayor cuidado fué darlo á conocer á cuantos tuviesen ojos para ver y oidos para oir (3). Me parecía que de este modo hacia amar á mi Galicia con la misma intensidad de afecto; me parecía tambien que así daba carta de naturaleza en el país á un libro que, siendo todo suyo, lo desconocía por completo. Es mas; creo que el mismo Vicetto no se afirmó en su obra hasta que la vió consagrada por los primeros elogios, aceptada por las espontáneas concesiones de la crítica.

Unidos desde este momento, en espíritu, no

(3) Era yo redactor de *El Correo Universal*, cuando con ocasión de ocuparme de la novela de Alarcon *El Final de Norma*, hablé de *Los Hidalgos de Monforte* con el entusiasmo que este libro me inspiró siempre. La *Gaceta* reprodujo mi artículo, y en esta hoja oficial lo leyó Vicetto. Pasó tiempo y él ignoraba quien fuese el autor de unas líneas que tanta felicidad llevaron á su corazón. Mas leyendo otros trabajos mios en *La Iberia*, y creyéndome por esto mismo un hombre político, se ocupó de mi en este sentido en *El Clamor de Galicia*, periódico que él dirigía y era de los pocos que seguían sustentando, si bien con recelos y tibiezas, la causa iniciada en *El Porvenir*. Con tal motivo se cruzaron nuestras primeras cartas (Mayo de 1856) estando próximo á terminar el curso académico y por lo tanto cercana mi vuelta á Galicia y nuestro conocimiento personal.

Biblioteca de Galicia

tardamos mucho en estrechar de hecho una amistad que ya en sus comienzos prometía ser eterna.

.....

Por fin llegó para mi la hora tan deseada de tornar á Galicia y conocer á Vicetto. Mi primer cuidado al poner los piés en la Coruña, fué el de visitar al que ya contaba como el mejor de los amigos: tenía prisa de estrechar la mano que tan fraternalmente me habían tendido y de decir á otro corazon como el mio, que tenia un hermano más.

Y fuí!... Pintar su asombro al verme, sería llevar más allá de lo debido esta clase de confidencias, por mas que no fuese inútil recordarlo, pues en algo influyó en sus posteriores sentimientos. Yo no sabré decir, si fué desencanto, si alegría; si esperaba que yo fuese más, ó se congratulaba, de hallarme menos de lo que temia. Sólo me consta—porque tales cosas no se escapan á nuestra vista ni á nuestro instinto,—que en aquel instante me despojó por propia mano de la aureola de que sin duda, hasta entonces se habia complacido en rodearme. Este pequeño detalle me reveló su carácter. Por lo demás, escusado será añadir que todo lo disculpaba el gran contraste que ofreciamos. El alto y fornido, yo de más que corta estatura y al parecer débil; él, hombre; yo, á lo que representaba, casi un niño; él, libre y dueño de si; yo, hijo de familia y sugeto á la voluntad paterna. Qué extraño, pues, que desde el primer momento quisiese hacer patente á mis ojos su indiscutible supremacia? Se sentia superior y se alegraba de ello, ¿qué le importaba

Biblioteca de Galicia

que yo lo conociese? Tal vez entendía que así consolidaba su derecho de jefe y de maestro. ¡Santa sencillez de un corazón, que, por tan lleno de sí mismo, no acertaba á leer en el de los demás! ¡Porque si en aquel momento leyese en el mío!... si sospechase siquiera, cuánto me sorprendían sus palabras, sus gustos, sus opiniones, sus tendencias, todo lo que era él y se manifestaba desnudamente, sin vacilaciones ni atenuación alguna!... Para mí y en aquel momento, tenía todas las condiciones de un visionario y de un estático. Me parecía oir á un aldeano de mi país á quién Dios hubiese concedido una imaginación poderosa....

Pasamos juntos aquella tarde interminable, y hablamos largamente. Discutimos, cambiamos nuestras impresiones acerca de los hombres y de las cosas del dia, y no dudo que al separarnos quedaba tan convencido como yo, de que todo en nosotros era distinto y opuesto. Todo!.. las lecturas, los juicios, las predilecciones: hasta en la manera de llevar á cabo la obra iniciada, se hacía patente la diferencia de carácter y sentimientos. Si él quedó contento y satisfecho de su triunfo, yo en cambio salí triste y desesperanzado. Era la primera vez que nos veíamos y me parecía la última. Si entonces se me dijera que los aflojados lazos se estrecharían de nuevo y que estábamos destinados á una grande y estrecha amistad, contestaría.—Imposible.

* * *

Y sin embargo fué un hecho! Vicetto era, ba-

Biblioteca de Galicia

jo las rudas apariencias de un coloso, el hombre más débil que he conocido: se le llevaba como á un niño. Bastaba apartarse de él, para que se acercase.

Así pasó entre nosotros; me apartó y me buscó. Conocí bien pronto que mis palabras, mis observaciones y hasta mis rudezas—que no le ocultaba, como á quien no se estima—habían hecho en su alma especial impresión. Conocí también que en su corazón virgen de todo género de cariños, nacía uno que estoy seguro que llevó consigo al sepulcro. Fué por esto, porque le perdoné su primera falta.

El dia antes de separarnos comimos juntos en el cenador del jardín, bajo las hojas del emparrado, frente al mar que rompía pausadamente sus olas contra las rocas. Apenas si las ramas temblaban al paso de las brisas, si una nube cruzaba el azul del cielo, si las gaviotas ó las palomas llevaban su vuelo sobre las aguas dormidas y las mieses de los campos, si el Occéano en calma dejaba percibir otros ruidos que el del tumbo de las olas, sobre el desierto playal. Oh! dulces horas! oh! tarde sin compañera en mi vida! ¿no es verdad que en medio de ese silencio y de esa paz, aquellos dos soñadores creyendo forjar el rayo, no hacian otra cosa que dar vida á esperanzas que quedaron para siempre, solitarias en su pensamiento?.....

Bien pronto llegaron los dias amargos. Los felices de la víspera eran los desgraciados del dia siguiente. Vicetto el primero. Tuvo que ausentarse y marchó á Madrid, y el que dias antes

Biblioteca de Galicia

hablaba como señor y caudillo, miró á su alrededor y se vió sólo y sin amigos. No tenía más que uno, y era aquel que dias antes miraba como inferior, y le era forzoso desde entonces reconocer como igual. Esta contrariedad, que en otros bastaría para fortalecerlos y levantarlos en la propia estimación, fué para él dolorosísima. Andaba sin sombra; temía la pobreza, con el horror peculiar á los pobres. Unióse por lo tanto, á cuantos le amaban, buscó en sus fuerzas ayuda y apoyo, fué uno de los desamparados, que no temen mostrar á la vista agena su miseria y desnudez con tal de escapar á ella.

Fué Vicetto, hombre alto y bien dispuesto, aunque de andar descuidado, de rostro varonil y hermoso, «de cútis bronceado como las nubes del Tambre en las brumosas tardes de Otoño,» según él mismo dice en *Victor Basben*. Sus retratos están bien lejos de dárnoslo á conocer en toda la plenitud de su belleza. En sus ojos negros brillaba el fuego de su alma; su frente espaciosa parecía encerrar los claros y serenos pensamientos, su cabeza pequeña, y como modelada en mármol, recordaba la de las estátuas antiguas. Así debió ser tambien su padre: la raza celta no le había dado uno sólo de sus rasgos. Atraía y se hacía estimar á pesar de las desigualdades de carácter y de los involuntarios arranques que, como sacudidas nerviosas, le llevaban y traían sin darse él mismo cuenta de ello. Gustaba de que se le prefiriese y se le buscase, pero no de que creyeran que respondía de golpe á la amistad ó al amor,

Biblioteca de Galicia

Hijo de un padre contrabandista (4) tenía su ambición pero no su atrevimiento; su madre, honradísima y heroica mujer, no logró infiltrar en el alma de su único varón la entereza de que estaba dotada. En cambio, dióle el marino la brusquedad de modales; la hija del trabajo, algo de aquellas durezas propias en los que, hartos de sufrir, nada les importan los infortunios agenos. La sangre italiana y la gallega, el forbante y la mujer del pueblo, se unieron tan sólo para hacer surgir una inteligencia y avivar una imaginación, pero no para crear un carácter.

Su niñez fué triste y penosa: no la recordaba. Sus miradas no retrocedían hasta aquellos dorados paisajes que los demás descubrimos cuando se vuelve la vista á los primeros años de la vida. De ellos no hablaba nunca. Por qué? su madre, viuda y pobre, era dura consigo misma y con los demás; una de esas mujeres que, destinadas á luchar con la muerte, se cortan un pecho como las amazonas de la fábula, y en el diario combate de la vida aprenden á callar los naturales senti-

(4) Su padre mandaba una de las goletas italianas contrabandistas, que cruzando los mares de Galicia, fondeaban habitualmente cerca de la isla de Arosa, sin que el resguardo se atreviese á perseguirlas. La impunidad de que gozaron durante algunos años, les permitía hacer su contrabando con toda tranquilidad, sin que el gobierno absoluto hallase otro remedio de evitar el mal que pactar con ellos, indultándoles de toda pena. Los *carcamans*, que así les llamaba el pueblo, se retiraron entonces con sus ganancias y casi todos ellos se establecieron en el país. En su mayoría eran de Génova y Trieste, y no dejaron de prestar su servicio á las ideas liberales, recogiendo á bordo algunos de los emigrados políticos que la desatentada reacción de 1823 arrojaba lejos de Galicia.

Biblioteca de Galicia

mientos de su corazón. Aquella pobre viuda era brusía y áspera para sus hijos, porque entendía que la ruda disciplina de la casa les acostumbraba en tiempo oportuno á la peligrosísima del mundo. Vicetto no perdió jamás el sello indeleble con que aquella madre que no besaba á sus hijos le marcó para siempre. No logró templar su dureza, ni siquiera la hermana que tanto le quiso, y fué para él madre verdadera por el santo cariño que le profesaba, por los cuidados de que le rodeó en su juventud, por lo que veló por él y por su suerte.

Vicetto pasó la vida—y esta si que fué su gran desgracia—lejos de todo comercio literario encerrado en su pabellón de empleado de presidios, leyendo, escribiendo, soñando... ¡Y Dios solo sabe que clase de sueños eran los que pasaban por aquella imaginación de fuego, avivada algunas veces por la piedra! Pero siempre solo!... lo mismo bajo el cielo de Sevilla que en medio de las estepas de la Mancha y Extremadura, en los cármenes de Granada que en los jardines de Valencia, en los arenales que rodean la vieja Ceuta, que en los campos que avecinan Barcelona. Sin amor y sin afecciones, vivía en su soledad como el pájaro en la jaula, espiando el momento de tomar el vuelo y marchar hacia donde le llevaba el incontrastable destino. Para él sólo había un descanso en su marcha, un oasis en su destierro, un rayo de luz en su noche..... la Coruña! Allí le aguardaba todo. Aquel antiguo convento, aquellos pabellones que tenían tanto de cuartel como de prisión, constituían su mundo. Lo poblaba por

Biblioteca de Galicia

entero con sus sueños y visiones. Confesaba que en aquella soledad y al rumor del Atlántico sus pensamientos tenían más fuerza y vigor; sus creaciones más alma, él más vida.

***

«Los dulces y tranquilos pensamientos brotan en el alma como la viña en la tierra» decía Balzac, recordando Tours, la ciudad de los envidiosos. Otro tanto pensaba Vicetto de Galicia, pues vagando por los jardines de la Alhambra, sintió como nunca la nostalgia de sus penas gallegas y suspiró por las márgenes de los rios natales, por la florida campiña coruñesa. Allí se consideraba como desterrado, entre gentes que hablaban otra lengua y tenían otros amores. Allí, Vicetto no era Vicetto: estaba fuera de sus dominios; anhelaba volver á ocupar el trono que había dejado vacante. Los mezquinos y encarnizados combates literarios de su país le tentaban y atraían, como el abismo, pues en ellos intervenía como rey. Juzgad de sus tristezas cuando volvió los ojos y el recuerdo hacia aquel de quien le separaban tres años de silencio y de no apagados rencores!.... Queriendo que la antigua amistad surgiese de nuevo de las no apagadas cenizas, recordaba los ideales á que habíamos rendido culto y hablaba en su nombre. Si no es esto,—se dijo—qué podrá ya unirnos en el mundo?

Esta exaltación de su ánimo lejos de la madre patria, dá la verdadera clave de su carácter y le hace querido á nuestros ojos. Borra todas sus faltas, y le hace de los primeros entre los mues-

Biblioteca de Galicia

tros. Ah! si la actual juventud ha de amar su país y tener perfecta conciencia de tan gran deber, si le ha de servir y consagrarle por entero sus vigilias y su fuerza, conviene que no ignore ninguna de estas cosas por pueriles que parezcan. Dicen tanto!... Conviene que vea cómo le amaban los que la precedieron en la vida, que conozca las luchas por ellos sustentadas, toque las heridas recibidas, mida y comprenda sus desfallecimientos, sepa cómo sucumbieron y porqué; en una palabra, que poniéndola ante la vista el ejemplo, se la invite á seguir iguales derroteros. Conviene tambien que se convenza de que en este amor, no todos son sacrificios, pues tiene tambien sus mieles y sus besos.

Bien lo sabia Vicetto, que pareció destinado como ninguno á gozar de tan inefables dulzuras. En todo él, en su vida y en sus obras, fueron visibles los milagros de este amor sin mancha. Herido de muerte léjos de su casa y de su hija, dióle las necesarias fuerzas para llegar á tiempo de morir entre los suyos. Y cuando en los últimos momentos se reflejó en sus pupilas el azul del cielo ferrolano, y vió que el roble caía en la misma tierra en que había brotado y venía la nave á estrellarse en las mismas playas de donde había salido por primera vez, oh! entonces sí que se regocijó su alma, puesto que en realidad moría en brazos de su amada.

Lo merecía. En él la pasión por la pequeña patria era connatural; como si se dijera innata. Derivaba de la sangre genovesa; era hija de las tendencias municipales del italiano. Parecía perpe-

Biblioteca de Galicia

tuarlas y aun darlas mayor fuerza y valor adoptándolas á una raza, en la cual la parroquia será siempre el elemento originario de su organismo político. Los primeros accidentes de la vida, el medio en que trascurrieron sus primeros años, las aspiraciones que engendra la vida militar le dieron desde luego la nota dominante de sus escritos. Así aparecen animados de un soplo poderoso. Superáronle otros en lo claro de la inteligencia y lo elocuente y ordenado de la frase, pero los venció á su vez por haber tenido la verdadera intuición de la Galicia que necesitamos. Vencióles asimismo por haberlo tomado todo de ella, todo, hasta sus defectos! Esto tiene la producción literaria cuando es hija de una espontaneidad orgánica; refleja y devuelve al exterior cuanto de él toma.

Vicetto guardó siempre, de sus primeras impresiones, la tendencia á los contrastes acusados y á los tintas fuertes. No era en verdad que tocando en los límites del romanticismo, y debiendole su bautismo poético haya tenido el perfume, la línea, el acento de aquella poesía y de aquella manera de sentir y de expresar. No; en él la preferencia por los grandes episodios y las situaciones violentas, tenía más duras y fecundas raices. La guerra civil que el había presenciado, la que el conocia,—pequeña, mezquina, violenta, hija de los bandos y no de las ideas, pero que tenía por marco las montañas del país,—hirió su alma y sus dieciseis años de imborrable modo. No se daba cuenta de ello, pero así era. Se manifiesta en sus primeros trabajos literarios, y por eso se

Biblioteca de Galicia

le vé á cada momento complacerse en recordar los horizontes que le habían rodeado en los dias de sus esperanzas. Nadie como él sintió la armonía de los nombres de lugares; fué el primero que animó las ruinas y pobló los castillos y volvió á la vida á una gente que ántes y después fue desconocida siempre. Casi todas sus novelas se desarrollan en el corazón de esas montañas para nosotros desoladas, para el llenas de los graves misterios y de las cosas de otros tiempos. Complácese en evocar su recuerdo y ver dibujarse en el fondo del cielo la silueta de los lugares queridos. Apénas dá un paso, apénas siente una emoción, apénas un nombre de lugar hiere su imaginación, cuando lo concuerda todo con el pasado que quiere evocar, le dá cuerpo, y ya tiene creada la fábula, trazado el plán, vivos los personajes, dispuestas las escenas, en una palabra, hecha la novela. No imaginada, sinó vista ó presentida, á veces, sacada como quien dice de sus propias entrañas, pues por más que afirme otra cosa la escuela naturalista, siempre, y hasta sin quererlo, se observó y reprodujo la realidad en esta clase de composiciones. Es imposible otra cosa; por más que el hombre sueñe y crée, lo humano le arrastra y domina y el hecho invade bien pronto los dominios de la ficción. La verdad nos sabyuga, no podemos huirla, cuando se quiere contar algo de lo que pasa en el mundo de los hombres, es necesario contar con ella, como con aquel misterioso personaje que marcha eternamente a nuestro lado y es otro yo como nosotros. Esto casualmente es lo que se vé en las obras de

Biblioteca de Galicia

Vicetto, en las cuales podría yo señalar las escenas que han pasado, los héroes que han vivido, los amores que se deshojaron y palidecieron y los que dejaron su huella en aquel corazón de fuego. En las páginas de sus novelas se reflejan y trasparentan cuando no se cuentan con brutal franqueza, se les vé pasar como sombras, ó iluminados como por los rayos del sol.

De uno de esos episodios, desarrollados mas tarde, en las leyendas que escribió Vicetto, quiero hablar ahora, ya porque su revelación no importa ya por que relacionándose en cierto modo con la vida de este escritor, la vi relatar á quien tomó en él parte involuntaria y tiene, en mi alma, derecho á este dulce recuerdo. Además, este cuadro, sangriento fruto de nuestras discordias civiles, no se apartó jamás de la memoria de nuestro escritor; y en algo coniribuyó á que el no se atreviese, á lo que necesitaba atrevimiento para realizarse.

* * *

Era una mañana de los tristes dias, cuando en los corredores del monasterio á la sazon poblado de soldados como en otro tiempo de monges, resonaron los golpes de los fusiles y el paso de la tropa. Crugia el maderamen y un sordo murmullo se dilataba por la vasta soledad del claustro. Iba delante un muchacho tocando la campanilla y diciendo á todos que alguien entre los que pasaban no debia ver ponerse el sol que doraba ya las solitarias cumbres del Bocelo, Mar-

Biblioteca de Galicia

chaba la comitiva, el sentenciado iba con paso vacilante, adelantando en el camino de la eternidad, y Vicetto mandaba por primera vez la escolta. Triste lección que no se apartó jamás de su memoria!

En aquel momento se abrió la puerta de una celda y apareció en el dintel una jóven alta, hermosa, pálida, vestida de blanco, y en la mano un ramo de flores. En el brillo de sus ojos azules, en la frescura de sus lábios, en su actitud de reina, el amor había puesto todos sus encantos. Pensad lo que sería esta celeste aparición para el que iba á morir, dejando su primogénito en la cuna y á la esposa en una temprana viudez! Todas las angustias de la muerte se agolparon á su corazon, y en sus ojos medio apagados por el dolor brilló un rayo de esperanza. Qué estraño era? aún no había cumplido sus veinticinco años.

Aquel hombre á quien con exaltado sentimiento religioso había arrancado á las dulzuras de una situación desahogada llevándole á los combates, aquel hombre que en la pereza de su alma sin mancha veia acercarse su última hora pensando en la gloria celestial que acababan de conquistar por su fe y su cruento martirio, pensó de pronto que el cielo enviaba en su socorro á la misma madre del crucificado,

—Ah!—exclamó—Virgen Santísima, salvadme!—Y se arrojó al suelo suplicante, la vista fija en la radiante visión.

Todo ello fué rápido é imprevisto. Súbita llamarada de vida que vino como á traerle el sentimiento de la existencia, saltó de golpe al rostro

Biblioteca de Galicia

del sentenciado. La compasión ganó á los que le llevaban, pero fué en vano porque el fallo debia cumplirse. (5) Tocó á Vicetto hacer que el que iba á morir se levantase y prosiguiese el triste camino, mientras la hermana del poeta, dando horrorizada un grito que retumbó á lo largo de la galería, volvióse rápidamente á su celda, y al cerrar tras sí la puerta, las sombras que cayeron sobre el pobre jóven, fueron como el principio de las que bien pronto debían cubrirle.

Tacendo il nome di questa gentilissima, él nos contó después lo que habia presenciado aquel dia. Es cierto que lo hizo fingiendo una fábula, en la cual, la terrible escena, entraba como un mero episodio, más no le despojó de su elemento dramático, ni le privó del interés que la realidad del hecho encerraba. Gran parte de la importancia de Vicetto, como novelista, estriba en esto. En sus craciones reproduce con sus mayores detalles algunas de estas escenas ya conmovedoras, ya poéticas, pero siempre efectivas, que hirieron su imaginación ó sus sentidos.

Todas dicen algo de los dolores y secretas ambiciones de aquella alma combatida, en la cual la realidad de los hechos y la de sus sueños, se confundía de tal suerte, que venía á ser una misma cosa. Tomaban cuerpo en su fantasía y creciendo, creciendo, cada dia, cada hora, parece que sólo esperaban el momento de manifestarse.

(5) Histórico, como tambien lo es, que el hijo del fusilado, á quien conocí por haber sido mi compañero de clase, murió tambien desastrosamente,—cerca de los lugares en que fué fusilado su padre—al querer dar principio en Galicia á una nueva guerra civil.

Biblioteca de Galicia

Si alguna vez el viento de los desengaños, soplaba sobre ellas y las barría, era para ser reemplazadas por otras no ménos quiméricas ó irrealizables, pues, fuese vanidad de carácter ó evidencia del propio valer, no se daba nunca por vencido, ni en el mundo de la realidad, ni en el de sus ilusiones.

La verdad es, que creyendo que tenía un destino providencial que llenar, preguntaba á los que dudaban, no tanto de la realidad de su misión, como de sus éxitos:

—Si derribais este ídolo,—insensatos!—á quién poneis en mi lugar?

Podía contestársele que, á cualquiera que no temblase como él ante los dos peligros que engendraba en su corazón el hecho de sus nobles ambiciones y el que nacía de no atreverse: á cualquiera que, como á él, no le ahogase la vacilación con su mortal abrazo.

Los sucesos, atropellándose y marchando aprisa como los huracanes, pusieron fin, no tanto á las aspiraciones cuánto á los sueños que alimentaba. La paz llegó á su alma, al mismo tiempo que el desencanto. Aquellos tristes dias propicios á la realización de los proyectos que abrigaba, le cogieron solo, sin discípulos, ni adeptos, ni compañeros. Fuéle preciso dejarles pasar sin que su palabra se oyese, ni él se mezclase en cosa alguna. ¡Y aun hablaba de la finalidad de sus esfuerzos!... Era cansancio? era esterilidad? no lo sé. Qué le faltaba? una sola cosa: que el vacío que había ido haciendo á su alrededor se llenase!...

Biblioteca de Galicia

***

Las obras que produjo durante su laboriosa existencia, son muchas y harto desiguales en mérito é interés. Pocas, sin embargo, destinadas á sobrevivirle. Cuando con una pueril complacencia, contó á su hora, lo que le ofrecía por ellas su editor y lo que él demandaba, hizo sonreir á cuantos sabían lo que significan semejantes cosas: no comprendía que para el público no había más de interesante en todo ello que el título y número de sus publicaciones.

No vamos ahora á estudiarlas ni á juzgarlas; ya se ha dicho que este no es un libro de crítica sinó de recuerdos; baste con que se consigne que de todas ellas *Los Hidalgos de Monforte*, es la única que le dá, y con justicia, puesto preferente entre los escritores de nuestro pais en el presente siglo. Las demás (6) no sirven para otra cosa que decirnos cuan fiel fué al pensamiento inicial de ellas.

Los Hidalgos de Monforte, fueron su triunfo, y

(6) Nada digo de la *Historia de Galicia*, porque es una de las pruebas más patentes de la decadencia intelectual de su autor Complacíase este, en creerla orígen y comienzo de todas las que pudieran seguirla, cuando en realidad nada suma ni nada importa para el conocimiento de nuestro pasado. No conozco libro más triste, ni que impresione más penosamente. No acierta uno a esplicarse como fué posible que su publicación fuese más allá de los primeros cuadernos, como no sea dando á la codicia editorial más fuerza de la que debiera tener para honra del país y del autor á quien se explota.

Todavía diré menos de su famosa teoría del tiempo No eran para él esta clase de conocimientos, ni tales especulaciones se ajustaban á sus facultades dominantes. *Mr. de. Lamartine*,—decía un gran crítico francés,—*aime á parler des choses qu'il ignore* Salvo la distancia que había del Esteiro á Mason, otro tanto pasaba á Vicetto.

Biblioteca de Galicia

lo fueron tanto, que se necesitó del tiempo y la ocasión para que resultare efectivo. Las obras que escribió despues, á pesar de estar animadas por el mismo pensamiento, no tuvieron ni su importancia ni su aplauso. No influyeron en las ideas ni en la literatura de su tiempo en Galicia, sinó de aquella manera que naturalmente hacía posible la notoriedad del autor y su valor literario, que todavía no se habia puesto en duda. Todo es simpático en *Los Hidalgos*: tienen el perfume de las obras juveniles, y algo tambien de la frialdad que perseguía con tanto empeño. *El Caballero de la Cruz Verde*, su primera novela en el órden cronológico, era ya el asomo y promesa de algo más formal y literario, que esta penosa leyenda, legítimo fruto de la escuela romántica, en la cual nadie podría sospechar pudiese tener tan gloriosa sucesora.

Cuenta su autor, que en los carcomidos manuscritos debidos á la pluma de un monje de Sobrado, halló noticia de los sucesos que forman la trama de *Los Hidalgos de Monforte*. Sin sospecharlo dijo una gran verdad. No fué en el papel, sinó en la naturaleza; no en el manuscrito del viejo cisteriense sinó en su corazón y en sus recuerdos; donde halló cuanto forma el nudo y esencia de su novela. Bajo el cielo de Sevilla, al pié de los naranjos que bordan las orillas del Betis, hubo sin duda de pensar en sus dias juveniles, en los frescos valles que rodean al antíguo monasterio, en los llanos de Villasantar y en los ásperos desfiladeros de los Pias. Monforte y su castillo, Tor y su torre, surgieron de repente ante

Biblioteca de Galicia

sus ojos. Vió el Cabe cuya corriente sombrean los álamos, la vasta llanura por donde el río se desliza, y lo pobló todo con sus poéticas visiones dando vida tangible á los sueños de su alma y á sus creaciones el relieve y color necesario para que fuesen reales y duraderas.

En un libro por entero destinado á las gentes de mi país ¿será todavía necesario recordar los personajes y hablar de los cuadros que le animan? (7) Quién que ame á Galicia no la ha leido? quién entre nosotros la ha leido sin emoción, y quién no guardó despues en su alma el más grato recuerdo de ella? Aún cuando la historia niegue con razón al mariscal Pardo de Cela el carácter de Libertador que se le asigna en la fábula, siempre quedará en pié, simpática, llena de interés, la figura del soñado Jefe de los Hermandinos; de aquel que, según el poeta, combatió por la causa del pueblo y por la causa de Galicia, sacrificadas ambas por la doble cuchilla de los Reyes Católicos y de los próceres gallegos. ¡No se hable de faltas históricas!.... todo está compensado con el interes dramático de la narración, con lo perfecto y aún pudiera decirse patriótico de los caractéres, con el fin práctico soñado y perseguido en la novela. Ante tan noble intento, todo desaparece, y el libro adquiere, á nuestros ojos, el valor necesario para ser á un tiempo la revelación del estado de los espíritus

(7) A estar mejor escrita y concebida bajo un plan más literario, tendríamos en esta novela, la primera de su siglo en España. Su interés, aparte del que pueda tener para nosotros, lo dice el hecho de que publicada en *El Imparcial*, quedó enseguida agotada la edición.

Biblioteca de Galicia

y de los deseos y esperanzas de nuestro pueblo, por aquel tiempo. Todo lo justifica, el pensamiento que le anima, el objeto final que busca. Conseguido esto ¿qué mayor triunfo?

Podrán ahora escribirse entre nosotros mejores novelas históricas, y más conformes en paisajes, tipos, costumbres y afectos que *Los Hidalgos*, pero no más trascendentales y de un fin práctico más oportuno. El gastó el más característico é interesante de los asuntos posibles en la novela histórica de Galicia. El mismo Vicetto, al querer atacar otros, se repitió tristemente. No os quejeis de los que vengan detrás: agotada la mina, sólo queda la escoria. Dichoso, él que pudo explotar el primero sus más ricos filones!....

* * *

Desde *Los Hidalgos de Monforte* hasta su postrera novela, hay siempre en sus trabajos un elemento propio, ya él, como quien dice, todo entero, ya algun episodio de su vida. Hay tambien un sólo paisaje, Galicia. Si los sentimientos no son á veces más naturales, las pasiones más castas y más reales las escenas, á pesar de estar tomadas de la realidad viviente, él, no le culpeis: faltóle siempre aquella sensibilidad y casi pureza de que todo escritor debe estar dotado, si su obra ha de vivir en el corazón de sus lectores. A veces es más Vicetto en sus novelas que en su misma auto-biografía, pues llegó á escribirla en *Victor Basben*, libro curiosísimo para el caso y que dice bien claramente lo que era su autor y lo que am-

Biblioteca de Galicia

bicionaba; lo que el creía ser y lo que deseaba que se creyese que era.

Si fuera dado levantar aquellos velos y hablar de tales cosas, fácil me sería escribir tras de cada una de las iniciales que aparecen en el libro designando personajes, las letras que faltan á los nombres y apellidos allí indicados más claramente de lo que se permite en toda ocasión, sobre todo cuando la realidad de los hechos distó tanto de lo que el lector puede sospechar. Vicetto se forja en ella su leyenda y satisface algunas de sus ambiciones: pero nada de todo aquello es verdad. Es tan solo la expresión de sus deseos, el inocente relato de sus vísiones: á leguas se vé que á fuerza de pensar en ellas se les dió la vida que tienen en aquellas págínas singulares. *Víctor Basben*, no es el que fué, sinó el que quisiera haber sido. Lo único cierto, es que aquella dama tan parecida á la duquesa de Oxford, en el retrato de Van Dyck,—que en efecto existió y amó al poeta,—no era siquiera una *hetaira* de palabra armoniosa y ardiente imaginación, sinó lo que él mismo da á entender al contarnos sus facilidades amorosas y sus más fáciles desvíos. Vicetto no tuvo la fortuna de conocer al ménos, en el tiempo en que le trató, el lado noble y puro de la mujer. *Magalena* en otro episodio de su vida, dice bien claro cual fué su desgracia en este punto. Los dolores que aquella mujer derramó sobre su alma, las torturas y angustias que le hizo pasar, las heridas que él mismo se causaba espiándola en aquella calle de Sevilla propia para la vida de semejantes mujeres, esas sí que fueron reales, esas sí que le atormentaron, dándole en la

Biblioteca de Galicia

época de la vida en que tales cosas dan su fruto, la triste opinión que tenia formada de la mujer, y se trasparenta en todas sus novelas. Así pues, con una mas grande exactitud de la que sospechaba, podia decir como dijo entonces que á un altar vacío dirigía su adoracion. Bien vacío por cierto!

Por una de esas contradicciones – harto esplicables por otro lado – entre la vida real y la imaginativa, la única creacion pura, ideal, angélica, – que á aparacer mas veces en sus libros les hubiera dado el perfume que les falta y la luz conveniente, – la de Ildara, de *Los Hidalgos*, la soñó, cuidó y embelleció bajo el cielo andaluz y en los dias amargos en que, una mujer sin corazón y sin honor, le hizo sufrir los tormentos del infierno. Pudiera bendecirlos solo por esto, si aquellos contactos no hubiesen dejado en su alma huellas indelebles y matado en ella la noble confianza que el hqmbre debe poner siempre en la mujer que ama. No se colgó entonces de una reja igual á la que vió la muerte de Gerard Nerval, porque su temperamento sanguineo y constitucion robusta no permitían por fortuna, que, pues eran tan violentos los accesos, durasen mucho. Además ella ponía á menudo con sus dedos de hada el dictamo en la herida que sus desvios acababan de abrir. Pero ay! toda su vida llevó Vicetto en el corazón el recuerdo de tan crueles luchas, trasladándolas por entero á sus novelas. El mal espíritu de aquella mujer parece flotar sobre ellas é impregnarlas de la salvaje liviandad

Biblioteca de Galicia

que es su mancha y su castigo. No se tocan en vano los lodos de la tierra!

Si se dudara de ello bastaría recordar que el único libro en que la heroina es una verdadera mujer, con sus desfallecimientos es cierto, pero tambien con sus nativas purezas, *Los Hidalgos* en una palabra, es lo que sobrevive á su autor y le da derecho á ser contado entre los principales escritores gallegos de su tiempo.

* * *

«Yo fuí angel un dia, otras lo fueron despues que yo. En la fuente en que yo bebía, otras apagaban su sed» dice la cancion griega. Otro tanto podía decir Vicetto, bastante tiempo antes de su muerte. El vió á sus compañeros pasar y dejarlo en la sombra; á sus discípulos y sucesores enturbiar la fuente de agua viva, en la cual había templado su sed inestinguible. Bajo el cielo de su país, resonó la canción amada, pero no era la suya, y á su alrededor bullía una multitud que empezaba á olvidar su nombre.

No, él no merecía apurar tan amargo cáliz.

Si no era el primero, era al ménos de los que más habían puesto y de los que mayor confianza tenian en la obra emprendida.

No dudaba de ella: si algunas tristezas nublaban su cielo, era al pensar que cuando las esperanzas se realizasen y los sueños fuesen un hecho, él no sería ya de este mundo. Los que le sobrevivimos no lo seremos tampoco, porque todo aguarda su tiempo; pero nosotros como él tene-

Biblioteca de Galicia

mos la seguridad, no el deseo, de que se cumplirán las profecías.

Y estas son bien sencillas, sobre todo, despues que pasaron lo que ya se ha visto y bien pocos sospechado. Quién dice que lo que entónces sucedió no volverá á suceder?

El fin que Vicetto y sus amigos persiguieron y persiguen, no está hoy en las teorías federales, ni en las tentativas de una remota independencia política, sinó en aquellos actos y sentimientos que nos dicen á voces, que es forzoso, so pena de muerte, formar una opinión, rechazar los ineptos y los osados, conocer nuestro país y amar todas sus cosas. Si decís cómo, contestará, que *teniendo entera conciencia de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que debemos ser.*

El mundo moderno, ama no los nuevos ideales, como se dice á cada momento, sinó los ideales de siempre. Locura sería creer que pasaron los siglos, sin que el hombre supiese lo que deseaba ni lo que le convenía. Lo supo siempre. Siempre fué en pós del eterno más allá que á un tiempo, es su esperanza y su castigo.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

IGNOTUS.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

IGNOTUS.

A. R. C.

Toda mi vida recordaré aquella inolvidable noche en que se dió la primera representación de *Dalila*, drama inmoral segun unos, moral hasta no se donde, segun otros, pero para ti, para mí, hermoso siempre y completo en su conjunto y sus detalles, y sobre manera grato á nuestras almas por los recuerdos, que en ellas levantaban y por la dulce aureola de poesía que le circunda. La obra de Octavio Feuillet, era entonces analizada y discutida con igual encarnizamiento que hoy las de Zola. Las mismas quejas, los mismos argumentos, la misma defensa. No se dirá que los tiempos cambian, ni que el hombre es un animal mudable por propia voluntad.

Yo te había hablado ya del *Proverbio* y el dra-

Biblioteca de Galicia

ma no era más que aquél, descartado de algunas escenas imposibles en el teatro; por lo mismo, cuando concluido el primer acto me acerqué á tu palco y la conversacion se hizo general y se habló, como se hablaba entonces de la obra, pude preguntarte.

- Qué te parece?

—Me gusta mucho! me dijiste, y entonces nos ocupamos del primer acto y nuestras observaciones se dirigieron á los personajes del drama, al que conociamos de antemano, yo por el *Proverbio*, tu por lo que de él te había hablado.

Desde luego convinimos en que la hija de Sertorio el maestro de música, es una hermosa y gimiente figura que pasa sobre el libro como una blanca sombra, prestando el perfume y castidad necesarios al cuadro terrible que se desarrolla en sus páginas y al cual, faltando ella, falta la poesía, falta todo lo bueno, el alma purísima de aquel cuerpo corrompido.

Hablamos de Carnioli, innoble figura, á un tiempo de bufón y de insensato, destinada por el autor á derramar sobre las más tristes escenas un rayo de alegría, á darle su fuerte claro-oscuro, á poner una nota sonriente en aquella grave sinfonía. Al oirle no sabe uno decirse, si debe llorar ó reir, si ha de quejarse ó nó, cuando sus palabras ligeras como el epigrama griego, y punzantes como una verdad desconsoladora, caen aprisa sobre nuestro corazón dejando en él clavada la viviente flecha de su ironía. De la princesa..... de la princesa dijimos poco y la olvidamos pronto: pero al pronunciar su nombre, recordamos á

Biblioteca de Galicia

Roswein, artista á quien el lujo y la hermosura embriagaron un momento. Y digo un momento, porque el genio puede poner un pié en el abismo y dejarse tragar por él, pero eso, solo de repente, cuando sus ojos ciegos para el peligro no le hayan visto, cuando su alma no haya podido darse á sí mísma la voz de alerta.

Carnioli había hallado al artista en las montañas de Albania, cuando Roswein no era otra cosa que un pobre pastor de ovejas, un muchachuelo bastante torpe para que, á pesar de los dulces sones que arrancaba á su flauta, dejasen de apartarse de su lado y de olvidarle; por que ni atraia el ganado, como los pastores de las eglogas, ni detenia á los viageros que cruzaban por los salvajes y poéticos desfiladeros albaneses. Se necesitaba un Carnioli, un monomaniaco, que arrancase á la miseria y al olvido, aquella perla cubierta de tierra y abandonada en el corazón de unas montañas desconocidas.

—Dios mío!—te dije cuando hablamos de la verosimilitud y realidad de aquella primera figura del drama—cuántos genios como Roswein se habrán perdido, por no haber hallado en su camino nadie que les comprendiese, y supiese lo que valían, y muchas veces porque ellos mismos no se conocían siquiera!—Tanto es eso cierto, respondiste, que voy á contarte lo que presenció en Santiago en el tristísimo invierno de 1853, año fatal para Galicia, en que el hambre hizo bajar á nuestras ciudades, como verdaderas hordas de salvajes, hombres que jamás habían pisado las calles de una población, mujeres que no conocían

Biblioteca de Galicia

otros horizontes que los que se extendían ante sus cabañas levantadas en la más apartada soledad: verdaderos lobos que no abandonan su madriguera, sinó en los dias de las grandes desolaciones. Todos los dias, nuevas horas de angustías traian á nuestras plazas y calles, bandas de infelices hambrientos, que de puerta en puerta, iban demandando pan para sus hijos moribundos, para sus mujeres estenuadas por la miseria y lo duro de la estación. Sus gemidos llegaban á lo más hondo y conmovían los corazones más insensibles. Era una escena de dolor que se renovaba á cada momento, una herida que el tiempo ensanchaba, recrudecía y hacía insoportable. Caian por los caminos, y en las calles de la ciudad. Otros morian en la soledad de su casa desierta. Hace falta haberlo visto para saber lo que era aquella multitud, siempre creciente, siempre hambrienta y escuálida, que, como las olas del mar, rugia sordamente levantando las manos en ademán de súplica, mostrando desesperada las llagas que la cubrían. Ni un pedazo de pan para sustentarse, ni un harapo para cubrirse, ni una esperanza en su cielo para animarse y soportar el azote que la diezmaba. Repetíase la eterna lección en nuestra historia, y las hierbas de los campos volvían á servir de alimento á la gente campesina. La gran caridad de sus hermanos no era suficiente. A los que perdonaba el hambre, los diezmaba la fiebre; á los que Dios daba fuerzas para resistir, no les dejaba lágrimas en los ojos para llorar las diarias aflicciones. No sé como pudo resistir nuestro país á tan supremos do-

Biblioteca de Galicia

ores. Hace falta pensar que este pueblo sufrido encierra tan gran dosis de energia y de recursos que le es permitida la seguridad de no sucumbir jamás al doble flagelo del hambre y de la peste: que es tan sensato, que sabe soportar las mayores desgracias sin que la amenaza venga á sus lábios. Sin embargo, confieso que á durar más tiempo todo, no se lo que vomitaria aquel preñado de tempestades: lo que darían de sí aquellos dias sombrios y sin consuelo posible. Quiera el cielo que no vuelvan á amanecer para Galicia! porque estoy seguro que acabada ya la paciencia, si los indecisos llegan á arriesgarse, darán al mundo un terrible ejemplo y dirán con dolorosa elocuencia de lo que son capaces, cuando estallan las cóleras de los pueblos que sin quejarse, han sufrido tanto como el nuestro. Te aseguro que es imposible describir, con toda verdad, aquellos rostros desconocidos, aquellos séres que hablaban una jerga (1) ininteligible, hasta para los que hablabamos gallego. Comprendo desde entonces, el estupor de la Europa romana, cuando los bárbaros se desbordaron sobre ella, igual que un rio caudaloso salido de madre. Trajes, costumbres, fisonomías, modulación de voz, todo era nuevo para nosotros. Las montañas de Galicia, bien lo

(1) El Sr. D. Juan Manuel Pintos, que merecía, por sus grandes conocimientos, ser el autor, de nuestro desconocido *Diccionario gallego*, me confesaba, que jamás había hecho mayor acopio de voces que en aquel tristísimo *año del hambre*. Si esta ocasión se hubiera aprovechado para conocer nuestro Folk-lore, seguramente que hubieramos hoy podido presentar á la consideración de todos, un pasado poético, superior hasta al de los mismos pueblos que pasan por poéticos por excelencia.

Biblioteca de Galicia

sabes, son un desierto á donde no se llega nunca y del cual todo se ignora. Me han dicho que allí se guardan en toda su pureza nuestras antiguas costumbres, y lo creo: oí entonces cantos populares, que daban á conocer un pueblo poeta. Cantos llenos de sensible ternura, desconocida entre nosotros. Oí sus aires ¡qué música más en consonancia con la letra! y que más bien dijese á los que saben sentir, de que lugares era originaria! Flotaba á nuestro alrededor como el susurro de la tarde, gemia como el viento que pasa por un desfiladero; tenía toda la frescura de aquellas cumbres cubiertas de nieve, era misteriosamente sencilla, como las costumbres de las gentes que las habitaban. Que nuevos mundos se descubrieron á las miradas investigadoras que todo lo observan, lo miden todo y nada olvidan!... Aquellos dias de luto sirvieron mucho á nuestro país: le acostumbraron á confiar ménos en la providencia, que sin ser ménos justa por eso, le puso una vez más al borde del sepulcro.

En tan amargos dias me hallaba yo en mi casa, en donde se habian reunido algunos amigos de la familia, y se hablaba entonces de los temores que se abrigaban de que una nueva desgracia viniese á hacer mayor la que estábamos sufriendo. Despues del hambre, la peste su hermana gemela, despues de ellas la emigración.

Sorprendiónos aquel dia, cuando más engólfados estábamos en la conversación, una música extraña y nunca oida. Los sonidos salian de un instrumento más desconocido todavia que la misma música. Parecía una flauta, pero sus

Biblioteca de Galicia

acentos eran más apagados, no parecían modulados por un ser humano. Escuchamos todos; era aquello un verdadero tesoro de inspiración. Notas argentinas, cayendo como perlas sobre un escudo de metal sonoro, vibraban, se estendían, semejaban el viento gimiendo entre las ramas, olas que se estrellaban contra las rocas en solitario lugar, pájaros que cruzaban por lo oculto de un bosque que no huella pié humano. Música ideal, fresca, nueva, que tomaba sus imágenes de la naturaleza, pero de una naturaleza virgen y desconocida para nosotros. Nos asomamos á la ventana, porque los extraños sonidos venian de la calle, pero la calle estaba desierta; miramos las ventanas de las casas de enfrente, pero estaban abiertas y vacias las habitaciones. Volvimos á escuchar y esta vez creimos que la música sonaba dentro de nuestra misma casa: nuevas é inútiles investigaciones casi nos hicieron desistir del empeño de hallar al misterioso modulador de tan sublimes cantos. Hubo un momento en que nos dijimos.—Es forzoso saber de donde vienen tan armoniosos sonidos!

Y nos asomamos á la ventana. La calle estaba desierta, solo un niño harapiento, un aldeanito de quien nadie hacia caso, acurrucado al pié de nuestra puerta, tendia la sucia mano á los transeuntes. No decía una palabra, parecía faltarle á un tiempo la voluntad y la voz para demandar la limosna, en nombre de aquel que tanto ama á sus criaturas.

No sé quien dijo: Será ese niño?

Biblioteca de Galicia

Estas palabras llamaron á mi corazon de una manera tal que me dije:—Si, ese es!

Dejé la sala, bajé sonriendo y me llegué al pobre niño, y tocándole en el hombro le pregunté.—Qué haces ahí?

El pobrecillo volvió la cabeza y me miró con sus grandes ojos. Jamás olvidaré la expresión de extrañeza y de ansiedad que se reflejó en su mirada. Apenas pudo levantarse, y murmuró, mejor dicho gritó algunas palabras de las cuales solo entendí, *pan*, *madre*, *Dios*. Santa Trinidad en quien el desdichado habia puesto toda su esperanza!

Le cojí de la mano y subí con él, más contento que si acabara de hallar un tesoro. Entréle en la cocina, hícele tomar algunos alimentos, y aquel pobre niño sintió que la vida volvia á animarle.

—De donde eres? preguntele.

—De la montaña,—me contestó.

—Quien te trajo aqui, hijo mio?

—Nadie! murió mi madre *que andaba á pedir* (2) y nosotros nos vinimos porque en la aldea nadie nos daba.

Me dijo despues que tenia un hermano de menos edad que él; desgraciados niños, hijos de la miseria, que amargamente compran vuestras madres el placer de la maternidad!

—Que hacias á la puerta?

—Nada!

—No pedias?

---

(2) Frase peculiar con que los mendigos de nuestras cuatro provincias dan á entender que viven de limosna.

Biblioteca de Galicia

—No señora. Me puse á silvar como hacia en la montaña para que nos diesen pan. Pero nadie se acercó á mi. Tenia hambre y sueño y no pude seguir silvando: no me daban nada... Y los ojos de aquel infeliz se inundaron de lágrimas.—Tenia miedo, me acordaba de mi madre, prosiguió...

Yo no pude resistir á tan sencilla expresión de dolor, y lloré tambien. Aquellas palabras, triste queja de un inocente y de un desamparado, cayeron sobre mi corazón como gotas de fuego.

He presenciado despues escenas conmovedoras, en que el sufrimiento era tan grande que parecia que el corazón iba á estallar en mil pedazos, pero ese sufrimiento solo trajo á mi alma el miedo, nunca aquella dulce simpatía, aquella santa compasión y vaga tristeza que se apoderó de mi alma á la vista de aquel infeliz. Apenas si los harapos cubrian sus carnes quemadas por la intempérie,... pero he dicho mal sus carnes, cuando él en realidad no era más que un esqueleto, cubierto con algo que le hiciese ménos repugnante á la vista.

Cuando entré en la sala, todas las miradas se volvieron hácia mí como preguntando:

—¿Qué es eso?

—Aquí está señores, dije entonces, el músico sublime á quien hace poco deseaban conocer.

Y se levantaron y le rodearon y le hicieron mil preguntas, y lo que fué para él más conveniente se apresuraron á dejar en su manecita, algunas monedas de cobre que pocas veces habia visto juntas y otras de plata que no habia visto nunca. Fué para él la mejor colecta de su vida; estoy se-

Biblioteca de Galicia

guro que no ha vuelto á tener otra igual en la vida.

Era necesario verle para saber los sentimientos que podia inspirar. Su figura traia la risa á los lábios á pesar de la gran compasión que su sola vista hacía nacer en nuestras almas. Era pequeño, flaco, la cabeza más desarrollada de lo debido, la mirada inteligente, viva aunque empañada por un no se sabe qué de precoz que habia hundido en sus órbitas los grandes ojos negros que tanta expresión daban á su rostro. La nariz era fina y bien delineada, la boca grande, pálidos los lábios, el color indefinible. Pero lo que le daba un verdadero aspecto salvaje,—y no creas que exagero eran sus cabellos erizados como las puas de un puerco espin. ¡Pobre niño!

Vestido ya con la ropa que le dimos, y lo que era mejor para él, repuesto algun tanto su estómago, le hicimos silbar, cosa fácil para el inocente, cuando eso era su oficio. Entonces fué cuando volvimos á oir aquella música nunca oida que tanto nos habia sorprendido, aquellos sonidos dulcísimos que no creíamos pudiesen salir de semejantes labios. Que notas! que ritornellos! que vibraciones! aseguro que no oí jamás cosa parecida. Los aires más populares de nuestro país tenian doble encanto oyéndoselos á él. Los de sus montañas, eran melodías fresquísimas, que á un corazon sensible, lo llevaban, atento, comprimido, anhelante, de un lado al otro siguiendo las ondulaciones del canto.

Pero lo que nos conmovió hondamente, lo que hizo sentir algo más que la compasión que ins-

Biblioteca de Galicia

piraba aquel pobre aldeanillo, fué, cuando olvidando todo, el sitio y la ocasión, creyendo hallarse en sus soledades, soñando con ellas tal vez, tuvo un momento de inspiración y dejó oir las ignotas y melancolícas armonías. Nada había en ellas que recordase otros motivos, era una música nueva, un verdadero tesoro de ternura, de vaguedad, de tristeza. Así debieran componer sus primeras melodías los primeros músicos de todos los pueblos! Qué sencillez! cuánta poesía en aquellas notas soltadas al acaso, por aquel pájaro errante que una vez fuera del nido, sueña con el y deja escapar su quejido, su plegaria, su cántico de amor, para que el hombre no le olvide jamás.

—Estas son cosas que yo hago! respondió sencillamente á los que pasmados de oírle, le preguntaban quien le había enseñado todo aquello. Así debió responder Zurbarán, cuando era pastor á los que le hicieron igual pregunta al ver sus dibujos.

Y sin embargo, se extrañaron de su respuesta, mirándose los unos á los otros, como quien pide permiso para creer en las palabras de aquel niño, que desconocía la gloria del génio y la necedad de los que quieren pasar por tales. Yo por mi parte no dudé, era demasiado niño y demasiado salvaje, para conocer la vanidad. Quedaba sin embargo una duda en mi alma.

—Será un inspirado, me dije, se han visto tantos que empezaron de este modo!

Y para asegurarme me separé de su lado y cogiendo una guitarra inglesa que tenia al lado

Biblioteca de Galicia

preludió la hermosísima barcarola de la Extranjera. En aquel instrumento más sonoro que nuestra guitarra, las notas parecían vibrar sobre el agua adquiriendo así doble flexión y por lo tanto mayor armonía y encanto. Al escuchar las primeras notas, el salvaje muchacho se extremeció como asombrado, buscando con la vista al que tocaba, y viendo que era yo se puso resueltamente á mi lado, sin que le detuviese el recelo del sitio y de las gentes entre quienes se hallaba. Escuchaba atento y con visible emoción, me miraba con sus grandes ojos, y parecía decirse algo á sí mismo, cayéndole las lágrimas una á una, á lo largo de sus descarnadas mejillas.

Ah! suspiré entónces, este niño es un verdadero músico! (3) y para convencerme más puse sobre el sofá la guitarra é hice seña á todos para que le dejasen sólo.

Salimos y el se quedó en la sala. Bien pronto le vimos mirar atentamente pero sin atreverse á poner sobre ella sus manos, aquella caja sonora

---

(3) No es este de quien hablamos, el único músico, que pudiera llamarse inculto, que produjo Galicia. En Santiago, cuyo cabildo costea una cátedra de música, vive tal vez á estas horas, pero de todos modos vivia hacia 1880, un muchacho como de catorce años de edad, cuya gracia y sentimiento para el canto y cuyo volúmen de voz era tal que llamaba grandemente la atención de cuantos le oian. Por si vive todavía en dicha ciudad, diré que por aquel tiempo tenia su cueva en la calle de Los Lagartos, y que á la sazon cuidaba de los caballos de los coches, en la Tenencia. Los soldados le daban de su rancho y los chicuelos de su edad del pan que tenian, para que cantase. No se dirá que falta al pueblo el instinto del arte y que no gusta de sus dulzuras. Recuérdense los principios de Gayarre, de Uetan, y en nuestro mismo país los de la Cepeda, y piénsese en lo que pudiera llegar á ser el muchacho compostelano de quien hablamos

en donde acababan de resonar los conmovedores sonidos, después hirió de golpe las cuerdas y lanzaron estas su largo quejido. Un movimiento nervioso agitó sus músculos, las lágrimas salían de sus ojos más abundantes y cuando la última onda sonora se apagó y quedó todo en silencio, volvió á herir una cuerda. Vibró esta, un sonido largo y cadencioso se dejó oír, el salvaje artista escuchó atentamente, y después volvió á herir ótra cuerda y tornó á escuchar y así bastante tiempo.

Mi prueba era segura, para mi aquel aldeano era un verdadero músico.

Hubo entre los circunstantes quien habló de que semejante tesoro no debía perderse, que debía quedar en la ciudad y enseñársele que se yo cuantas cosas más!... Lo único que sé es que al salir de mi casa ya le habian olvidado.

Solo nosotros le digimos:

– Vendrás á comer aquí todos los dias.

Y volvió, pero estoy tentado á creer que no tanto en busca de alimento, como para oir aquellas estrañas melodías que tanto le habían encantado. Porque entre todas nosotras, á mi era á la que buscaba y prefería. Me es imposible recordar ahora las palabras y súplicas con que me rogaba que tocase, ni la atencion con que escuchaba, ni la fidelidad con que guardaba en su memoria la música que le haciamos oir; solo recuerdo que hubiéndosele preguntado en una ocasión á quien quería más de todas nosotras, contestó sin vacilar que á mi. Escusado será decir el porque de su predilección.

Biblioteca de Galicia

Una mañana vino á decirnos, adios!

No se que vaga tristeza se apoderó de mi alma, pues todo me decía que era la última vez que le veía. No dudé un momento de que aquel génio inculto, que arrojado por las olas, había llegado una vez á las riveras del mundo, se perdía para siempre, el dia en que volviese á su mar, á sus montañas, á su olvido eterno.

¿Quiéres saber á donde iba con su hermano pequeño, aquella alma poética, aquel artista vagabundo?

¡A recojer espigas, como Ruth, en el campo del rico!...

Biblioteca de Galicia

LA VOZ DE GALICIA

DIARIO ILUSTRADO, POLÍTICO Y MERCANTIL

DIRECTOR-PROPIETARIO

J. FERNANDEZ LATORRE

OFICINAS

PLAZA DE MARÍA PITA, 18, Y MONTOTO 5

LA CORUÑA

«LA VOZ DE GALICIA» ES EL PERIÓDICO DE MÁS CIRCULACIÓN EN LA REGIÓN GALLEGA

Precios de suscrición

En la Coruña: Al més 1 peseta.—Provincias: Trimestre adelantado, 4 pesetas.—Ultramar y extranjero: Trimestre adelantado, 9 pesetas.

Para suscribirse: Dirigirse con sellos ó libranza a Administrador del periódico ó á los Corresponsales que tiene esta publicación en todos los pueblos de alguna importancia de Galicia.

Precios del anuncio

En cuarta plana, 5 céntimos de peseta línea; en tercera, 20 id. —Comunicados y reclamos á precios convencionales.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

LIBRERÍA DE DON ANDRÉS MARTINEZ

LUCHANA, 16.—LA CORUÑA

Obras de autores gallegos que se hallan de venta en esta Librería

	Pts.
Barreiro (B); «Brujos y Astrólogos de la Inquisicion de Galicia».	1 »
Barros Sivelo (R); «Antiguedades de Galicia».	10 »
Castro (Rosalía), «Cantares Gallegos». . .	4 »
» «Follas Novas».	6 »
» «En las Orillas del Sar».	4 »
» «El primer loco».	2 »
Figueroa (El Marqués de); «El último estudiante».	2 50
» «Antonia Fuertes».	2 »
«Folk-Lore Gallego» «Miscelánea» por Emilia Pardo Bazan y otros.	2 50
» «Cancionero popular gallego» tomo 1°. por J. Perez Ballesteros.	2 50
Murguía (M); «Historia de Galicia» tomos 1°. y 2°. y primer cuaderno del 3°.	25 »
» «El arte en Santiago».	7 »
Pardo Bazan (Emilia); «San Francisco de Asis», 2 tomos.	8 »
» «Un viaje de Novios».	3 »
» «La cuestion palpitante».	2 »
» «El Cisne de Vilamorta».	3 50
» «La Dama jóven».	4 »
» Pascual Lopez (agotada).	» »
» y otros autores; «Menestra de tipos populares de Galicia, dibujados por Guisasola.	2 50
Platas; «Nomenclator de las cuatro provincias de Galicia».	10 »
Rivera (C) «Guia de Galicia).	3 50
Saralegui (L) «Epoca céltica en Galicia».	4 »
Valladares (Marcial) diccionario gallego Castellano	8 »
Vicetto (B) «Historia de Galicia» 7 tomos.	40 »

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

INCUNABLE

Real. 86 - La Coruña

Biblioteca de Galicia

El precio de este libro es el de **2 pesetas** para los Sres. Suscritores á la **Biblioteca Gallega**, y el de **3** para los que no lo són. Remitiendo **60 céntimos** más, se envía certificado.

Los pedidos deberán dirigirse á D. Andrés Martinez, Luchana 16, Librería, La Coruña; acompañando su importe en libranza del Giro mútuo, letra de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

Se halla **en prensa**, para repartirse en Febrero próximo, **Aires d'a miña terra**, por **M. Curros Enriquez**; tercera edición esmeradamente corregida y notablemente aumentada por el autor.

Biblioteca de Galicia

BIBLIOTECA . G